

# Las Islas Canarias, vistas por un peninsular

Baltasar Brotóns García

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

© Baltasar Brotóns García
D.L.: A-766-1995
I.S.B.N.: 84-920854-0-1
Segarra Sánchez, S.L.
O. Winibal, 39 - Elche
Ilustraciones y portada: Antonia Soler Vicente

*Baltasar Brotóns García*
De la Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo

# Las Islas Canarias, vistas por un peninsular

RUCOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

# ÍNDICE

Preámbulo ..... 7

## Primera Parte

Canarias en el recuerdo ..... 13
Treinta y siete años después ..... 33

## Segunda Parte

Tenerife ..... 47
Gran Canaria ..... 61
Fuerteventura ..... 77
Lanzarote ..... 85
La Palma ..... 93
La Gomera ..... 101
Hierro ..... 109
Islas Menores ..... 115
San Borondón ..... 119

PUCU
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

# PREAMBULO

De unos años a esta parte, sobre las Islas Canarias, desde el punto de vista turístico, se han escrito muchos libros y multitud de reportajes y artículos periodísticos, resaltando sus múltiples encantos y atractivos, tanto por autores isleños como peninsulares y también extranjeros, que pasaron aquí largas temporadas, recorriendo todas sus islas. En toda esta extensa bibliografía, se elogia su benigna climatología, sus playas, la variedad de sus paisajes, su rico folclore, su gastronomía tan peculiar, es decir, todas sus características más notables, que las hacen tan atractivas y tan interesantes.

Esta multitud de atractivos, son la causa fundamental de que a las Islas Canarias acudan todos los años varios millones de turistas, tanto españoles como extranjeros, particularmente, europeos, hasta el extremo de que la actividad turística, de unos años a esta parte, genera más del 60% del producto interior bruto del archipiélago, creando a su alrededor, una gran cantidad de puestos de trabajo, que van, desde cocineros en los hoteles, hasta conductores de autobuses o guías turísticos. Tanto es así, que casi la totalidad de las familias canarias, tienen algún miembro empleado en el sector turístico, y

en algunos casos, la familia entera trabaja y vive del turismo.

Hasta la década de los años sesenta, hablar de Canarias era la mismo cosa que hablar de plátanos, de tabaco y de tomates, que se exportaban a la península y a los mercados europeos. Estos tres productos agrícolas, formaban una terna de artículos exportables, que constituían la espina dorsal de la economía insular, en aquellos tiempos eminentemente agrícolas, asentada sobre una tierra sumamente fértil, aunque escasa en recursos hídricos y con una baja pluviometría.

Dadas estas circunstancias, lógicamente, la inmensa mayoría de los canarios, a la sazón, trabajaban en los campos y dependían de la agricultura, para su mantenimiento y desarrollo.

Y eso fue así hasta que irrumpió con fuerza su Majestad el Turismo, que lo transformó todo, en el espacio de pocos años, ya que fueron surgiendo hoteles por doquier. Y las gentes que hasta entonces habían trabajado en la agricultura, dejaron los campos y se emplearon en la construcción. Y muchas zonas costeras, hasta entonces semidesérticas se urbanizaron rápidamente, en un "boom" impresionante, que se iba expandiendo de una manera irreversible, de día en día.

Paralelamente a este crecimiento turístico, se inició en las naciones más ricas de la Europa Occidental, una campaña promocional en la que se resaltaban las bellezas y atractivos de las Islas Canarias, que se presentaban como un paraíso turístico, donde se podían disfrutar de unas vacaciones maravillosas. Ante ese reclamo, a partir de esos momentos, el turismo se erigió en protagonista principal, mientras se desertizaban los campos y los núcleos rurales. De esta manera, la agricultura iba decayendo paulatinamente, en la misma magnitud en que se incrementaba la actividad turística, hasta llegar a lo que es y significa en estos momentos.

Para satisfacer las crecientes necesidades turísticas, se mejoraron las comunicaciones terrestres, hasta entonces muy deficientes, y en seis de las siete principales islas del archipiélago, se construyeron sendos aeropuertos, para facilitar las comunicaciones aéreas y en Tenerife se construyeron dos: el de Los Rodeos, en el norte y el Reina Sofía, en el sur.

El turismo había tomado ya carta de naturaleza en las Islas Canarias, y a partir de entonces, hablar de Canarias era tanto como

hablar de turismo y de vacaciones, aunque su rica agricultura aun conservaba una cierta relevancia, pero había pasado a un segundo término en la economía insular.

De ahí el que se haya escrito tanto sobre ese turismo emergente del archipiélago canario, sobre el que se han vertido ríos de tinta, desde hace treinta años. Esta eclosión turística, ha modificado las costumbres y las formas de vivir de la mayoría de los canarios, que ahora se mueven en otros ambientes y desde otros parámetros.

Dicho todo lo cual, he de manifestar que el motivo que me ha impulsado a escribir este libro (el segundo que publico sobre Canarias, además de multitud de artículos periodísticos), obedece, entre otras cosas, a la admiración y al apasionamiento que siento por estas tierras insulares tan entrañables, desde hace ya más de cincuenta años, como he manifestado en repetidas ocasiones.

Ahora bien. Si este libro no tuviera la primera parte, sería un libro más, entre los muchos que se han publicado sobre el turismo canario, seguramente, con mayor calidad literaria y descriptiva que éste. Lo que le distingue de los demás, es precisamente, la primera parte, que describe lo que eran las Islas Canarias, al finalizar la Guerra Civil Española, que por cierto, no tenían nada de "afortunadas", como se las conocía popularmente. Y también de como vivían sus gentes por aquellos tiempos difíciles, a través de unas vivencias y unos recuerdos personales que evoca el autor que pasó allí dieciocho meses, entre septiembre de 1941 y marzo de 1943. Es algo así como una mirada retrospectiva desde una distancia de más de medio siglo. Estos testimonios verídicos que aporta el autor en la primera parte del libro, tienen una mayor entidad documental, por que fueron vividos y conocidos "in situ", cuando Canarias no era ni la sombra de lo que es en estos momentos, gracias al turismo, y que nos pueden servir de referencia ilustrativa, para constatar las diferencias abismales que existen entre las Canarias de los años cuarenta y las Canarias de la actualidad.

A partir de 1979, he vuelto a Canarias muchas veces, para tomar parte en los Encuentros Internacionales Prensa-Turismo, que organiza la Federación Española de Periodistas y Escritores de Turismo a la que pertenezco desde hace más de diez años. Y con motivo de estos encuentros, he tenido la oportunidad de visitar todas las islas varias veces, lo que me ha dado pie para que este enamora-

miento que sentí por Canarias desde el primer momento que estuve allí, hace más de medio siglo, se haya ido acentuando de año en año. Y fruto de ese enamoramiento, ha surgido este libro que tienes ahora, amable lector, en tus manos.

*El autor*

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

# *Primera parte*

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

# CANARIAS EN EL RECUERDO

Yo siempre fui un enamorado de Canarias
y la llevo en el corazón y en el recuerdo
desde que estuve allí por vez primera
en tiempos lejanos, hace ya muchos años,
en un viaje de infausta memoria.
Entonces, Canarias me tendió los brazos
ofreciéndome su comprensión y sus afectos
y la oportunidad de conocer sus bellezas
y la bondadosa sencillez de sus gentes.
Después he vuelto a ir muchas veces
con la satisfacción que siempre se siente
cuando se visita de nuevo a un viejo amigo
que se lleva grabado en el fondo del alma.
Canarias, tierra de grandes contrastes
que conforman un mundo diverso:
Valles hermosos, cumbres altivas,
"malpaises" de escorias y lavas
y paisajes de impresionante belleza

a la sombra alargada del Teide Gigante.
Antiguo Jardín de las Hespérides
afortunadas islas de ensueño,
Canarias, con su rico y hermoso folclore,
con sus bailes populares, sus cadenciosas folias,
con su cultura ancestral donde el espíritu guanche
aflora y se expande por todas sus tierras.
Canarias, nuevo paraíso turístico
que recibe con los brazos abiertos
a grandes multitudes de gentes
precedentes de todos los confines
que la eligen como lugar ideal de descanso
por sus paisajes, por su sol y sus playas.
Canarias, retazos insulares de España
que sirven de puente entre Europa y América

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

# CANARIAS EN EL RECUERDO

He confesado en muchas ocasiones que soy un ferviente enamorado de Canarias, y que llevo estas islas en el corazón desde que estuve allí por primera vez, durante dieciocho meses, entre los años 1941 y 1943, en circunstancias un tanto difíciles y desagradables. Cuando en agosto de 1941, estando en el campo de concentración Miguel de Unamuno, de Madrid, en mi condición de penado por desafecto al régimen que había surgido en España, como consecuencia de la victoria en la Guerra Civil Española del Ejército Franquista, me destinaron a Canarias, formando parte del 91 Batallón Disciplinario que iba a construir carreteras en el archipiélago, me alegré un tanto, dentro de las circunstancias adversas en que me veía inmerso, ya que de esta forma, tenía la oportunidad de conocer las islas que tanto me habían fascinado desde la lejanía, aunque este conocimiento sería un tanto fragmentario y superficial, como pude comprobar después.

Pero así y todo, podía cumplir un deseo largamente acariciado a acercarme a este retazo insular de España, que tantas connotaciones poéticas y paisajísticas despertaban en mi imaginación juvenil

de aquellos tiempos. En mis ensoñaciones, yo me imaginaba a las Islas Canarias como un paraíso tropical repleto de aves canoras y de exuberantes platanales en un ambiente de eterna primavera, y habitado por unas gentes felices que nadaban en la abundancia y el bienestar. Y no podría ser de otra manera, si la realidad se correspondía con los nombres por los que se conocía a este archipiélago desde los tiempos más antiguos: "Islas afortunadas, jardín de las Hespérides, etc.". Si ya los romanos, cuando las visitaron hace más de dos mil años, quedaron tan gratamente impresionados, por sus encantos y bellezas, que quedaron reflejados en sus relatos viajeros, tendrían poderosas razones para ello. Es lo que yo presumía, desde siempre.

En la década de los años cuarenta, para la inmensa mayoría de los peninsulares, las Islas Canarias eran unas verdaderas desconocidas, recluidas en su insularidad y aislamiento. Hay que tener en cuenta que no existía aun la aviación comercial, como medio regular de transporte de viajeros, y por lo tanto, los desplazamientos había que hacerlos por vía marítima, en la que se empleaba un mínimo de cuarenta y ocho horas en la travesía entre Cádiz y Santa Cruz de Tenerife, con todas las molestias e incomodidades que conlleva un viaje por mar. Por otra parte, en aquellos tiempos, apenas existían corrientes migratorias en ninguno de los dos sentidos entre la península y el archipiélago, por motivos laborales o de otra índole.

La mayor parte de los pocos peninsulares que se acercan a las Canarias, o a la inversa, por aquellos años, lo hacían por unos pocos meses para cumplir sus obligaciones militares. Y muy poco más.

Pero lo cierto fue que llegó el momento de partir, para lo que nos parecía una larga singladura, y después de un penoso viaje por ferrocarril desde Madrid, en un tren "borreguero" (viaje que duró treinta horas, después de numerosas paradas, para dejar vía libre a todos los demás trenes que circulaban en ambos sentidos), llegamos a Cádiz, sucios y cansados, ya que aquellos renqueantes vagones no había comodidades ni lavabos y la abundante carbonilla que despedía la máquina de vapor, entraba por todas las rendijas. En Cádiz permanecimos dos días acuartelados, y por fin, a media noche de un día de mediados de septiembre, nos embarcaron en el Villa de Madrid, un barco de cabotaje de diez mil toneladas que hacía un servicio regular entre la Península y el Archipiélago. A pesar de que el mar estaba tranquilo y sereno, casi la totalidad de la expedición, (unos doscientos hombres entre penados y militares

vigilantes, encargados de nuestra custodia), sufrió los desagradables efectos del mareo. Por lo que a mi respecta, este mareo fue mayúsculo, durante toda la travesía, mareo que desapareció, repentinamente, como por arte de magia, tan pronto divisamos en el horizonte, las cumbres de las altas montañas de la isla de Tenerife, entre las que se destacaba, por su mayor altura, el pico cónico del Teide.

Como el Villa de Madrid no llevaba camarotes para tantos viajeros, hicimos la travesía tirados por cubierta. Además, por efectos de mareo, forzosamente, teníamos que conservar la horizontalidad si queríamos evitar las náuseas y los vómitos que tan desagradables resultan.

Para mi, aquella experiencia marítima fue muy penosa, experiencia igualmente desagradable en el viaje de regreso, dieciocho meses después. Tanto fue así, que me prometí a mi mismo que, por gusto, no me embarcaría nunca más en la vida, aunque al cabo de los años, se me olvidó aquella desagradable vivencia y rompiendo la promesa que hice en aquellos momentos, me he embarcado de nuevo en varias ocasiones, aunque también es cierto que en mejores condiciones que aquella primera vez, que me dejó tan amargo recuerdo.

Al llegar al puerto de Santa Cruz de Tenerife, dividieron la expedición en dos mitades. Una compañía la mandaron a Fuerteventura, (los expedicionarios la llamaban Fuertedesgracia) y la otra mitad se quedaría una noche en Santa Cruz, nos subieron en camiones y nos dirigimos hacia el norte. Después de cruzar La Laguna continuamos por la cornisa nórdica hasta alcanzar el Puerto de la Cruz. Toda aquella carretera, estrecha y tortuosa a la sazón, es en la actualidad una autovía bien cuidada, por la que circulan, diariamente, varios miles de vehículos.

Al divisar el valle de La Orotava, enmudecí de asombro y admiración, ante tanta belleza paisajística. Entonces, este valle era un auténtico paraíso terrenal, un incomparable paraje de los más hermosos del mundo. Desde la misma orilla del mar hasta más de mil metros de altura, toda la amplitud del valle era una verdadera alfombra verde salpicada de viviendas rurales diseminadas y algunos núcleos urbanos, destacando entre todos ellos en la parte central, la mancha blanca de la antañona ciudad de La Orotava, que le da nombre a todo el valle. Ante tanta belleza comprendida la admiración que despertó en Humbolt y otros ilustres viajeros extranjeros cuan-

do lo contemplaron por primera vez, en unos tiempos ya bastante lejanos. Esta admiración les hizo exclamar que el valle de La Orotava había que contemplarlo de rodillas, como la forma más adecuada de venerar este regalo de la naturaleza, producto del trabajo del hombre, de la bondad del clima, de la inmejorable calidad de la tierra y de la influencia de los vientos alisios impregnados de humedad que propician el frescor y las lluvias, como un don del cielo.

Por aquellos tiempos, Puerto de la Cruz era un pueblo de unos ocho mil habitantes, dedicados, en su inmensa mayoría a las actividades agrícolas y pesqueras, ajenos por completo al porvenir que se les avecinaba, hasta convertirse en unos de los mayores complejos turísticos de Europa, receptor de muchos miles de visitantes al año, nacionales y extranjeros que vendrían a Canarias a pasar sus vacaciones.

Desde el Puerto de la Cruz nos dirigimos hacia el sur, en ascensión incesante. Cruzamos La Orotava, con sus nobles casonas de estilo colonial cuya principal característica son sus grandes balconajes de madera de pino canario pintada de color obscuro, y su famoso Jardín Botánico, uno de los más importantes de España.

La expedición continuó ganando altura, hasta alcanzar el Parque Nacional de Las Cañadas, en cuyo centro se levanta, altivo y mayestático, el cono imponente del Teide. Durante este recorrido, pudimos contemplar los más variados paisajes que imaginarse pueda. Primero, la mancha verde-obscura de los espléndidos platanales, hasta una altura de unos cuatrocientos metros, sobre el nivel del mar. A continuación los viñedos y los frutales de diferentes variedades. Después los famosos pinos canarios hasta una altura de unos mil quinientos metros, para dar paso a las retamas y los codesos como única muestra de vegetación. Después, lavas, escorias, soledad, silencio, sin la más mínima brizna de vida vegetal. En un recorrido de apenas treinta kilómetros, todo un mundo de matices y colores, de hermosura vegetal y de aridez estéril, de plenitud de vida en todas sus variantes, hasta la aridez más infecunda y desoladora, que nos oprime el corazón y nos hace pensar en los parajes lunares. A medida que avanzábamos íbamos de sorpresa en sorpresa, de asombro en asombro, ante tantas mutaciones y cambios paisajísticos que se ofrecían ante nuestros ojos atónitos que alcanzaron su máxima expresión al contemplar la concavidad de Las Cañadas, con sus extrañas figuras lávicas y sus "malpaises", producto de conmocio-

nes telúricas que convulsionaron las entrañas de la isla de Tenerife desde el principio de los tiempos y fueron conformando la morfología de este territorio insular.

Después de cruzar Las Cañadas continuamos viaje hasta alcanzar las estribaciones del barranco de La Magdalena, en un suave descenso. Ese punto era nuestro destino. Así es que montamos el campamento a base de tiendas de lona, que sería nuestro hábitat durante tres largos meses. En ese momento supimos que nuestra ocupación iba a consistir en realizar los trabajos de explanación de un tramo de carretera que enlazaría Las Cañadas con Vilaflor de Chasna, que era, precisamente, el último trecho que faltaba por construir para poder cruzar el corazón de la isla, de norte a sur, desde Puerto de la Cruz hasta Granadilla de Abona.

Por aquellos años, en todas las Islas Canarias, había una gran deficiencia de carreteras y el interior de todas las islas estaban muy mal comunicadas por tierra. Estas deficiencias se acentuaban mucho más dadas las características orográficas del terreno, sumamente accidentado. Y a remediar, en parte, estas deficiencias, íbamos a contribuir nosotros con nuestro esfuerzo y nuestro trabajo manual.

Los entornos del campamento que montamos en el barranco de La Magdalena, eran de una singular belleza, en un paraje montañoso cubierto de verdes pinares. Clima templado, aire puro y aislados por completo de las gentes, ya que el pueblo más cercano, Vilaflor de Chasna, está a unos veinte kilómetros de distancia.

A primeras horas de la mañana, nos llevaban al trabajo, en las cercanías del campamento, trabajo de pico y pala, por supuesto, hasta que regresábamos por la tarde, al finalizar la jornada.

El destacamento de soldados que nos custodiaba, al mando de un teniente y dos sargentos, eran bastante considerados con nosotros, con un comportamiento correcto, hasta cierto punto, guardando siempre las lógicas distancias entre vigilantes y vigilados. En cuanto al régimen de comidas era bastante aceptable, dada la escasez de alimentos que había por aquellos tiempos.

Por las tardes, en las horas libres después del trabajo, nos reuníamos en grupos, con las mismas afinidades culturales, lingüísticas, de paisanaje, etc. Y en esas reuniones se hablaba de lo divino y lo humano: de literatura, de filosofía, de política, y sobre todo, de los acontecimientos bélicos derivados de la Guerra Mundial, que entonces estaba en pleno apogeo. Nosotros procurábamos

estar al corriente de los acontecimientos bélicos, que se iban generando día en día, ya que algunos de nuestros compañeros que iban diariamente a la capital, con unos vigilantes, para hacer acopio de suministros, nos traían los periódicos diarios, donde se relataban los hechos más destacados de la guerra, hechos que siempre eran favorables a las potencias del Eje, por las que el Régimen Franquista demostraba una explícita simpatía. Pero leyendo entre líneas, se tenía la certeza de que no era todo tan de color de rosa como pintaban los periódicos en sus comentarios.

El ocho de diciembre nos enteramos del devastador ataque que llevaron a cabo los aviones japoneses contra la base naval americana de Pearl Harbour. Este feroz ataque imprevisto, llevado a cabo mientras una misión nipona negociaba en Washington, ocasionó cuantiosas pérdidas en la escuadra del Pacífico americana anclada en esta base. La declaración de guerra de Estados Unidos al país del Sol Naciente, fue inmediata. Ni que decir tiene que toda la prensa española acogió este ataque alborozadamente, con grandes titulares.

Unos días después empezó a llover y refrescó mucho el tiempo en aquellas alturas en que estaba situado el campamento. Y por lo tanto, nos trasladaron a Vilaflor, donde nos alojaron en locales cubiertos más abrigados. No obstante, continuamos haciendo el mismo trabajo, aunque en otra zona más cercana a la población.

Durante los meses que permanecimos en Vilaflor, nuestra vida era muy diferente a la que llevábamos en el campamento de La Magdalena. Terminó nuestro aislamiento montañoso, y en nuestras horas libres, estábamos en contacto permanente con las gentes del lugar, con las que conversábamos amigablemente. A partir de entonces, pudimos apreciar in situ, como vivían los canarios en las zonas rurales, que eran la mayor parte de la población. Cuales eran sus costumbres y formas de vida. Que nivel cultural tenían y cual era la forma de desenvolverse en la vida de cada día y su grado de bien estar que disfrutaban, etc. Y pudimos comprobar que si bien Canarias era un paraíso en cuanto su clima, sus paisajes y la fecundidad de su suelo, (a pesar de ser, en su totalidad, de componente volcánica) las islas no tenían nada de "afortunadas" para sus gentes, que en su inmensa mayoría vivían pobremente, no solo en Vilaflor, que era un pueblo mediano, sino más aun en los pequeños núcleos de población dispersos por los valles y en las viviendas diseminadas, donde prácticamente, no existía la escolarización, y por consi-

guiente, había un elevadísimo índice de analfabetismo generalizado. Todas estas gentes llevaban reflejados en sus ojos el aislamiento y el abandono en que siempre habían vivido. Y nos veían a los "peninsulares" con envidia no disimulada, como a seres superiores a ellos. Tanto es así, que si alguno de nosotros trataba de relacionarse con las muchachas del pueblo, eran aceptados de inmediato, sin ninguna reticencia, a pesar de que, desconocían por completo nuestras vidas anteriores, nuestro origen y nuestra procedencia. De esta manera, varios de nuestro grupo entablaron relaciones amorosas formales con chicas de Vilaflor, relaciones que terminaron en boda. La cuestión era salir de allí y reconstruir su vida en cualquier lugar de la península, como si la península fuera su tierra de promisión, su paraíso a conseguir de esta manera.

Por aquellos tiempos, era muy frecuente que en las zonas rurales de Canarias, tanto los chicos como las chicas se casaran muy jóvenes, incluso antes que los chicos marcharan a la "mili". Y era también muy corriente que las mujeres tuvieran una prole numerosa en los primeros años de matrimonio. Y que esta circunstancia, les envejeciera prematuramente. Por eso se veían por el pueblo mujeres de treinta años, con numerosos hijos y con un aspecto ajado y entristecido, por la difícil vida que habían llevado desde que se casaron. Y cuando les preguntábamos a los maridos de estas mujeres por qué tenían tantos hijos, disponiendo de tan pocos medios de vida, invariablemente nos contestaban: "¡Qué vamos a hacer! Aquí no hay donde ir por las noches. No hay otra cosa en que pasar el rato y distraerse. Es lo único que está a nuestro alcance". Y tenían mucha razón, ya que por no haber, no había ni siquiera cine. Solo algún que otro bar de mala muerte donde solían ir algunos hombres a jugar a las cartas o a beber unos vasos de vino. Y eso era todo. Otra evidencia era que no empleaban ningún método anticonceptivo y tenían todos los hijos que Dios y la Naturaleza quisieran darles, mientras las pobres mujeres se iban depauperando a pasos agigantados.

Los domingos y días festivos por la tarde, las muchachas en grupos se paseaban por la carretera, a la salida de la población. Y los chicos salían a su encuentro, entablaban conversación y les acompañaban un rato, hasta que anochecía. Entonces las chicas se retiraban a sus casas y hasta el domingo próximo. De estos paseos nacían relaciones formales que al poco tiempo desembocaban, prematura-

mente, en boda. Con tan pocos alicientes, el casarse, para las mujeres, era una manera de realizarse, aunque sabían que de inmediato, sus vidas serían muy complicadas. Quizás el tener muchos hijos lo entendieran como su única finalidad en la vida. Pero así y todo, no es de extrañar que vieran en nosotros a sus posibles salvadores que pudieran liberarlas de tanta mediocridad y aburrimiento y de aquel nada agradable porvenir que les esperaba.

El régimen de comidas en las zonas rurales, tenía unas peculiaridades específicas. En casi todos los casos, el pan era sustituido por el gofio, heredado de la cultura güanche. De esta forma, los hombres, cuando iban al trabajo, en las zonas rurales, para todo el día, llevaban un zurrón compuesto de una piel de cabrito cosido excepto por un extremo, que les servía de recipiente para amasar el gofio. En este zurrón echaban un poco de harina de trigo tostado (podía ser también de maíz o de cebada) y un poco de agua, sacudían la mezcla adecuadamente y frotando el zurrón con la mano sobre la pierna derecha, hacía una pellas que sustituían al pan. Esto, complementado con "papas arrugas", pescado salado, alguna fruta y pocas cosas más, constituía el alimento del medio día. Y por supuesto, acompañado de unos tragos de vino de la tierra. El gofio, para los que no teníamos costumbre de comerlo, resultaba pesado y empalagoso, aunque era muy nutritivo.

Los alrededores de Vilaflor de Chasna son encantadores, desde el punto de vista paisajístico: verdes y frondosos pinares, hasta las cumbres de las altas montañas. Pequeñas altiplanicies donde se cultivaban las "papas", los viñedos y los frutales de diferentes variedades, así como pequeñas parcelas de trigo y de centeno para el sustento familiar. Y todas estas tierras son de una fertilidad extraordinaria, con poco que llueva. Y nos llamó mucho la atención la forma que tenían de cultivar las "papas" que las plantaban siempre en las mismas parcelas de tierra. A estas parcelas, previamente, les habían puesto una capa de unos treinta centímetros de lo que llamaban "jable". El "jable" era una tierra porosa, poco compacta y de escaso peso que traían de una especie de canteras y que transportaban en camellos. Esta capa de "jable", por su porosidad, disminuía la evaporación de la humedad subterránea, lo que propiciaba que las patatas dieran buenos rendimientos sin necesidad de riego. Ahora bien, el poner esa capa de "jable" sobre la superficie de la tierra, suponía mucho tiempo y mucho esfuerzo, aunque tenía bastantes

años de aprovechamiento, con una sola vez.

Los dos símbolos más representativos del paisaje de Vilaflor, ambos al norte de la población, eran el "Sombrero de Chasna", una cumbre rocosa en forma de hongo, de color ocre, limpia de vegetación y los Pinos Gordos, dos magníficos ejemplares del reino vegetal, que tienen una altura superior a los cuarenta y cinco metros y una circunferencia, en la base de su tronco que excede de los nueve metros. También tiene una bella estampa la Montaña Colorada, que no es otra cosa que un volcán apagado.

Otra de las características de Vilaflor es la de ser la población más alta de Canarias y una de las más altas de todo el territorio español, con una altura aproximada de 1300 metros sobre el nivel del mar y con un clima sumamente sano, hasta el extremo que por aquellos tiempos, muchos enfermos de tuberculosis se trasladaban allí durante largas temporadas para tratar de sanar de sus dolencias.

La riqueza y categoría social de los agricultores canarios por aquellos tiempos, se medía por el número de dromedarios que poseían. El dromedario, en aquellos parajes tan accidentados tenía una gran utilidad, ya que era el único animal de labor que se empleaba tanto en el cultivo de la tierra como en el transporte. Se empleaba incluso en las bodas, para trasladar a los novios a la iglesia, desde sus casas en las agrestes zonas rurales hasta la población donde tenía que celebrarse la ceremonia. Cuando yo vi por primera vez uno de estos cortejos nupciales entrar en Vilaflor, camino de la Iglesia, con los novios delante, montados en sendos dromedarios, seguidos de los padrinos y demás acompañantes, montados en igual cabalgaduras, no pude menos de sonreír, ya que en verdad era un curioso y exótico espectáculo, que llamaba mucho la atención. Y después de la ceremonia y las correspondientes felicitaciones a los novios, montaron de nuevo a los cuadrúpedos y regresaron todos a sus puntos de origen contentos y alborozados. Mientras se celebró la boda, los dromedarios se quedaron aparcados a la puerta de la Iglesia, rumiando tranquila e indiferentemente, lo mismo que en la actualidad se aparcan los lujosos y engalanados automóviles en idénticas ocasiones. Recuerdo que la novia, vestida con un impoluto traje blanco, camino de la Iglesia, llevaba un hermoso ramo de lirios del mismo color, como símbolo de pureza y virginidad.

Por aquellos días tuve necesidad de ir a la consulta del dentista en Granadilla de Abona, ya que en Vilaflor no lo había. Los milita-

res que nos custodiaban me autorizaron a realizar este desplazamiento y en destartalado autobús que hacía el servicio regular entre las dos poblaciones, me desplacé a la ciudad sureña. En los catorce kilómetros que les separaba, unidas por una estrecha carretera en muy mal estado, que era un auténtico tobogán, habían la friolera de ciento ochenta y cuatro curvas muy cerradas en aquellos abruptos y hermosos parajes. Ni que decir tiene que circulando por aquella carretera era difícil sustraerse al mareo. Jamás había visto otro cosa igual.

Estando en Vilaflor se organizó una excursión para escalar la cumbre del Teide, acompañado por un experto guía conocedor del terreno. Yo no pude tomar parte en aquella excursión, a pesar de mis deseos, por que fue una expedición muy restringida. Los que fueron quedaron muy impresionados por que tuvieron la oportunidad de contemplar el maravilloso espectáculo de una salida de sol, en un día claro y despejado, desde la misma cumbre. En esas circunstancias, se pueden ver, nítidamente, la silueta de las siete islas del archipiélago y el perfil de las costas africanas. A pesar del tremendo esfuerzo que supuso subir a pie hasta la misma cumbre, por senderos empinados y pedregosos, declararon todos los que fueron que valió la pena realizar tamaño esfuerzo.

Durante el tiempo que permanecimos en Vilaflor tuvimos la oportunidad de apreciar, en su justo valor, la sencillez y la afabilidad de sus gentes, gentes que se mostraban abiertamente solidarios con nosotros, que estábamos atravesando unas dificilísimas circunstancias. Y lo hacían por que les salía de corazón, como la cosa más natural del mundo. Y esa hombría de bien y bondad de sentimientos de las gentes sencillas de Canarias, me lo han ratificado después en los diferentes viajes que he realizado a las islas. Y eso me impactó mucho y ha sido una de las principales causas por las cuales siempre he llevado a Canarias en el corazón. Desde entonces, para mi, los valores esenciales de Canarias fueron sus admirables paisajes y sus gentes, esas gentes sencillas y amables, de hablar dulce y cadencioso que prescindían de las ces y las zetas. Gentes con reminiscencias güanches, que aflora en su cultura ancestral, un tanto triste y fatalista, en sus hermosas folias y malagueñas, con repuntes de melodías tristes y cadenciosas: *"Folia, triste folia, / alma del pueblo canario / voces de güanches se oyen / todavía en estos campos"*. Y así otras muchas que han enriquecido su entrañable folclore.

Las Fiestas Navideñas del 41 las pasé en Vilaflor, lleno de nostalgia y de tristeza. Recuerdo que la Noche Buena asistimos a la Misa del Gallo en la pequeña iglesia del pueblo que estaba situada en la Plaza Mayor, que a pesar de su nombre era de pequeñas dimensiones. Esta plaza tenía el piso empedrado y había unos pequeños árboles y unos bancos rústicos para que pudiera sentarse la gente mayor a tomar el sol en las tibias tardes otoñales. En la fachada sur de esta plaza, y frente a la misma iglesia, se encontraba la pequeña oficina de correos, a cuyo cargo estaba una mujer enana de mediana edad que siempre iba vestida de negro, como la mayoría de las mujeres mayores. En el buzón que había a la puerta depositábamos las cartas que dirigíamos a nuestros amigos y familiares. Y al norte de la población había una fuente pública de siete caños que manaba permanentemente una agua dulce, limpia, fresca y cristalina, que servía para el servicio doméstico, ya que entonces no había agua corriente en las viviendas.

A pesar de los penosos trabajos que teníamos que realizar y de las limitaciones que nos imponían en nuestros movimientos, dentro de una estricta disciplina militar, yo siempre conservé un grato recuerdo de Vilaflor y de sus habitantes, todos ellos gentes entrañables y maravillosas, con quienes sintonizábamos bastante.

Pero al cabo de unos meses nos trasladaron a Puerto Santiago, en la costa oeste de Tenerife, frente a la isla de La Gomera, unos treinta kilómetros de distancia de Vilaflor. Guiados por un nativo conocedor del terreno, emprendimos viaje a pie, a primeras horas de la noche, por trochas y senderos abruptos, atravesando parajes montañosos y quebrados, llegando a nuestro lugar de destino al amanecer, después de una larga noche de caminata. Iniciamos la marcha ascendiendo hasta Las Cañadas, y después descendimos hasta llegar a la orilla del mar. Ibamos en fila india, y el caminar era bastante fatigoso por lo quebradizo y accidentado del terreno. Recuerdo que era noche de luna llena que se elevaba por encima de riscos y breñas, y al cruzar la soledad silenciosa de Las Cañadas, a más de dos mil metros de altura, parecíamos una procesión fantasmagórica surgida de un cuento de miedo. En aquella inmensa oquedad calcinada, en las horas brujas de la media noche, solo se oían los tenues ecos de nuestras pisadas, en aquel silencio telúrico que ponía la carne de gallina. Avanzábamos con caminar cansado, envueltos en aquel silencio cósmico, por entre riscos, escorias y

lavas, cruzando "malpaises" que aun hacían más tétrico el ambiente, como si fuéramos un desfile de seres embrujados que caminasen hacia un destino desconocido. El cansancio iba haciendo mella en nuestras fuerzas, pero había que continuar la marcha hasta finalizar el camino que nos llevaría hasta Puerto Santiago.

Cuando llegamos a este lugar nos alojaron en una nave vacía que había junto al mar, frente a un pequeño acantilado de rocas volcánicas, al sur del pequeño caserío. Junto al acantilado había una diminuta playa de arenas volcánicas de color negro. El acantilado servía de rompeolas, cuando el mar rugía y se encrespaba.

Puerto Santiago era entonces un minúsculo núcleo urbano, donde malvivían poco más de dos docenas de familias en unas condiciones higiénicas lamentables y sin apenas medios de subsistencia. Su aislamiento era tal que estaba prácticamente incomunicado por tierra, y cuando tenían que trasladarse a Tamaimo o a Guía de Isora (unos diez kilómetros de distancia), que eran los pueblos más cercanos, para abastecerse de todo lo necesario para sus necesidades más perentorias, tenían que hacerlo a pie, por senderos abruptos y pedregosos, por los que se caminaba difícilmente. Y se veía, particularmente, a las mujeres, que iban de compras a estos pueblos mencionados, bajar hacia el caserío llevando sobre la cabeza, bultos de hasta quince o veinte kilos de peso, en un difícil equilibrio, con un calzado deteriorado, o incluso descalzas. Llevaban sobre sus cabezas hasta los cántaros de agua cunado iban a la fuente para abastecerse del líquido, elemento necesario para satisfacer las más elementales necesidades domésticas. Era esta una costumbre generalizada, hasta tal extremo de que las madres enseñaban a sus hijas, desde la más tierna edad, a llevar todos los objetos sobre sus cabezas. Era asombroso ver a las mujeres hacer estas cosas, que con toda seguridad, lesionaría su columna vertebral, entre otras cosas negativas para su salud. En cambio, los hombres no hacían eso, ya que como en cualquier parte, cuando tenían que trasladar de un lugar a otro cualquier objeto más o menos pesado, lo llevaban bajo del brazo, sobre el hombro o sobre sus espaldas, pero jamás sobre la cabeza. Otra característica de las mujeres canarias de aquellos tiempos, consistía en ser mucho más activas que los hombres, que solían comportarse de una manera más abúlica y perezosa. Esa abulia y pasividad en los hombres era lo que Unamuno, (que estuvo desterrado en Fuerteventura una larga temporada) llamaba "aplatana-

miento", atribuyéndolo, entre otras razón, es a las elevadas temperaturas que se producen aquí en todos los meses del año, y que producen una especie de modorra. ¿Acaso ese calor afectaba más al organismo masculino que al femenino? ¿Era esta la única razón para que se produjera ese curioso fenómeno? ¿Ocurre lo mismo en todos los países tropicales? No tenemos constancia de ello. Pero lo cierto es que ese fenómeno, en aquellos tiempos, en Canarias era una evidencia.

Hemos dicho más arriba que los escasos habitantes de Puerto Santiago vivían por aquellos tiempos pobre y miseramente. Tan miseramente, que los niños de corta edad sucios, descalzos y harapientos, bajaban a nuestro campamento, a las horas de las comidas, para recoger las sobras de nuestro "rancho" que se comían con verdadera fruición, prueba evidente de que en sus casas no podían alimentarlos adecuadamente. Otra evidencia era que casi todos estos niños estaban sin escolarizar y por consiguiente, eran analfabetos, como muchos de sus padres.

Los hombres de Puerto Santiago se ocupaban en la pesca, de una manera rudimentaria, en pequeñas embarcaciones, más que para comercializar sus capturas, para el sustento de sus propias familias, o bien en trabajos agrícolas. Pero como entonces, por toda aquella zona apenas se disponía de agua de riego, y la poca que había procedía de unos veneros bastante lejanos, la ocupación era muy escasa. De ahí el bajísimo nivel de vida de aquellas pobres gentes que vivían en aquel apartado rincón de la isla de Tenerife un tanto olvidados y dejados de la mano de Dios. Para los habitantes de Puerto Santiago y de otras muchas zonas rurales de aquellos entornos, decir que las Canarias eran las "Islas afortunadas", sonaba un poco a burla y escarnio, dadas las circunstancias en que vivían.

Nuestra misión en Puerto Santiago consistía en hacer la explanación de una pequeña carretera que enlazaría este caserío con la carretera que circulaba alrededor de la isla, un poco más al interior, para terminar, de una vez, con el aislamiento a que antes hacíamos referencia. También construimos un pequeño puente para que esta carretera de enlace cruzara un barranco que hay a un kilómetro de este núcleo urbano. Este puente lo construimos bajo la dirección técnica de un maestro albañil llamado Alberto, una bellísima persona, con la que sintonizábamos mucho y nos llevábamos de maravilla.

Todos estos trabajos los realizaba un contratista particular, por

encargo del organismo oficial correspondiente. Al no encontrar en aquellos lugares suficientes trabajadores civiles para llevar a cabo estas obras, consiguieron de los militares que fuéramos nosotros los que las realizáramos, con la condición de que nos diera una pequeña remuneración económica. De esa manera pasamos de no cobrar nada hasta entonces, a percibir cuatro pesetas diarias, con una jornada de ocho horas. Esta circunstancia, mejoró mucho nuestra situación económica, pues aunque las cantidades no eran importantes, al menos nos permitió disponer de algún dinero para adquirir alimentos complementarios, comprar libros u otros objetos que nos fueran de alguna utilidad, sin castigar la economía familiar que hasta entonces, de cuando en cuando, nos mandaba algún que otro giro postal. Los libros los comprábamos en Santa Cruz de Tenerife, por medio de nuestros compañeros que iban a la capital con alguna frecuencia, a por suministros, o nos lo mandaban de la península por medio de paquetes postales.

Desde la llegada a Puerto Santiago, habíamos vuelto a la soledad y al aislamiento, lo mismo que estuvimos en el campamento de La Magdalena. Por la mañana, del campamento al trabajo, y por la tarde, del trabajo al campamento. Y así todos los días, durante más de un año que permanecimos en este apartado rincón de la costa oeste de la isla de Tenerife.

En el campamento no teníamos luz artificial de ninguna clase. De esta manera, cuando anochecía, nos reuníamos en grupos para charlar bajo la luz de las estrellas y al arrullo de las olas del mar que batían el pequeño acantilado de rocas volcánicas que estaba junto al campamento, hasta que nos retirábamos a dormir. Los días pasaban con una lentitud desesperante. Y la primavera dió paso al verano, con sus días largos, cálidos y luminosos. Y llegó el otoño, con sus mañanas templadas y sus tardes tibias. Y vino el invierno, con sus días cortos, pero nada fríos, hasta el extremo de que nos bañábamos en el mar todas las tardes, después del trabajo. En esta zona costera de Tenerife, la temperatura no suele bajar de los catorce grados en pleno invierno, mientras la cumbre del Teide se divisa a lo lejos cubierta de nieve, con bastante frecuencia.

Todas las tardes, en los momentos libres, después de la jornada de trabajo, me sentaba en una roca volcánica, junto al mar, a leer o a escribir. Esto me distraía y llenaba, en parte mi vacío espiritual. Era la mejor terapéutica para combatir el aburrimiento, el estrés y la

frustración. Era una forma de poder evadirme de aquella depresión y de aquel pesimismo que me aprisionaba como una férrea coraza. Eran los mejores momentos del día, sentado siempre en la misma roca y frente al mismo mar, aunque éste no tenía siempre el mismo aspecto: unas tardes estaba tranquilo, azul, transparente, como un lago. En cambio, otras se mostraba alborotado, amenazante, con grandes olas coronadas de espumas blancas que se estrellaban contra el acantilado y se adentraba profundamente en la pequeña playa de arenas volcánicas de color negro. A la derecha los Acantilados Gigantes, que como final del macizo montañoso de Teno, terminan en el mar de forma vertical, formando una cortina de piedra imponente. En frente, la silueta montañosa de la isla de La Gomera, que vista desde este lugar, parece una monstruosa ballena varada, tras la que se ocultaba el sol en el ocaso. En los días claros se ve La Gomera tan cerca (estará a unos cuarenta kilómetros de distancia) que se pueden distinguir relieves y detalles. Este hermoso paisaje, a base de contemplarlo durante tantos días seguidos, se me quedó grabado en la imaginación de una manera indeleble, hasta el extremo de que no lo olvidaré nunca.

Por aquellos días compré todos los libros que pude adquirir que tuvieran una relación directa con las Islas Canarias. Libros que hablasen de su clima, de sus costumbres, de sus fiestas, de su historia, de su folclore, de su flora, de sus poetas, etc. Todo lo que hablase de Canarias me interesaba. De esta manera, amplié mis conocimientos sobre el archipiélago y aumentó mi interés, mi curiosidad, y por que no decirlo, mi amor apasionado por unas tierras y unas gentes que para mi siempre me fueron entrañables. Y todas las tardes, sentado sobre la misma roca volcánica, y teniendo como horizonte la silueta inconfundible de la isla de La Gomera, empecé a escribir mis vivencias personales de aquellos días, a las que puse por título IMPRESIONES Y RECUERDOS DE CANARIAS, dando rienda suelta a mis aficiones literarias, que llevaba adormecidas y pugnaban por exteriorizarse, en aquel lento discurrir del tiempo de una manera inmutable, que parecía no tener fin.

Pasaban lentamente los meses y el curso de la Guerra Mundial, que se inició en septiembre de 1939, había cambiado de signo. Después de la ocupación de Bélgica, Holanda y la mayor parte del territorio francés por las tropas alemanas, y de su avance incontenible por el territorio ruso en el verano de 1941, el ejército de la URSS,

con la ayuda inestimable de las nieves y del frío, habían frenado en seco ese arrollador avance en una encarnizada lucha que tuvo su colofón en la terrible batalla de Estalingrado, donde los alemanes sufrieron una aplastante derrota que les ocasionó centenares de miles de muertos y prisioneros. Y los angloamericanos, que con su dominio del Atlántico, como consecuencia de la supremacía naval, desembarcaron en Casablanca, ocuparon el Marruecos Francés y derrotaron por completo al África Corps de Rommel, expulsando a los alemanes del norte de Africa. En esta nueva situación, y vistas las simpatías de Franco por las potencias del Eje, que le habían ayudado a ganar la Guerra Civil Española, nosotros pensábamos que entraría en los planes del Estado Mayor Aliado la ocupación del archipiélago canario, como base de apoyo en sus operaciones marítimas del Atlántico. Y que incluso, este territorio español serviría para que aquí se instalara el Gobierno legal en el exilio, y cuyos defensores habíamos sido nosotros durante la Guerra Civil. Y que esta deseada ocupación nos liberaría de nuevo, a los del Batallón 91 de Penados. Pero pasaban los días, las semanas y los meses, y la tan ansiada invasión no se producía, a pesar de que las tropas aliadas habían recuperado la iniciativa y avanzaban en todos los frentes de batalla. Pero se pudo comprobar que los aliados no estaban por esa labor.

El año y pico que pasé en Puerto Santiago, se me hizo interminable y de una monotonía inaguantable, por el aislamiento en que nos encontrábamos, viendo como se nos esfumaban los mejores años de la juventud, desligados de la realidad, alejados de familiares y amigos, sin alicientes ni proyectos de futuro. Solo podía atenuar la desazón que producía en mi espíritu este lamentable estado de cosas leyendo y escribiendo en mis ratos libres. Y mientras tanto, continuábamos construyendo la carretera que terminaría con la incomunicación terrestre de Puerto Santiago.

Para aquellas pobres gentes, nosotros éramos una especie de Hada redentora que habíamos construido una vía de acceso que tanto necesitaban. Por eso nos respetaban y nos querían, solidarizándose plenamente con nuestras desventuras y nuestros pesares.

Pero por fin, a principios de marzo de 1943, nos trasladaron de Canarias al Marruecos Español. Había estado en Tenerife dieciocho meses seguidos, en condiciones difíciles. Y a pesar de todo, abandonaba Canarias con un cierto pesar, pues me había encariñado con

aquellas tierras y con sus habitantes, que para mi siempre fueron entrañables.

El viaje de regreso aun fue peor que el de ida, en cuanto a los efectos del mareo. Salimos de Santa Cruz de Tenerife a media noche. Nos acomodaron en el fondo de las malolientes bodegas del buque, tirados de cualquier manera. A las pocas horas de zarpar, se levantó un temporal de agua y viento impresionante. Las fuertes olas de seis o siete metros, se estrellaban contra el casco del barco que lo zarandeaban como si fuera un a cáscara de nuez, poniendo en grave peligro su estabilidad. No podíamos ni levantar la cabeza del suelo en aquel ambiente sucio y fétido que se hacía casi irrespirable. La travesía fue una aventura infernal que no olvidaré nunca, y mi aversión hacia el mar alcanzó límites insospechados.

Cuando llegamos al puerto de Cádiz, después de aquella accidentada travesía, y de haber vomitado todo lo que llevábamos en el estómago, teníamos un aspecto cadavérico, por los sucios y amarillos que estábamos. Desde Cádiz nos trasladaron a Ceuta en otro barco más pequeño, sin ningún contratiempo. Y de Ceuta, a pie, nos condujeron hacia el sur, después de cruzar Tetuán, a un lugar frente a la cordillera montañosa de Ben Harrich, distante cuarenta kilómetros de Ceuta. Nuestra misión allí consistía en construir trincheras, junto a la carretera que enlazaba Tetuán con Rabat, en el Marruecos Francés, para una posible defensa del protectorado español, ante una invasión de las tropas aliadas procedentes del Marruecos Francés que habían ocupado unos meses antes. Vistas así las cosas, entendíamos que aquellas defensas rudimentarias servirían de muy poco ante unas fuerzas tan numerosas y bien pertrechadas como eran las aliadas, en el supuesto que hubiera entrado en sus planes ocupar el Protectorado Español.

Nuestra estancia en Africa duró poco más de un mes, ya que a últimos de abril disolvieron los Batallones Disciplinarios y mandaron a cada uno de sus componentes a la unidad militar a que pertenecíamos. Como yo pertenecía al Batallón nº 11 de Infantería que estaba asentado en el cuartel de Benalúa, de Alicante, allí me dirigí de inmediato a mi regreso. En Benalúa solo estuve dos o tres semanas, ya que a mediados de mayo licenciaron mi quinta y me mandaron a mi casa. Habían pasado veintidós meses desde que salí hacia Madrid, en agosto de 1941. Y desde que me incorporé al Ejército de la República, en agosto de 1937, casi seis años. Los seis mejores

años de mi juventud perdidos entre unas cosas y otras. Desde luego, pagué un elevado tributo en tiempo y sacrificio, como consecuencia de la Guerra Civil que debió evitarse a toda costa. Así y todo, puedo considerarme afortunado ya que otros muchos pagaron con sus vidas y se quedaron por el camino en plena juventud. Yo, por lo menos, he podido contarlo, que no es poco.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

# TREINTA Y SIETE AÑOS DESPUES

Volví a la isla de Tenerife después de transcurridos treinta y siete años de haber estado allí por primera vez. Hacía mucho tiempo que tenía el firme propósito de volver a visitar la antigua Nivaria de los guanches, pero por una u otra causa, iba demorando, de día en día, este viaje de reencuentro, a pesar de que me hacía mucha ilusión el volver. Esta idea de retorno, se había convertido en una verdadera obsesión para mi, obsesión que se acentuaba a medida que pasaban los años, hasta el extremo de convertirse en una acuciante necesidad espiritual, nacida de la nostalgia. Pero, por fin, en el verano de 1979, pude cumplir mi ferviente deseo largamente acariciado. Así es que puse manos a la obra y me programé un viaje a Tenerife, de una semana de duración, en plan turístico.

¡Que diferente este viaje de aquel que realicé en el mes de septiembre de 1941! ¡Que circunstancias tan distintas de una a otra ocasión, ya que no tenían ni el más mínimo parecido! El primer viaje fue el producto de un verdadero despropósito, realizado a la fuerza, y rodeado de toda suerte de inconvenientes y de incomodidades. El segundo viaje lo realicé por el aire, abordo de un D.C. 9,

de Iberia, rápido, cómodo, confortable, volando a una velocidad de 900 kilómetros por hora y a una altura de 10.000 metros, en un vuelo charter, acompañado de mi esposa, fue una verdadera delicia, que duró solamente poco más de dos horas.

En 1941, de Madrid a Cádiz, en un tren borreguero, hacinados en vagones destartalados, como si fuéramos un rebaño de ovejas, sin ninguna comodidad, invertimos en el trayecto más de veintecuatro horas. Y cuando llegamos a la Tacita de Plata, la antigua Gadir que fundaron los fenicios, hace tres mil años, teníamos un aspecto francamente lamentable. Y de Cádiz a Tenerife, en una travesía que duró dos días, en un viaje tan lamentable, que es preferible olvidar. Pero todo aquello quedaba un tanto difuminado en las brumas del tiempo y de la lejanía, aunque aun resplandecía en el templo sagrado del recuerdo.

Después de una breve maniobra de aproximación, el avión aterrizó suavemente en el aeropuerto de Los Rodeos, en las proximidades de La Laguna. Al pisar de nuevo tierra de Tenerife, me emocioné tanto que no pude contener las lágrimas, al regresar de nuevo a estas tierras, para mi tan queridas y entrañables.

Desde el primer momento observé que lo que estaba viendo no tenía nada que ver con lo que ví treinta y siete años antes. Aquello era otro ambiente, otra historia, otro mundo completamente diferente a lo que yo conocí hacía ya casi cuatro décadas. Afortunadamente, aquella Canarias ya no tenía ni el más mínimo parecido con las Canarias de 1941, de la que distaba un abismo. La transformación había sido abismal en todos los aspectos y sentidos, en el transcurso de tantos años, y en una época tan evolutiva. Y esa transformación se podía observar hasta en los más mínimos detalles, al contemplar el fluir de las gentes y los entornos del aeropuerto, con sus constantes entradas y salidas de aviones. Lo único que había permanecido inmutable eran los verdes paisajes de los campos y las colinas, que permanecían allí para gozo de los ojos y de los sentidos.

El hotel donde teníamos que alojarnos estaba situado en la periferia del Puerto de la Cruz. El autocar que nos condujo a este lugar, inició nuestro traslado por una moderna autovía que había sustituido a la estrecha carretera que había en 1941, por el mismo trazado. Al divisar de nuevo el Valle de La Crotava, este tenía un aspecto muy diferente al que presentaba antes. Su transformación había sido substancial, ya que sobre la maravillosa alfombra verde

que antes exultaba bucólica belleza y armonía, se habían encrustado grandes manchas blancas de modernas edificaciones. Muchas hectáreas de tierras fecundas plantadas de prósperos platanales, se habían sacrificado para construir grandes hoteles, donde albergar a los muchos miles de turistas nacionales y extranjeros que venía aquí en todas las épocas del año, a pasar sus vacaciones. Estaba claro que, desde hacía algún tiempo, Canarias, en general, y Tenerife en particular, había apostado muy fuerte por el turismo, que era ya entonces, el primer sector productivo del archipiélago. Y por consiguiente, al desarrollo turístico se habían supeditado todas las demás actividades productivas de Canarias. La próspera y rica agricultura tinerfeña, que siempre había tenido su mayor exponente en la exportación de tomates, tabaco y plátanos, sus tres cultivos más importantes, habían perdido ya una gran parte de su vitalidad, y habían entrado en la pendiente de la decadencia, decadencia que se ha ido acentuado con el paso de los años, lo mismo que le ocurrió al conjunto de la agricultura española. Y la mayoría de los hijos de aquellos trabajadores agrícolas que yo conocí cuando estuve aquí por primera vez, habían desertado de la profesión de sus padres y ahora estaban empleados como chóferes de autocar, como guías turísticos, como cocineros o camareros en los hoteles, etc., servicios todos ellos relacionados con el sector turístico, que había generado riqueza y puestos de trabajo. Y tenía una mayor cultura y vivían mucho mejor que vivieron sus padres, cuando tenían su misma edad. Incluso, algunos de ellos habían cursado estudios superiores y aprendido lenguas extranjeras que les eran de tanta utilidad para ser recepcionista de hotel, guía turístico o empleado en agencias de viajes, profesiones todas ellas bien consideradas y remuneradas.

El Puerto de la Cruz ya no era aquel pueblo pequeño de campesinos y pescadores de 1941, ya que se había convertido en un complejo turístico de los más importantes de España, con sus grandes hoteles con muchas estrellas, con sus numerosos restaurantes de muchos tenedores, con sus salas de fiestas y sus discotecas, donde los turistas se divertían en las horas nocturnas, con sus tiendas de "souvenirs", donde se podían adquirir multitud de artículos y objetos relacionados, más o menos directamente, con la historia y la cultura canaria. Y el Puerto de la Cruz era también el Lago Martiánez, que había creado el genio artístico del lanzaroteño César Manrrique (fallecido recientemente, en accidente de carretera) robándole es-

pacio al mar, como uno de sus mayores atractivos.

El antiguo casco urbano de la población, antes tranquilo y recoleto, se había quedado constreñido por un cinturón de nuevos edificios de muchas plantas, que puestas al servicio del turismo, brotaban de la tierra, de la noche a la mañana, como surgen los hongos después de las lluvias otoñales. El "boom" de la construcción estaba en sus más espléndidos momentos. Era evidente que Su Majestad el Turismo lo había invadido todo, con su fuerza arrolladora, generando unas nuevas perspectivas sociales y económicas, al socaire de su desarrollo impresionante, creando prosperidad, riqueza y puestos de trabajo a manos llenas. La sociedad canaria, antes un tanto edénica, rural y aletargada, se había transformado en una sociedad más moderna, más dinámica y más activa por mor del turismo, a quien todos veneraban y rendían pleitesía.

Quise visitar de nuevo toda la isla detalladamente. Y con ese propósito, partiendo del Puerto de la Cruz, ascendí hasta Las Cañadas, como hiciera en 1941. Pero en esta ocasión, no en un viejo camión descartalado, sino un un cómodo autocar de los muchos que había al servicio de los turistas. Y cumplí mi deseo de ascender hasta la cúspide del Teide, pero no a pie, sino en el teleférico que habían instalado hacia algún tiempo, y que llegaba hasta unos trescientos metros del cráter, una corta distancia que se hacía muy fatigosa de salvar, por la pronunciada pendiente y por lo resbaladizo y pedregoso del terreno. Por las múltiples grietas que hay en esta pendiente, salía humo con olor a azufre, y el suelo tenía una elevada temperatura. Lo que no pude ver, en este recorrido, fueron las famosas violetas de las altas cumbres, una de cuyas variedades, suelen prodigarse en la cúspide del cono de este volcán. Del cráter del Teide me traje, como recuerdo una piedra sulfurosa que conservo como oro en paño. En los últimos tiempos, está terminantemente prohibido que los visitantes sustraigan del cráter pequeños trozos de rocas o lavas, de la misma manera que ocurre en algunas zonas del Parque Nacional de Timanfaya, en la isla de Lanzarote.

Al día siguiente, por la comisa noroccidental, visité ese conjunto de pequeños pueblos tan bonitos, que en su mayor parte tienen nombres de santos, (Santo Domingo, San Vicente, San Juan de la Rambla) aprisionados entre una vegetación exhuberante y ubérrima que todo lo invadía, dando a estos lugares un aspecto encantador y tropical. Era tan intenso el verdor y la frondosidad de estos

parajes, que nos produjo un verdadero gozo el contemplarlos. Y vimos esos cultivos escalonados en las laderas de las colinas, con los muros de piedras de contención, para aprovechar hasta el último gramo de tierra, donde el esfuerzo y la voluntad del hombre hace verdaderas obras de arte con el suelo rústico, con la finalidad de extraer de una climatología benigna y los escasos recursos hídricos extraidos de las entrañas de la tierra. En ese sentido, los agricultores de estas zonas, por sus denodados esfuerzos y su dedicación, merecen todos los honores y reconocimientos de la sociedad.

Estos pueblos mencionados y algunos más de los entornos, están ubicados en el Valle de Icod, llamado así por estar esta población en la parte central del mismo. Mención especial merece el pueblo de Garachico, junto al mar, que fue destruido por la lava un una de las últimas erupciones del Teide. Visto desde lo alto, Garachico, rodeado de frondosos platanales es una verdadera preciosidad. Antes de ser destruido por la lava, Garachico era el puerto más importante del norte de Tenerife, por donde se exportaba el vino de malvasia a toda Europa. En la actualidad, es tan solo un pueblo de agricultores, que viven, en su inmensa mayoría, del producto de la tierra.

A Icod se le conoce, más que por otra cosa, por el drago milenario que está situado en la periferia de la población, junto a la carretera que circunvala la isla, y que es uno de los símbolos más representativo de Canarias. Pasado Icod, continuamos el ascenso hasta alcanzar la cúspide del puerto de Erjos, de 1117 metros de altura, dando vista a la zona suroccidental de la isla, en las estribaciones del macizo montañoso de Teno. Desde este puerto se divisa un panorama completamente distinto, ya que de la verde y húmeda vegetación de la ladera norte, donde casi siempre está nublosa como consecuencia de los vientos alisios, se había pasado a la desoladora aridez, donde el sol esplendoroso y la sequedad es lo que prevalece casi todos los días del año. Aquello era como dos caras de una misma moneda, pero con grandes diferencias de una a la otra. Dos mundos completamente diferentes en todos los aspectos y sentidos.

Después de cruzar el puerto de Erjos, en un rápido descenso, dejamos atrás Santiago del Teide y Tamaimo, y por la misma carretera que construimos en 1942, entramos en Puerto Santiago. Lo que contemplaron mis ojos en aquellos momentos, distaba un abismo de lo que allí había treinta y cinco años antes, cuando yo dejé este

lugar. El casco urbano de lo que era entonces un pequeño caserío, apenas se había transformado y permanecía prácticamente inmutable. Solamente a algunas viviendas de una sola planta le habían añadido una segunda altura. Pero nada más. Las mismas callecitas estrechas, el mismo trazado, todo permanecía igual. En cambio, los alrededores habían experimentado asombrosas mutaciones, en todos los aspectos y sentidos. Entre el pueblo y los Acantilados Gigantes, habían construido un puerto deportivo. Y alrededor del puerto, anchas calles bien urbanizadas, zonas verdes, hoteles, restaurantes, discotecas, tiendas, etc. En definitiva, aquello se había convertido en una zona turística con toda la infraestructura necesaria para que no faltase de nada a los turistas que acudieran a aquel lugar para una estancia más o menos larga.

En los alrededores, se había producido también, una gran transformación desde el punto de vista agrícola y paisajístico, ya que todos aquellos contornos, antes áridos y secos, se habían convertido en espléndidos platanales, y otros muchos cultivos arbóreos y herbáceos. Seguramente, al incrementarse el turismo, habían aumentado también las aportaciones de recursos hídricos, procedentes de nuevos veneros del norte, no solamente para consumo doméstico, sino también para la agricultura, lo que había propiciado una mayor riqueza para toda la comarca.

La nave, junto al mar, donde nos alojamos en 1941, aun permanecía en pie, sin señales de haber sido utilizado en los años anteriores. Entre la nave, la pequeña playa de arenas volcánicas y el caserío, habían construido un pequeño parque, en donde habían plantado algunos árboles y colocados algunos bancos de madera para que pudieran sentarse los que iban allí a pasar un rato y tomar el sol, particularmente, personas mayores o mujeres con niños pequeños, sobre todo, a la caída de la tarde.

El pequeño acantilado que lindaba con el mar, estaba exactamente lo mismo que antes. Y sobre el acantilado, estaba aun la misma roca volcánica, sobre la que tantas veces me había sentado a leer o escribir, durante los largos meses que pasé en este lugar. Y de nuevo me senté otra vez sobre aquella roca que me era tan familiar, y que tantos recuerdos despertaba en mi. Era como retroceder en el tiempo, como una mirada retrospectiva en mi vida, como un volver al pasado ya tan lejano. Y no pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas.

Las olas que se estrellaban sobre el pequeño acantilado, me

salpicaban los pies de blancas espumas. Olas idénticas a las de entonces, con el mismo rumor, con el mismo vaiven sincronizado, movidas a impulsos de la misma brisa, pero ¡cuan distintas a aquellas, en el tiempo y la distancia! Aunque su ronca musicalidad era la misma, sonaba en mis oídos de una manera diferente, pues distintas eran también las circunstancias. Y era lógico y normal que fuera así, ya que entonces era un muchacho joven, con toda una vida por delante, y envuelto en unas circunstancias un tanto atípicas. Y en aquel segundo viaje, me había convertido en un hombre de sesenta y tres años, con un gran bagaje de vivencias y recuerdos que había vuelto a ese apartado rincón de Tenerife impulsado por la nostalgia, para tratar de revivir una página de mi juventud. Cerré los ojos por un momento y me acordé de todos aquellos compañeros de fatigas que compartieron mi estancia en estos lugares, en aquellos meses de destierro. ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Vivirán aun todos? ¿Cómo les habrá tratado la vida? ¿Habrán vuelto a este lugar de nuevo, como lo hacía yo en aquellos momentos? Los rostros de todos aquellos antiguos compañeros, incluso sus nombres, se habían difuminado en los recovecos de mi memoria, pero en el fondo de mi corazón guardaba de todos ellos un recuerdo imborrable, por las peripecias que compartimos en plena juventud.

La silueta inconfundible de la Gomera permanecía inmutable en la lejanía del horizonte. Aparentemente, todo continuaba igual, pero en lo que a mi concernía, ya nada era lo mismo, después de tanto tiempo transcurrido. En aquellos momentos afloraba en mi espíritu un sentimiento agridulce ya que por una parte, gozaba de la satisfacción de un reencuentro largamente deseado, que avivaba mi nostalgia, y por la otra, renacían unos tristes recuerdos que trataba de superar a toda costa.

En Puerto Santiago hablé con muchas personas de todas las edades, residentes que vivían mucho mejor que en 1942. Incluso el casco antiguo del caserío paupérrimo e incomunicado, donde la gente se las veía y se las deseaba para poder sobrevivir. Al socaire del turismo, el lugar había prosperado mucho, dentro de las desigualdades que hay en todas partes y en todas las circunstancias. Tuve también la oportunidad de hablar con algunos de aquellos niños que bajaban al campamento para comerse las sobras de nuestro "rancho". Ahora eran hombres de alrededor de los cincuenta años, pero todos se acordaban muy bien de nosotros, a pesar del tiempo trans-

currido. Y nos recordaban con gratitud y admiración, ya que nuestra permanencia allí, para elos, fue un verdadero acontecimiento que rompió la monotonía de su vivir gris y desangelado, en un lugar donde nunca ocurría nada extraordinario que alterara el rumbo cansino de su poca atractiva existencia. Estos hombres continuaban trabajando en la agricultura, como siempre lo habían hecho. Pero en cambio, sus hijos, en su inmensa mayoría, tenían ocupaciones distintas, como casi todos los jóvenes tinerfeños que se habían alejado de los campos en busca de nuevos horizontes laborables, que en ese aspecto, no querían seguir los pasos de sus padres.

Las costumbres y formas de vivir de las gentes del lugar habían cambiado radicalmente, como había ocurrido en todas partes. Vivían,vestían y comían mucho mejor que antes, y ya no se veía a la mujeres llevar bultos sobre sus cabezas, que tanto nos llamó la atención cuando estuvimos aquí por primera vez.

Continuando mi periplo por la periferia de la isla, a partir de Puerto Santiago, a lo largo de toda la costa oeste, cruzamos ubérrimas zonas agrícolas y playas con muchas edificaciones nuevas, hasta llegar a la Playa de la Américas y Los Cristianos. Y desde allí, por una espléndida carretera que bordea la costa, hasta Santa Cruz de Tenerife, donde enlazamos con otra línea regular de autobuses que nos llevó a nuestro punto de partida, en el Puerto de la Cruz.

Solo me faltaba por visitar Vilaflor de Chasna y lo hice al día siguiente. Partiendo de Granadilla de Abona subimos por la misma carretera por la que ya circulé en 1941, cuando fui a la consulta del dentista. Esta estrecha y carretera no había experimentado modificación alguna. El mismo firme defectuoso, las mismas curvas, las mismas pendientes tan pronunciadas, cruzando los mismos paisajes exultantes de hermosura, todo seguía igual. Y lo mismo ocurría con la población, que continuaba poco más o menos como estaba en 1941. Apenas se habían construido casas nuevas, y por lo tanto, el paisaje urbano era prácticamente el mismo que tenía treinta y siete años antes. Al ser un pueblo interior, se había mantenido al margen del turismo, que tanta incidencia había tenido en algunas zonas costeras. Allí seguía igual su Plaza Mayor, con su mismo piso empedrado, con sus árboles que se habían hecho más grandes, con su pequeña iglesia, mirando hacia el sur, con su oficina de correos regentada por un funcionario diferente, que había sustituido a la mujer enana cuando ésta se jubiló, etc. Todo continuaba lo mismo que

antes, aunque con nuevas gentes, ya que más de la mitad de los habitantes de entonces ya habían muerto, con la misma tranquilidad, solo perturbada con algún que otro autocar de turista que circulaba camino de La Cañadas, con los mismos hermosos paisajes, con el mismo aire puro y limpio que ensanchaba los pulmones al respirarlo. Y allí estaba también inamovible el Sombrero de Chasna, con su petrea montera color ocre, como un vigilante sempiterno que tuviese la sagrada misión de custodiar aquellos hermosos contornos. Y allí estaban asimismo, ¡como no! los Pinos Gigantes, con su verde y mayestática ampulosidad, como una pareja de enamorados que no quisieran separarse nunca. Me acerqué a ellos y vi que a su alrededor habían instalado una pequeña verja metálica, formando una plazoleta, donde habían puesto unos bancos de madera de pino, para que la gente pudiera sentarse a descansar, gozando de su agradable sombra. Habían instalado también una pequeña fuente de la que manaba agua dulce y fresca. De todos aquellos detalles se deducía que los famosos pinos se habían convertido en un lugar de encuentro, en un punto de reunión de los lugareños. Después de estar sentado un rato a la sombra de aquellos dos magníficos ejemplares vegetales, no pude sustraerme a la tentación de desgajar con mis propias manos, un trozo de la gruesa corteza de uno de aquellos extraordinarios pinos canarios que tenían centenares de años de vida, y llevármelo como recuerdo de mi segunda visita.

A pesar de que Vilaflor se había mantenido un tanto alejada de las corrientes turísticas, indirectamente, también se veía afectada por este fenómeno, que tanto había revolucionado todo el archipiélago. Así, las mujeres que en la década de los años cuarenta no tenían más ocupación que el cuidado del hogar y de los hijos o ayudar a sus maridos en las tareas agrícolas, ahora se dedicaban a la artesanía del bordado, en la que son tan expertas, y cuyos productos, vendían a los turistas directamente o a través de intermediarios. Con estas labores artesanales, no es que ganasen grandes cantidades de dinero, para las horas de trabajo que requerían, pero al menos, podían dedicar su tiempo libre a realizar unas labores delicadas y un tanto señoriales, al mismo tiempo que les reportaba algunos ingresos que les ayudaban a vivir.

La única cosa nueva que observé en Vilaflor era la instalación de una embotelladora de agua mineral, que se distribuía por todo el archipiélago.

Como no podía ser de otra manera, en una fecha posterior visité también Santa Cruz de Tenerife. Pasee por el puerto, en el que se observaba un gran trasiego de entrada y salida de buques de carga, ese mismo puerto donde pisé por primera vez tierras canarias, en septiembre de 1941, al desembarcar del VILLA DE MADRID. Santa Cruz se había engrandecido mucho, y entonces era ya una población dinámica y bulliciosa, densamente poblada y encrucijada de múltiples rutas marítimas, con grandes establecimientos comerciales, donde se podían adquerir multitud de artículos de importaci´n más baratos que en la Península, por ser puerto franco de impuestos. Por esa razón, todos los visitantes peninsulares compraban muchas cosas para ellos mismos o para regalar a sus amigos o familiares. Esa circunstancia era una de las principales razones que impulsaban a los peninsulares a visitar Canarias, en plan turístico, además del clima, los paisajes y las playas.

El centro neurálgico de Santa Cruz era (y lo sigue siendo) la Plaza de España, amplia, espaciosa y con muchos árboles. De aquí parten todas las "Guaguas" que comunican la capital con todos los demás pueblos de la isla. Alrededor de esta plaza había muchos bares, restaurantes y tiendas comerciales de toda índole. También daba a esta plaza el bonito edificio sede del Cabildo Insular de Tenerife, en cuya parte trasera estaba ubicado el Museo Arqueológico de Canarias, donde se conservaban abundantes muestras de la vida y cultura de los guanches, los primitivos habitantes de esta isla: Esqueletos momificados, herramientas y enseres domésticos, vestimentas, molinillos para la obtención del gofio, etc. A través de todos estos testimonios, se podía tener una idea bastante aproximada de como estaban organizados y como vivían aquellas gentes primitivas, hasta que llegaron los españoles y les sometieron a su dominio, después de una tenaz resistencia. Relacionado con este museo, me llamó mucho la atención el que para visitarlo solo cobraban el precio simbólico de una peseta, cuando en otras partes, para visitar museos de estas mismas características, cobraban mucho más. El tiket que me dieron para entrar en el museo, a cambio de una peseta, lo conservé durante muchos años, por pura curiosidad. Este mismo museo lo visité después en varias ocasiones, pero pagando mucho más por la entrada.

Tuve también tiempo y curiosidad para visitar la playa de las Teresitas, diez kilómetros al este de Santa Cruz, y al abrigo de las

estribaciones de la abrupta Cordillera de Anaga. Esta playa, pequeña y recoleta, es la playa de la capital, a la que acudían todos los días varios miles de personas a tomar el sol y a bañarse en el mar. Había un frecuente servicio de Guaguas para que la gente se pudiera desplazar cómodamente desde la capital hasta la playa.

Según me informaron entonces, esta playa era artificial, ya que las limpias y blancas arenas que cubrían toda su superficie, habían sido traídas en embarcaciones desde el Sahara Español, cuando aquel territorio africano estaba bajo el dominio de España. Esta versión era creible y tenía una cierta lógica, ya que en todas las otras playas de Tenerife, las arenas eran más obscuras, incluso, negras, por su composición volcánica, mientras que las de Las Teresitas eran completamente blancas, idénticas a las de las playas africanas de la costa atlántica.

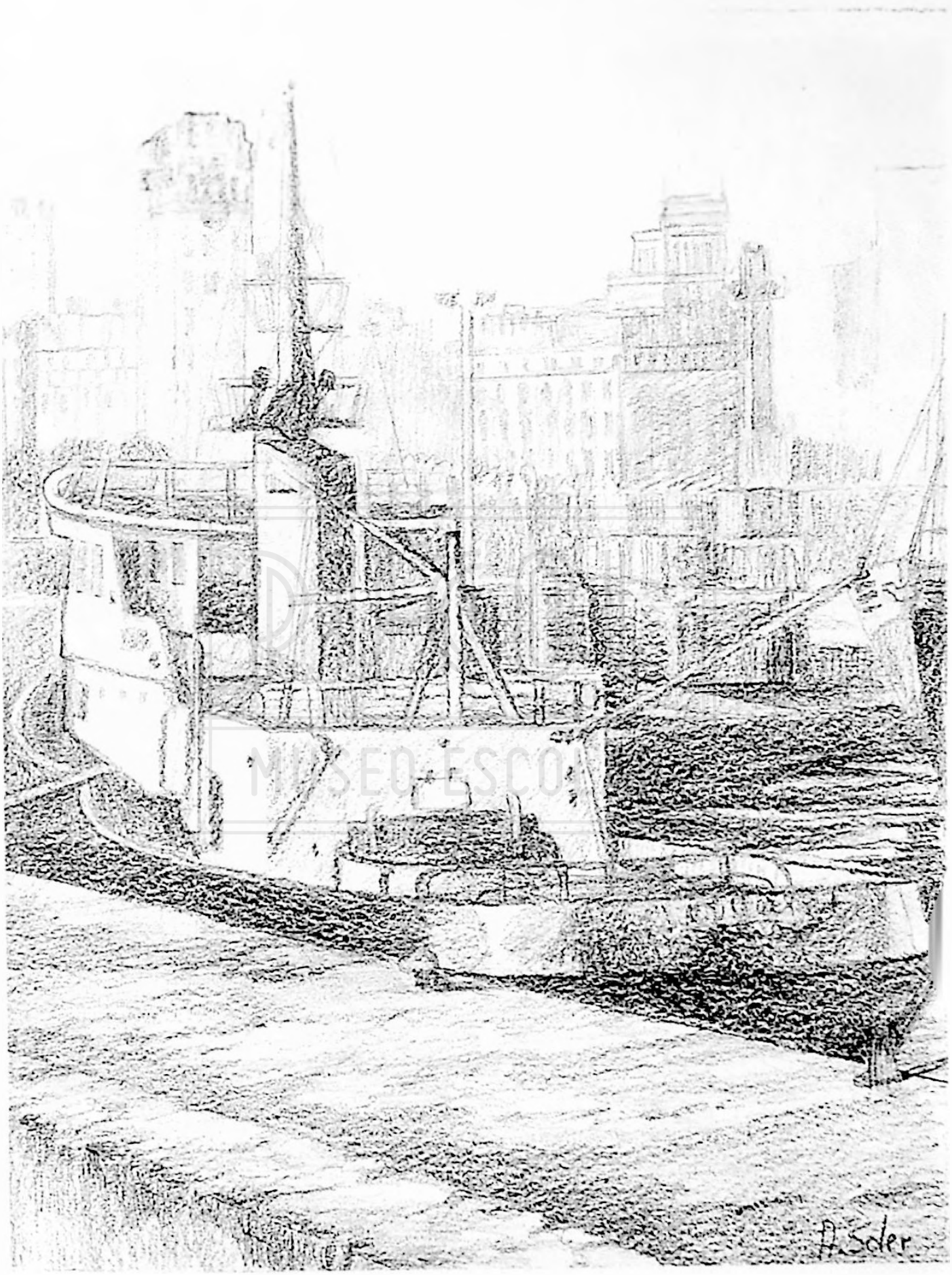
Finalizados los días que teníamos programados para este viaje, regresamos a la península, después de haber pasado en Tenerife unos días inolvidables. No hubo tiempo para más, pero el viaje me supo a poco, aunque fue muy bien aprovechado. Por lo tanto, me hice el firme propósito de volver de nuevo, en un breve espacio de tiempo, para ampliar conocimientos sobre Canarias, en su conjunto. Las vivencias de esta segundo viaje me sirvieron para escribir la segunda parte del libro IMPRESIONES Y RECUERDOS DE CANARIAS, cuya primera parte la conservaba inédita desde que la escribí en 1942. Este libro, que fue el primero de una larga serie que han ido apareciendo posteriormente, vió la luz en el año 1980. Este libro, por el hecho de ser el primero que publiqué, tiene para mi un valor especial, aunque algunos de los otros publicados después tengan un mayor valor literario y más denso contenido.

— — — — — — — — —

Diez meses después volví a Canarias, pero para un viaje más largo. En este nuevo viaje pude visitar Tenerife, Gran Canaria y Lanzarote. Y pude observar que las dos últimas islas habían apostado también muy fuerte por el turismo, valiéndose cada una de ellas de sus propias posibilidades, con arreglo a sus peculiaridades y características. Mientras en Lanzarote se incidía más en los paisajes volcánicos, como principal atractivo, en Gran Canaria se recalcaba más el turismo de sol y playa, cuyos dos principales focos estaban situados en la playa del Inglés y sus alrededores, en la zona sur, incluyendo Maspalomas y en las playas de las Canteras, junto a la capital de Las Palmas.

El municipio de San Bartolomé de Tirajana, en Gran Canaria, ocupa casi el 20% de la superficie de la isla. A este municipio pertenece todo el conjuntode las playas del sur, incluyendo las Dunas de Maspalomas. Unos meses antes de estar yo allí, habían firmado un convenio de hermanamiento entre el Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana y Elche. En virtud de este hermanamiento, el Ayuntamiento ilicitano le había regalado al de San Bartolomé una gran cantidad de palmeras datileras adultas y un busto de gran tamaño de la Dama de Elche. Las palmeras las transplantaron en la playa del Inglés y el busto de la Dama de Elche se instaló en una avenida que se estaba urbanizando por aquellas fechas, paralela a la playa y que llevaría el nombre de Elche. Por su parte, el Ayuntamiento ilicitano le puso el nombre de San Bartolomé de Tirajana a una avenida situada en la urbanización turística de Arenales del Sol, en una de las playas del término municipal, en justa correspondencia. A partir de aquellos momentos, hubo frecuentes intercambios folclóricos, artísticos y culturales entre las dos poblaciones hermanadas, fruto de unos estrechos vínculos afectivos.

Desde 1985 he viajado a Canarias, por el mes de Mayo, ocho años seguidos, con motivo de los Encuentros Anuales Prensa-Turismo, que con carácter internacional, organizaba la Federación Española de Escritores de Turismo, a la que pertenezco. En estos encuentros anuales de los escritores de turismo con los representantes de todos los estamentos oficiales y empresas privadas relacionadas con este sector, que tanta incidencia tiene en el archipiélago, desde el punto de vista social y económico, tuve la oportunidad de visitar, en varias ocasiones, todas las islas y tener una visión bastante completa de lo que son y representan en el panorama turístico español. Este conocimiento del archipiélago, desde el punto de vista turístico, me ha movido a escribir este libro sobre el turismo canario, desde mi punto de vista. La primera parte hablará de "Canarias en el recuerdo" y la segunda de "Canarias en la actualidad".



Plaza de España, de Santa Cruz de Tenerife.

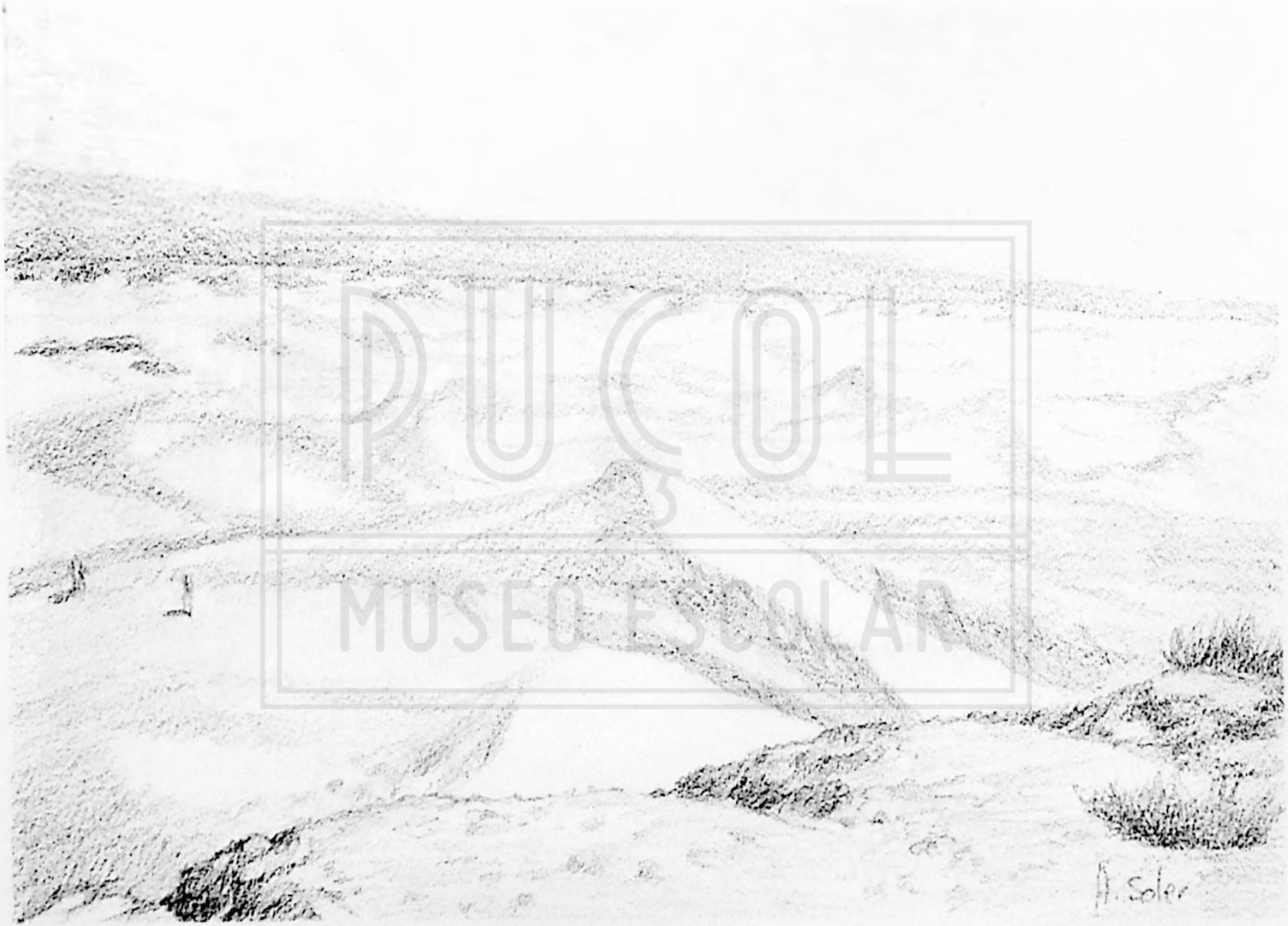


Torre de la Catedral de la Laguna (Atardecer).

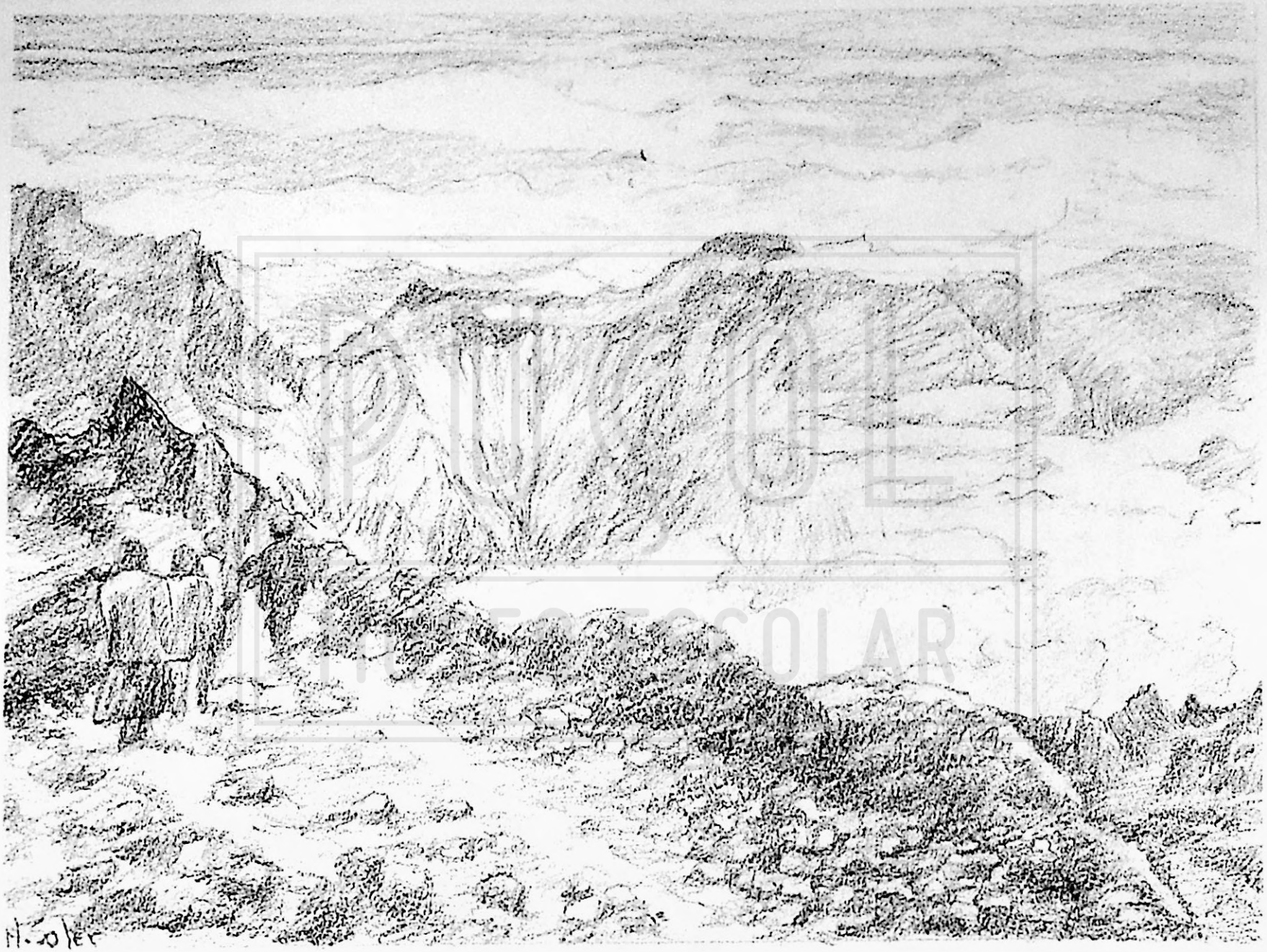


Tapiz de arenas volcánicas, en la Plaza Mayor de la Orotava, con motivo de la Octava de Corpus.






Panorámica de las Dunas de Maspalomas, en la Isla de Gran Canaria.



La Caldera de Taburiente, en la Isla de la Palma.

# *Segunda parte*

PUCOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

# TENERIFE

Tenerife, la antigua Nivaria
del Almirante Nelson vencedora.
En el centro, el Teide Gigante
que proyecta su alargada sombra
sobre los paisajes desolados
de las Cañadas, lavas y escorias.
Santa Cruz, con sus célebres carnavales
y su empaque de ciudad populosa.
La Laguna de los Adelantados,
señorial, universitaria y antañona.
Icod, con su drago milenario.
La Orotava, con la maravillosa
hermosura de su espléndido valle
y la sin igual belleza de sus alfombras
de flores en la Octava del Corpus,
con su romería brillante y prodigiosa
que es, de las Islas Canarias,
la más importante fiesta folclórica.

Puerto de la Cruz, turística Babel,
multitudinaria y bulliciosa
en todas las épocas del año.
Playas del sur, soleadas costas
donde todo el año es Primavera
y pasa sus vacaciones media Europa.
En Tenerife la cultura guanche
dejó sus huellas, su imborrable impronta
que a través de los cantos populares
con sentimiento resurgen y afloran.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Tenerife es la isla de mayor extensión territorial de todas las Canarias, ya que sus 2057 kilómetros cuadrados de superficie suponen el 29% del total del archipiélago, que totaliza 7.167 kilómetros cuadrados.

La isla de Tenerife tiene la forma de una pera, orientada de este a oeste, y cuya parte central la constituye el Parque Nacional de las Cañadas, de 130 kilómetros cuadrados. En el centro de Las Cañadas se levanta, altivo y mayestático, el cono impresionante del Teide, cuyo cráter alcanza una máxima altura de 3718 metros sobre el nivel del mar, siendo la cumbre más elevada de todos los territorios españoles.

La depresión de Las Cañadas tiene una configuración muy idéntica a la que tiene la misma isla y orientada en el mismo sentido. Las Cañadas no es ni más ni menos que el cráter de un gigantesco volcán que surgió del mar en el principio de los tiempos. La cumbre más elevada de esta depresión es el Pico de Guajara que se eleva a 2717 metros de altitud, y la zona más honda de la depresión es la llanura de Ucanca.

Las Cañadas, en su conjunto, tienen un suelo árido y estéril, por su composición volcánica compuesto de lavas y escorias. Con un suelo de estas características es muy difícil que aflore la vida vegetal, si exceptuamos algunas variedades de retamas y el hermoso "tajinaste rojo", cuyas flores tienen la forma de un alfil de ajedrez, y que cuando florece en Primavera es de una vistosidad y belleza excepcional. En las más elevadas cotas del cono del Teide, suele prodigarse también una variedad de violetas, de flores muy hermosas, que toman el nombre de volcán.

En los alrededores del Observatorio Astronómico de Izaña, junto con las retamas de flores amarillas, se prodigan también los codesos, con sus hermosas flores blancas. A estas alturas que superan los dos mil metros, estas dos variedades de plantas vegetan y florecen a sus anchas, constituyendo la única manifestación de vida vegetal de estos entornos.

Como todas las Islas Canarias, (si exceptuamos Fuerteventura) Tenerife es sumamente montañosa, siendo su ladera norte verde y húmeda por efecto de los vientos alisios, que soplan del noreste, y la parte sur más árida y seca, y por consiguiente, con una media de temperatura superior en varios grados respecto a la ladera norte, con más abundancia de nubes y lluvias.

La mayor parte de sus 270 kilómetros de costas son acantilados más o menos altos, y la mayoría de las playas que existen, que no son muchas, están en la costa del sur, mucho más llana y suave, menos escarpada que la ladera del norte y del noroeste.

La población más importante de Tenerife, en todos los sentidos, es su capital, Santa Cruz, situada al abrigo de la Cordillera de Anaga, elevado macizo montañoso que se levanta en la parte este de la isla. Con una población aproximada de unos 200.000 habitantes, su puerto marítimo desarrolla un gran movimiento comercial, por estar en la encrucijada de muchas rutas entre Europa y América. En la actualidad es una ciudad populosa, dinámica y colorista, por la que pasan todos los años muchos miles de visitantes de todas las partes del mundo, y cuyo centro neurálgico es esa preciosa Plaza de España, ubicada junto al mar.

Le sigue en importancia La Laguna, con una población de más de cien mil habitantes, ciudad catedralicia y episcopal, ciudad universitaria desde 1774, que fue capital del archipiélago cuando Canarias se componía de una sola provincia. Fue en los tiempos pasa-

dos la ciudad de los Adelantados y atesora multitud de hermosos edificios de estilo colonial, y en sus proximidades está situado el aeropuerto de Los Rodeos.

A continuación se sitúa la Orotava, con unos treinta mil habitantes, situada en el centro del hermoso valle del mismo nombre. En su periferia se encuentra el Jardín Botánico, uno de los más importantes y antiguos de España. Posee también multitud de edificios coloniales con hermosos balconajes de madera de pino canario que le dan un aspecto noble y señorial.

Puerto de la Cruz, en la parte baja del Valle de la Orotava, hasta hace unas décadas un pequeño pueblo de pescadores y cultivadores de platanales y en la actualidad convertido en un complejo turístico de los más importantes de Canarias, a donde acuden todos los años centenares de miles de turistas nacionales y extranjeros.

Icod de los Vinos, con su famoso drago milenario, que se ha deteriorado mucho en los últimos tiempos, y que es uno de los símbolos más conocidos de Canarias. Está situado en un hermoso valle donde se pueden admirar unos paisajes impresionantes de una belleza singular.

Los Realejos, famoso por los hechos históricos que se produjeron en sus alrededores, en los tiempos de la conquista.

Y en la ladera sur, Granadilla de Abona y Güimar, un poco apartadas de la costa y junto al mar Candelaria, donde se venera a la Virgen Morena de este nombre, que es la Patrona de la isla y que tantas referencias hacen a la misma en las canciones folclóricas de esta tierra.

Además de los reseñados, hay en Tenerife otros pueblos y caseríos desperdigados por los valles y laderas de la accidentada superficie de la antigua Nivaria de los guanches, que la poblaron durante muchos siglos hasta que la conquistaron las tropas de Castilla, después de una fuerte resistencia, a pesar de la desigualdad en armas y pertrechos. De aquella cultura aborigen hay abundantes muestras conservadas en los museos y que hoy aun está vigente en las folias y canciones populares.

Hasta la década de los años sesenta, la economía canaria, en general, y tinerfeña, en particular, giraba, casi exclusivamente, alrededor de la agricultura, una agricultura bastante próspera, propiciada por la bondad del clima templado y la fecundidad de su suelo, a pesar de ser, casi en su totalidad, de componente volcánico. Una de

las mayores trabas que tenía esta agricultura (y continua teniendo aún) consistía en la escasez de recursos hídricos, provenientes, en su totalidad, de acuiferos subterráneos, al no existir corrientes de agua de superficie. En la mayoría de los casos, estas aguas hay que extraerlas desde grandes profundidades, bajo las montañas, y son trasladadas a grandes distancias mediante tuberías metálicas, para utilizarlas en el riego de los cultivos que hay en los valles y las hondonadas. A todo esto hay que añadirle que, generalmente, los cultivadores de las tierras donde están los cultivos que hay que regar, no son dueños de las aguas que utilizan para estos riegos, que son propiedad de otras personas distintas. De ahí nace lo de "terrateniente" y "aguateniente". Lógicamente, los intereses de los "terratenientes" son muy distintos a los intereses de los "aguatenientes", que tratan de vender estas aguas tan necesarias lo más caras posible, en detrimento de la rentabilidad de los agricultores. Es este un problema que se viene arrastrando desde siempre, y que trató de paliar, en parte, la nueva Ley de Aguas que promulgó el Gobierno de la Nación hace unos años, en la que se establece que todas las aguas, tanto de superficie como subterráneas, son públicas, y por lo tanto, deben distribuirse de una manera justa y racional donde más se necesiten. La mencionada Ley fue muy protestada por los "aguatenientes" canarios, que no entendían muy bien que en el uso y disfrute de las aguas primasen los intereses públicos por encima de los intereses particulares y privados.

Los productos más peculiares y característicos de la agricultura tinerfeña, y por extensión, la de las demás islas, fueron, desde principios del presente siglo, los plátanos, los tomates y el tabaco, particularmente, los dos primeros, que se exportaban en grandes cantidades, no solo a los mercados peninsulares, sino también a algunos países europeos. Lógicamente, durante este período, la mayor parte de las gentes canarias estaban ocupadas, profesionalmente, en este sector primario.

Pero una vez cicatrizadas las heridas de la Segunda Guerra Mundial y reconstruida Europa de los grandes destrozos materiales sufridos por esta contienda, la mayoría de los europeos incrementaron, sobremanera su nivel de vida y bienestar. Y como consecuencia de esta prosperidad, se puso de moda y al alcance de todas las capas sociales, el viajar por gusto y por placer, particularmente, durante las vacaciones estivales. Y nació el turismo de ma-

sas, ese fenómeno social, que tanto ha transformado la vida y las costumbres de las gentes de las naciones más ricas y desarrolladas, para quienes no se concibe unas vacaciones sin el complemento de un viaje más o menos largo, a cualquier parte. Unos en busca de soleadas playas donde poder broncearse y zambullirse en el mar. Otros para gozar de los verdes paisajes montañosos, en contacto más íntimo con la naturaleza que les relaje, por unos días, de las incomodidades y el estrés que se sufre en las grandes poblaciones tan contaminadas. Los hay también quienes prefieren pasar sus días de asueto visitando Catedrales y otros monumentos antiguos, haciendo turismo cultural que es también muy enriquecedor.

Y Tenerife se abrió con prontitud a esas tímidas corrientes turísticas que empezaron a vislumbrarse en el horizonte europeo, que por primera vez utilizaban las rutas del aire para viajar en plan turístico. Y para facilitar esos desplazamientos aéreos, se construyó el aeropuerto de Los Rodeos, en las proximidades de La Laguna. Y ese turismo incipiente, en un principio, fue orientado hacia el Puerto de la Cruz, por la proximidad del aeropuerto por el marco incomparable del Valle de la Orotava, con sus admirables bellezas paisajísticas. Y en los contornos del Puerto de la Cruz empezaron a surgir, a un ritmo acelerado, multitud de hoteles, más o menos lujosos, bloques de apartamentos para alojar turistas con menores posibilidades económicas, restaurantes, cafeterías, discotecas, salas de fiestas, comercios de todas clases, agencias de viajes, etc. Y la guinda a este sabroso pastel turístico, la puso el arte y la imaginación creadora del polifacético lanzaroteño César Manrique, construyendo el Lago Martiánez, robándole espacio al mar.

Y en las agencias de viajes de la Europa Occidental empezó a figurar la isla de Tenerife y el Puerto de la Cruz como un destino ideal para pasar unas agradables vacaciones, gozando del mejor clima del mundo y de unos paisajes de ensueño. La única deficiencia que tenía el Puerto de la Cruz para ser un destino turístico completo, particularmente, para las gentes nórdicas, procedentes de climas fríos, es que carece de buenas playas, (en los últimos tiempos han construido una playa artificial, muy bien cuidada, al oeste de la población, en una pequeña ensenada que limita con Punta Brava). No obstante, el alud de turistas nacionales y extranjeros, se iba incrementando a un ritmo impresionante, de año en año, atraídos por una promoción eficaz que resaltaba los muchos atractivos que atesora.

Y en un nuevo atractivo añadido fue la creación del Loro Park, en Punta Brava, a un kilómetro al oeste del Puerto de la Cruz. Se trata de un parque natural que atesora multitud de especies vegetales autóctonas y foráneas. Y también es parque de atracciones, con infinidad de especies de aves de raros y preciosos plumajes y con un gran delfinario donde los cetáceos juguetean y dan rápidos saltos obedeciendo las órdenes de su domador, para gozo y divertimento de los turistas que contemplan, desde los graderíos, sus evoluciones y habilidades acuáticas.

Desde el Puerto de la Cruz, los turistas pueden visitar todos los demás puntos de la isla, bien en automóviles que alquilan sin chófer, un tanto por hora, o en viajes organizados en autobuses que recorren los diferentes hoteles donde se alojan, para recorrer unas rutas previamente fijadas, entre las que no puede faltar una excursión al Parque Nacional de las Cañadas, con parada y comida en el Parador de Turismo que hay en las proximidades del Teide. Y los que se sienten con ánimos y no temen a las grandes alturas, poder subir en el funicular para llegar hasta el mismo cráter, cosa que hacen en su inmensa mayoría, sobre todo, los más jóvenes.

Sobre la existencia y funcionamiento de este funicular, se ha desatado una gran polémica en los últimos tiempos, ya que los ecologistas se manifiestan en contra del mismo, por entender que degrada este espacio natural tan singular, al permitir el acceso a la cumbre de una gran cantidad de visitantes todos los días, y que con su instalación se prostituye la bella imagen del Teide que debería conservarse en su prístina pureza. Pero dudamos mucho que se tengan en cuenta estas consideraciones y el funicular continuará subiendo grandes masas de turistas hasta la cumbre, ya que esta excursión la consideran uno de los principales atractivos que tiene la isla de Tenerife, y que a la empresa explotadora le reporta grandes ingresos.

El emplazamiento del aeropuerto de Los Rodeos, no reúne las óptimas condiciones de seguridad que sería de desear, entre otras razones, por las nieblas que tanto abundan por esta zona, habiéndose producido en el mismo algunos desgraciados accidentes muy sonados, que tuvieron una gran repercusión en el extranjero. Estas circunstancias aconsejaron al Ministerio de Transportes el construir otro aeropuerto internacional en el sur de la isla, donde el terreno es más llano y las condiciones climatológicas más idóneas. De esta

forma, a finales de la década de los años setenta, se puso en servicio el Reina Sofía, a donde se desplazaron la mayoría de los vuelos charters y los de las líneas nacionales y extranjeras, de vuelo regular, dejando a Los Rodeos con una mínima utilización.

La proximidad del aeropuerto Reina Sofía, la temperatura más elevada, con un sol esplendoroso la mayor parte de los días del año y con una mayor profusión de playas, en una costa más llana y suave, propiciaron el turismo masivo en el sur de la isla, disputándole la supremacía que hasta entonces había ostentado el Puerto de la Cruz en el turismo tinerfeño. Y de la noche a la mañana, entre los municipios de Adeje y Arona, surgió el complejo turístico que se denominó "Playa de las Américas". Y lo que hasta entonces habían sido zonas costeras áridas y estériles, se fueron trazando anchas avenidas, se plantaron palmeras y otras variedades de árboles, se urbanizaron calles, se levantaron hoteles, con sus lujosas piscinas y sus playas particulares y hasta se construyeron campos de golf en sus entornos.

Y se construyó también un puerto deportivo, llamado Puerto Colón, donde se concentran una gran cantidad de pequeñas embarcaciones deportivas y de recreo. Y se levantaron edificaciones por todas partes, en algunos lugares hasta la cumbre de las colinas, con un gran deterioro medioambiental. De esta manera, toda la llamada Costa del Silencio quedó saturada de edificaciones, que con su llamativa blancura, contrastaban con los pardos paisajes volcánicos expuestos al luminoso sol del medio día y a los resecos vientos del sur. Y el ciclón del turismo lo arrolló todo, transformando el paisaje y las condiciones socioeconómicas de estos lugares.

El pequeño puerto de Los Cristianos, en la misma zona, vió incrementarse, sobremanera, su actividad y movimiento marítimo, ya que de aquí salen, diariamente, varios Ferrys cargados de turistas con destino a la Gomera, en una travesía que dura unas dos horas. Estos turistas, generalmente, pasan un solo día en la isla colombina, visitando sus lugares de mayor interés turístico, para regresar por la tarde a los hoteles de Tenerife donde están alojados. En estos mismos Ferrys pueden transportar también los autocares que una vez desembarcados en el puerto de San Sebastián recorren la pequeña isla, que es sumamente montañosa y con unas carreteras estrechas y sumamente tortuosas. Por ser tan montañosa, la Gomera es la única de las siete islas mayores de Canarias que no tiene aeropuerto, y por

consiguiente, solo se puede acceder a la misma por vía marítima.

A partir de la construcción del aeropuerto de Reina Sofía, Tenerife ya pudo ofrecer un turismo más variado. A los que querían sol y playas les recomendaban la Playa de las Américas, en la costa sur. Por el contrario, a los que preferían un turismo más verde y ecológico, con unos grados menos de temperatura y unos paisajes más relajantes, podían elegir el Puerto de la Cruz y sus alrededores. Esta variedad en la oferta, hizo que Tenerife, en su conjunto, acaparara más del 50% de todos los turistas que elegían Canarias como destino de sus vacaciones. El incremento acelerado del turismo en Tenerife, llevó aparejado la ampliación y el mejoramiento de las vías de comunicación, para poder dar respuesta al gran aumento del tráfico rodado por toda la isla. De esa manera se construyó una autovía por el norte, que partiendo de la capital llega hasta el Puerto de la Cruz. De la misma manera se construyó también la autovía del sur, desde Santa Cruz hasta la Playa de las Américas que ponen a la capital a tres cuartos de hora de autobús.

Otra carretera importante es la que parte de La Laguna y ascendiendo por el Monte de la Esperanza y atravesando frondosos pinares que conforman unos paisajes de singular belleza, cruza Las Cañadas y desemboca en la costa oeste, en las proximidades de Tamaimo, recorriendo la espina dorsal de la isla. Esta carretera alcanza su mayor altura en las proximidades del Observatorio Astronómico de Izaña, donde las retamas y los codesos ponen en Primavera una radiante eclosión de flores amarillas y blancas, que contrastan con los paisajes lávicos que les circundan.

Hasta la estrecha carretera que enlazaba Granadilla de Abona con Vilaflor la han ampliado, dándole un nuevo trazado en el que no hay tantas curvas como la que tiene la que se construyó hace ya muchos años y que en la actualidad prácticamente, no se utiliza. Subir hoy de Granadilla a Vilaflor ya no es una tortura, como lo era antes, sino más bien un paseo agradable y placentero.

Se han construido también otras carreteras de menor importancia, para poder acceder a todos los rincones de la isla, por muy adrupto y escarpado que sea el terreno, como es el caso de la Cordillera de Anaga o la zona de Carrizal y Masca, en la región montañosa del macizo de Teno. En ese aspecto, hoy todos los pueblos y comarcas de Tenerife están bien comunicadas, aunque la difícil geografía de la isla haga muy complicadas las comunicaciones en de-

terminados lugares.

De que Tenerife tiene innegables encantos naturales para atraer un turismo masivo, eso es evidente: clima benigno, sol espléndido en la mayoría de los días del año, bellos paisajes, unos secos y áridos, otros verdes y exhuberantes, hermosos pueblos y caseríos diseminados por los valles y laderas de las colinas, y sobre todo, tiene unas gentes encantadoras, afables y abiertas que se hacen querer por su cordialidad y simpatía.

Pero además de todo esto, tiene unas manifestaciones lúdicas y folclóricas con un atractivo especial, destacando, sobre todo, los Carnavales que se celebran en su capital. Sin lugar a dudas, junto con los de Cádiz, los Carnavales de Santa Cruz de Tenerife son los más vistosos y bullangueros de España. Durante los días que duran estos desfiles carnavalescos, Santa Cruz de Tenerife se convierte en una auténtica fiesta de vistosidad, alegría y colorido desbordante, con unas gentes volcadas a la calle, haciendo gala de un espíritu distendido, burlón y desenfadado, que se expande a su alrededor como una onda contagiosa de bullicio y alegría. Durante esas fechas, los santacruceros solo viven por y para sus Carnavales, a los que acuden muchos forasteros, ya que todas las agencias de viajes organizan expediciones a Tenerife, coincidiendo con esas fechas.

Otra manifestación festiva relevante, es la que se celebra en la Orotava, desde principios de siglo, en lo que llaman la Octava del Corpus, (el jueves siguiente a la festividad del Corpus Cristi) que consiste en la elaboración de un tapiz de unos mil metros cuadrados, en la Plaza del Ayuntamiento, compuesto de arenas volcánicas, de diferentes colores, procedentes de Las Cañadas. En este tapiz, que lo van mejorando de año en año, se representan escenas bíblicas relacionadas con la festividad del Corpus, y constituye una verdadera obra de la más bella y delicada artesanía, que requiere muchas horas de trabajo por parte de unas personas del pueblo llano poseedoras de un delicado espíritu artístico y muy diestras en esta clase de labores artesanales de la más alta calidad.

Además de este tapiz de arenas volcánicas de grandes dimensiones, también confeccionan hermosas alfombras de pétalos de flores naturales de los más vistosos colores, a primeras horas de la mañana, por todas las calles que unas horas después serán el itinerario que seguirá la procesión del Corpus Cristi, pisando este precioso suelo florido, que con tanto esmero y delicadeza han confec-

cionado los habitantes de la población, como una respetuosa muestra de fe y veneración.

Como esta tradición está muy arraigada en otras poblaciones tinerfeñas, como homenaje al Corpus Cristi, en la Orotava se celebra una semana después, con el fin de evitar coincidencia de fechas y poder tener mayor afluencia de visitantes de otros lugares de la isla.

El derroche de arte, imaginación y fantasía en la confección de estos tapices de arenas volcánicas y alfombras de pétalos de flores, es asombroso y admirable, y merece todos los elogios de las personas que tienen la oportunidad de poder admirarlos.

En la misma Orotava se celebra todos los años la famosa Romería de San Isidro y Santa María de la Cabeza, coincidiendo con la Festividad del Patrón del campo español. En esta Romería desfilan multitud de carretas artísticamente engalanadas, tiradas por yuntas de bueyes, acompañadas por grupos de romeros de la mayor parte de los pueblos de la isla, ataviados con las vestimentas típicas de cada lugar, tanto los hombres como las mujeres. Y en todo el recorrido van repartiendo frutas y otros productos comestibles a las gentes que presencian tan vistoso desfile que dura varias horas, por la multitud de gentes y vehículos que lo componen. También van agrupaciones de cantores que al son de los instrumentos más característicos de sus lugares de origen, cantan y bailan las folias y malagueñas que son peculiares del rico folclore canario, con ese ribete de nostalgia y melancolía que tanto les distingue y caracteriza. Se trata de una manifestación lúdica de mucha vistosidad y colorido, difícil de olvidar.

Dejando los Carnavales de Santa Cruz de Tenerife aparte, la Octava del Corpus y la Romería de San Isidro de la Orotava, son las manifestaciones folclóricas más importantes no solo de la isla de Tenerife, sino también de todo el archipiélago canario. Para poder apreciar en todo su valor y significación estas manifestaciones festivas, hay que contemplarlas in situ, pues resulta muy difícil encontrar las palabras apropiadas para poder describirlas con precisión y exactitud. La mayoría de los años, Televisión Española se hace eco de estas festividades, y son un reclamo turístico de inapreciable valor testimonial.

Y nos hemos dejado para el final de la descripción de lo que es en la actualidad la isla de Tenerife, desde el punto de vista turístico,

según nuestra forma de ver y entender las cosas, el hablar de una obra importante que embellecerá mucho la ciudad de Santa Cruz de Tenerife, y cuya primera piedra fue colocada por el Alcalde de dicha ciudad, José Emilio García Gómez, el día 22 de Abril de 1993. Se trata del Parque Marítimo César Manrique, que se emplazará en el lugar que fue el germen primigenio de la población. Este Parque de Ocio y Recreo, ocupará una superficie de 320.000 metros cuadrados del litoral de la capital. El importe de este magno proyecto asciende a cinco mil millones de pesetas, de las cuales, mil millones los aportará la Comunidad Europea, a través del Fondo Europeo para el Desarrollo Regional (FEDER) y el resto, el Gobierno Autonómico, el Cabildo Insular y el propio Ayuntamiento. Estas obras que durarán varios años, las llevará a cabo la empresa Dragados y Construcciones, S.A.

Este Parque Marítimo, es la culminación de un Plan de Desarrollo del Municipio, que el artista lanzaroteño, recientemente fallecido en accidente de tráfico, ocurrido en la isla de Lanzarote, concibió hace ya más de diez años. De ahí que lleve su nombre.

Cuando esté finalizada esta importante obra, Santa Cruz de Tenerife tendrá un nuevo atractivo más para añadir a los muchos encantos que tiene ya esta hermosa ciudad.

Muchas más cosas se podrían decir de la isla de Tenerife, resaltando sus encantos y bellezas. Pero con todo lo descrito en las páginas anteriores ya se puede tener una idea global, aunque no demasiado profundo, de lo que puede encontrarse allí el viajero que la visita por primera vez. Ahora bien, de las descripciones ajenas de un lugar determinado, por exactas y verídicas que sean, nunca conoceremos bien el lugar de referencia. Para un conocimiento cabal es preciso visitar el lugar en cuestión y contemplar con nuestros propios ojos lo que antes vieron ojos ajenos y pasaron al papel sus sensaciones y vivencias. Estas reflexiones no son otra cosa que una invitación a que visiten la isla de Tenerife, los que no lo han hecho aún, con la seguridad de que no quedarán defraudados.

— — — — — — — — —

El día 21 de Julio de 1995, se inició en Tenerife un voraz incendio que duró cinco días, arrasando más de mil setecientas hectáreas de pinos canarios y de matorral, ocasionando el mayor desastre ecológico padecido por la isla desde hacía ya mucho tiempo.

Este incendio, que al parecer fue intencionado, afectó al norte de Tenerife, particularmente al Monte de la Esperanza, que siempre fue el pulmón verde de la isla.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

# GRAN CANARIA

Gran Canaria, isla redonda
que tiene en el Tamarán su centro.
Altas montañas: Pico de las Nieves,
Roque Nublo, El Monje, Los Pechos.
Barrancos de Tejeda y Agaete
de áspero y desolado aspecto.
Fértiles valles en el norte
donde la feracidad tiene su asiento
y en el sur, por el contrario,
esplendoroso sol, campos resecos.
Maspalomas, playa y dunas,
en litorales al turismo abiertos.
Las Palmas, encrucijada de caminos,
puerto de escala, punto de encuentro
de naves de todas las banderas
por su situación de privilegio.
Populosa ciudad capitalina,
sede del autonómico Gobierno.

Turismo, playas, sol, agricultura,
en las costas, los valles y los pueblos
de Artenara, Mogán, Santa Lucía,
Telde, Galdar, San Lorenzo,
Teror, Firgas, Valsequillo,
Arucas, Ingenio, Valleseco.
San Bartolomé de Tirajana
que extiende sus dominios a lo lejos,
desde el centro hasta la Playa del Inglés
donde ha surgido el complejo
turístico más importante
que tiene la isla en estos momentos.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

La isla de Gran Canaria, con sus 1,532 kilómetros cuadrados de superficie, es la tercera en extensión del archipiélago. Si exceptuamos el apéndice nororiental de la Isleta, en cuya base está ubicada la población de Las Palmas, esta isla tiene una forma prácticamente redonda.

Como todas las demás islas, Gran Canaria es sumamente montañosa, alcanzando su máxima altura en el Pico de las Nieves, que está a 1949 metros sobre el nivel del mar. Su forma piramidal va ganando altura desde cualquier punto de la costa, alcanzando su máxima elevación en la parte central de esta especie de pirámide montañosa que constituye la isla.

A Gran Canaria se le suele llamar "continente en miniatura", ya que en su accidentada geografía se encuentran multitud de microclimas y una gran variedad de vegetación, que prolifera en función de la altura en que se encuentra y desarrolla, en cada lugar determinado.

Dada su composición morfológica, todos los valles y barrancos son radiales, y que partiendo de la parte central, van a desembocar en la costa.

Gran Canaria, como el resto de las islas del archipiélago, tiene una ladera norte verde, húmeda y fértil y una ladera sur árida y seca, por efecto de los vientos alisios, cargados de humedad, que soplan del noreste, y que al chocar contra las altas cumbres montañosas, propician la formación de nubes y mayor frecuencia de lluvias, en la ladera del norte. De ahí el que en esta zona se encuentren la mayor parte de los cultivos agrícolas, al disponer de mayores recursos hídricos, así como unas temperaturas más templadas y menos calurosas.

En gran Canaria, ocurrió exactamente igual que en Tenerife: hasta la década de los años sesenta, casi toda su actividad productiva giraba alrededor de la agricultura, en la que trabajaba el 80% de su población. Pero a partir de esas fechas, el turismo irrumpió con fuerza en la isla, y fue desplazando poco a poco, a los demás sectores productivos, erigiéndose en Rey y Señor, hasta alcanzar en estos momentos el 65% del producto interior bruto, generando riqueza y puestos de trabajo por doquier.

En las playas de las Canteras, junto a la capital, y en las costas del sur, fueron surgiendo de la noche a la mañana, bloques de apartamentos, hoteles, bungalows, etc. Y empezaron a acudir turistas de los países europeos, al reclamo del sol y de las playas. Y las gentes del campo que hasta entonces se habían ocupado en el cultivo del plátano, de la patata y del tomate, abandonaron la agricultura y se ocuparon en la construcción y en los servicios relacionados con el turismo. Y las tierras se fueron abandonando y las aguas que hasta entonces se habían dedicado a regar los campos, se empeaban ahora para el servicio doméstico de los hoteles y para regar parques y jardines. Y determinadas zonas costeras áridas y secas, se convirtieron de pronto en flamantes urbanizaciones dedicadas por entero a un turismo masivo, que se iba incrementando de año en año.

Hasta la llegada del turismo, la capital de la isla, vivía casí exclusivamente del puerto y del movimiento comercial que generaba, ya que el Puerto de la Luz siempre fue una importante encrucijada de rutas marítimas entre Europa, América y las costas occidentales africanas. Este importante papel lo conserva aún, incluso, incrementando, con las corrientes turísticas, hasta el extremo de que en los últimos veinte años, ha aumentado enormemente su población, pasando de 170.000 a 400.000 habitantes, en el transcurso de dos décadas. Es un caso singular, pues creemos que en ninguna otra

capital de provincia del estado español, haya duplicado con creces su población en tan corto espacio de tiempo. Hoy, Las Palmas de Gran Canaria es una población dinámica, superactiva, pulcra que rezuma movimiento y actividad por todos los poros de su piel. El Puerto de la Luz y su barrio comercial adyacente, son sus puntos de referencia más importantes, en una población por la que pasan todos los días muchos miles de personas foráneas, tanto nacionales como extranjeras. También en las mencionadas playas de las Canteras, de limpias y blancas arenas, y las urbanizaciones turísticas que levantaron junto a las mismas, son receptoras de una gran masa de visitantes.

Las Palmas de Gran Canaria posee algunos edificios monumentales que merecen destacarse, como por ejemplo, la Catedral de Santa Ana, que es una joya de la arquitectura autóctona canaria, con su interior de estilo gótico y su fachada de estilo neoclásico. En cuanto a edificios civiles, hay que citar el palacio del Ayuntamiento, del siglo XIX, la Casa de Colón, mezcla de los estilos góticos y autóctonos canarios, con sus grandes balconajes; el edificio del Cabildo Insular, construido en la década del treinta, que representa el ejemplo más claro del racionalismo arquitectónico. También merece mención especial el llamado Pueblo Canario. Se trata de un conjunto arquitectónico que tiene un gran patio interior, rodeado de diversas edificaciones, donde se observan elementos típicos, que en la mayoría de los casos, sólo tienen función decorativa. Tiene, asi mismo, arcadas hasta el suelo, balconajes canarios y vegetación autóctona. El monumento histórico más antiguo de Las Palmas es el Castillo de la Luz, que está ubicado en la Isleta. Su construcción data de finales del siglo XV, y en 1941 fue declarado Monumento Histórico Nacional, siendo restaurado en 1970 por la Dirección Nacional de Bellas Artes.

Partiendo de Las Palmas, podemos emprender tres rutas turísticas muy bien delimitadas, con características propias y específicas: la del norte, llamada la "ruta del plátano", cruzando feraces tierras agrícolas, con multitud de cultivos, la del centro, por entre valles y montañas, hasta alcanzar las mayores alturas en el centro de la isla y la del sur, siguiendo la autopista costera que enlaza la capital con los complejos turísticos de San Agustín, playa del Inglés, playa de Maspalomas y las costas de Mogán con sus grandes acantilados.

Empezaremos por la ruta del norte. A veinte kilómetros de Las Palmas, nos detendremos en Arucas, rodeada de frondosos platanales y otros cultivos frutales que le proporcionan a esta zona una gran riqueza agrícola. Su principal monumento es su "Catedral", construida a principios de siglo, de estilo gótico, que bien merece una visita. Otro atractivo turístico muy significativo es el "Jardín de las Hespérides", con su casona señorial de dos plantas, en cuyas dependencias organizan festivales folclóricos, como reclamo lúdico para atracción de los turistas. El ejemplar vegetal más importante de este hermoso jardín es un drago centenario, el más grande y longevo de la isla. Hay también muchas variedades de palmeras oriundas del Caribe, así como otros cultivos tropicales al intemperie y bajo plástico. Este jardín es un verdadero paraíso tropical.

Siguiendo por la ruta del norte, entre platanales y laurisilvas, llegamos a Guía, cuyo principal monumento es la Iglesia de Santa María, donde se veneran muchas imágenes del escultor Luján, hijo de este pueblo. Y un poco más al norte, Galdar, en cuyos alrededores se encuentran abundantes reliquias de la civilización guanche de la Cueva Pintada y la necrópolis de La Guancha, con interesantes túmulos e hipogeos reales. Es también digna de mención su hermosa iglesia de Santiago, como uno de sus principales monumentos religiosos. Esta ruta del norte la terminamos en Agaete, en cuya iglesia de la Concepción se guarda un tríptico flamenco del siglo XVI. Agaete es una villa de gran tradición marinera, que le vincula a la proximidad del puerto de las Nieves, en la costa más adrupta de la isla. El valle en que está ubicado Agaete, tiene una exhuberante vegetación tropical, con abundancia de árboles frutales de las más diversas especies.

Toda esta ruta del norte tiene grandes bellezas paisajísticas y una abundante vegetación, ya que atraviesa las tierras más fértiles de la isla, con grandes recursos hídricos. Es una ruta ideal para un turismo verde y ecológico, en contacto con una naturaleza pródiga y generosa.

La ruta turística del interior de Gran Canaria, aunque menos conocida que las del norte y del sur, resulta también muy interesante, por sus bellezas paisajísticas y por sus blancos caseríos diseminados por los verdes valles y las laderas de las montañas. Partiendo de la capital de la isla hacia el oeste, se va ascendiendo paulatinamente, hasta alcanzar el Pico de Bandama, a 570 metros de altura, que es un mirador ideal, desde el que se pueden admirar todos los entornos de valles y colinas, salpicadas de blancas edificaciones, que contrastan con el verde-gris de la abundante vegetación. Junto al pico de Bandama, está situada la caldera del mismo nombre, de 1000 metros de diámetro y doscientos de profundidad. En el fondo de esta caldera, hay una pequeña edificación, junto a unas diminutas parcelas cultivadas, donde vive un hombre mayor que custodia este lugar por encargo de la Administración de la que depende este pequeño Parque Natural. Para descender a esta concavidad, que no es un cráter volcánico, sino una simple depresión geológica, hay un sendero resbaladizo y pedregoso que hace muy difícil su acceso. Pero este buen señor hace allí su vida normal, en la más completa soledad, solo con la compañía de un jumento. Cuando tiene necesidad de abastecerse de lo preciso para su sustento, asciende trabajosamente a los caseríos cercanos y adquiere todo lo necesario para vivir frugalmente, como lo hace.

Los entornos del Pico de Bandama, denominados Monte del Lentiscal, es una zona donde abundan los viñedos y la mayor comarca productora de vinos de la isla. Hace algún tiempo, toda esta comarca fue declarada Parque Nacional, con estrictas restricciones en la edificación y modificación de las estructuras por estar sujeto a protección.

Continuando hacia el oeste, nos encontramos con el pueblo de Santa Brígida, rodeado de multitud de palmeras autóctonas, palmeras que el Parlamento Autonómico, en marzo del año 91, declaró símbolo del archipiélago, junto con los cardones y los pájaros que siempre hemos conocido con el nombre genérico de canarios.

En Santa Brígida, aun se sigue practicando la cerámica artesanal, tal como se practicaba hace varios siglos, sin torno ni ningún otro artilugio mecánico que sirva de ayuda a las manos del hombre. Es un caso idéntico al que se produce en Chipude, pueblecito del oeste de la isla de la Gomera, muy famoso también por esta cerámica rudimentaria.

Toda la comarca de Santa Brígida está muy poblada, al ser una zona sumamente fértil, donde se prodigan una gran variedad de cultivos.

Después continuamos ascendiendo hacia San Mateos, ubicado en el centro de una espaciosa vega que lleva su nombre. El pueblo de San Mateos está asentado sobre la ladera sur de una montaña que le da abrigo de los vientos del norte, con unos entornos paisajísticos de una gran belleza. En este punto, se bifurca la carretera y se pueden seguir dos direcciones, la de la izquierda que conduce a Tejeda o la de la derecha que se dirije a Teror. Nuestra expedición toma la de la derecha, y al cabo de un tiempo, aparece ante nuestros ojos, en medio de un fértil valle, el pueblo de Teror, blanco como una paloma. A Teror se le conoce, entre otras cosas, por su Basílica, donde se venera la Virgen del Pino, Patrona de Gran Canaria. Se trata de una Iglesia muy bonita del Siglo XVIII, construida exprofeso para albergar la imagen de esta Virgen tan venerada por todos los habitantes de esta isla. La Virgen del Pino apareció en el siglo XV, en la copa de un pino, en los alrededores de la Basílica. De ahí el nombre que se le dió a la imagen que se representa, precisamente, en el centro de un pino frondoso.

Como hecho anecdótico diremos que en 1979, le fueron robadas a la Virgen todas sus joyas y alhajas, que nunca fueron recuperadas.

El pueblo de Teror es muy bonito y pulcro, y posee algunos edificios con grandes balconajes de estilo colonial. Tiene asimismo numerosos espacios verdes, con frondosos árboles ornamentales que le dan a la población un aspecto tranquilo y señorial. En su Ayuntamiento ocurrió un caso curioso en la primera legislatura democrática: concurrieron a las elecciones cuatro candidaturas representando a cuatro opciones políticas, y las cuatro consiguieron idénticos resultados electorales. Los cuatro cabezas de lista querían ser Alcalde y ninguno quería renunciar a tal privilegio. Ante un hecho tan singular, acordaron que cada uno de ellos sería Alcalde durante un año, sorteándose quien sería el primero y quien el último. Así lo hicieron y la experiencia resultó muy positiva. A este acuerdo, único en la historia política de España, se le denominó el Pacto de Teror. En Teror nos hubiéramos quedado más tiempo, por la grata y apacible que fue nuestra visita, pero continuamos nuestro viaje hasta llegar al pueblo de Valleseco, asentado casi en la misma cumbre

de la montaña. No obstante la considerable altura en que se encuentra situado, está rodeado de una vegetación exhuberante y de multitud de cultivos hortofrutícolas.

Continuamos el camino, y después de una rápida ascensión llegamos a la Cruz de Tejeda, punto emblemático de Gran Canaria.

Al ganar altura cambia la vegetación y la morfología del terreno. Dejamos atrás el caserío de Lagunetas, rodeado de cultivos hortícolas, en unas laderas escalonadas en terrazas, que van ascendiendo casi hasta las cumbres de las verdes colinas. Es un aprovechamiento máximo de la tierra cultivable, tan característico de muchas comarcas de Canarias, gracias a la plena dedicación, al esfuerzo y a la voluntad del hombre, que trata de conseguir de la tierra disponible, el mayor provecho posible.

La Cruz de Tejeda está situada a 1450 metros de altura, en una verde altiplanicie. Junto a la Cruz de Tejeda construyeron hace unos años un Parador Nacional, que ahora está cerrado. Solo está en funcionamiento el restaurante que forma parte del mismo, pero no el parador como hospedaje. Este parador lo piensan abrir de nuevo tan pronto el Gobierno Central lo transfiera al Gobierno Autonómico.

Delante de la Cruz de Tejeda han montado varios comercios donde se venden "souvenirs" y refrescos, para los muchos visitantes que acuden allí todos los días.

Desde la Cruz de Tejeda se divisan unas amplias y bellísimas panorámicas montañosas, entre las que se incluyen el Roque Nublo y el Pico de las Nieves, los dos puntos más altos de la isla, que están situados casi a dos mil metros, en el centro geográfico de Gran Canaria.

Todos estos entornos están propuestos para su declaración en Parque Nacional, aunque existen discrepancias en este sentido, entre los tres municipios a que pertenecen, que son Tejeda, Artenara y Agaete.

La bajada hacia el sur, es impresionante. Dejamos a la derecha el embalse de Los Hornos, de aguas azules-verdosas, rodeado de montañas de un color rojizao, que contrastan con el color de las aguas estancadas.

El rápido descenso, por una estrecha carretera tortuosa, de pronunciadas pendientes, nos pone el corazón en un puño. Los parajes circundantes son de una belleza bravía y adrupta, que nos impresionan y cautivan: profundas gargantas, elevados roquedales, sin la más

mínima vegetación, rocosas agujas que miran a lo alto, como mudos testigos de antiquísimas conmociones telúricas, conforman unos paisajes de una hermosa singular. Son retazos de una naturaleza muerta y atormentada que alumbraron en los primeros tiempos de la creación, y que nos impresionaron tanto que no olvidaremos jamás. A estos bravios parajes les llamó Unamuno, cuando los vió por primera vez, "tempestad petrificada".

Seguimos descendiendo, y al cabo de media hora, aparece ante nuestros ojos, en el inicio de un profundo valle, San Bartolomé de Tirajana, que forma una profunda depresión que llega hasta la costa. Su término municipal, de 334 kilómetros cuadrados, es el más extenso de la isla, ya que comprende el 22% del total de su superficie. San Bartolomé, a unos mil metros de altura sobre el nivel del mar y rodeado de altas montañas, es la capitalidad de una serie de caseríos dispersos a lo largo de su extenso territorio, con unos treinta y dos mil habitantes de derecho en total.

Sus principales monumentos son la iglesia de Taute, el cementerio, la Casa Canaria y el Rincón Canario. La iglesia conserva una imagen del apóstol Santiago, del siglo XV. El cementerio es una singular muestra de la arquitectura funeraria del siglo XIX, con un frontis del más puro estilo gótico, considerado como un ejemplo singular en el país. La Casa Canaria, con más de cinco siglos de existencia, está ubicada en la parte alta de la villa. En cuanto al Rincón Canario, está en el centro de la población, y es un edificio muy típico de la ciudad.

Un kilómetro al sur de San Bartolomé está situado el Parador Mirador de Tunte, desde el que se divisa el conjunto de la población y los hermosos paisajes de sus entornos montañosos. Posee un restaurante típico donde se sirven los platos más característicos de la cocina canaria, en una parada obligada para todos los turistas que visitan estas comarcas.

En un rápido descenso hacia el sur, se llega a Fataga, un pueblecito típico y encantador, ubicado en el barranco del mismo nombre. Y unos kilómetros más al sur nos sale al paso Arterara, rodeado de frondosos palmerales que contrastan con los áridos paisajes montañosos que le circundan. Cerca de la población se conservan abundantes muestras de la cultura guanche, que dejó aquí profundas huellas.

A partir de aquí, la pendiente hacia el sur se suaviza, y van apareciendo a ambos lados de la carretera, las colonias de cardones,

que son uno de los símbolos representativos de la isla, como ya dijimos en páginas anteriores. El paisaje se vuelve sumamente árido y seco, y la vegetación desaparece casi por completo. Y tras el último recodo de la carretera, aparece la mancha azul-verdosa del mar, en cuya orilla se levantan las grandes urbanizaciones turísticas, en unos parajes que hasta hace pocas décadas, eran solamente terrenos agrícolas, abrasados por el sol y la sed. Hoy es el turismo lo que prevalece, por encima de todo.

— — — — — — — — —

La ruta del sur es la más importante de todas, desde el punto de vista turístico, ya que en el sur están las mejores playas, en una costa llana y suave. Cuando el turismo hizo acto de presencia en la isla, a partir de los años sesenta, y se observaron sus preferencias por las costas del sur, construyeron una autopista que, partiendo de la capital, llegó hasta Pasito Blanco, al oeste de Maspalomas. Para favorecer el turismo de esta zona, y también por la morfología del terreno, construyeron asi mismo el aeropuerto de Gándor junto al mar, y casi a mitad de distancia entre la capital y la playa del Inglés, que les separan unos sesenta kilómetros de distancia. A partir de 1961, que se iniciaron las primeras construcciones turísticas en esta comarca costera, toda la zona alcanzó un desarrollo impresionante, cuyo centro era la playa del Inglés y las adyacentes de San Agustín y Maspalomas, las tres pertenecientes al municipio de San Bartolomé de Tirajana. El conjunto de estas tres playas, con todas las urbanizaciones que se han levantado a su alrededor, constituyen en la actualidad uno de los complejos turísticos más importantes del conjunto del estado español.

El turismo le dió a San Bartolomé de Tirajana un impulso, un desarrollo económico y una riqueza impresionante, ya que pasó de ser un municipio eminentemente agrícola a un municipio turístico por excelencia, hasta el extremo de que en la actualidad, alrededor del 90% de sus ingresos brutos, proceden del turismo. Esta dependencia del turismo costero, obligó al Ayuntamiento a construir en la playa del Inglés unas dependencias municipales que abarcan desde la Alcadía, hasta la Jefatura de Policía. Tanto es esto así, que los ediles sólo suben a San Bartolomé a las sesiones plenarias de la Corporación Municipal y a las Comisiones de Gobierno. Todo el demás tiempo están en Playa del Inglés, atendiendo las necesidades de sus delegaciones respectivas.

El turismo en esta zona es en su inmensa mayoría extranjero, particularmente alemán. Por eso no es de extrañar que todos los letreros en las salas de fiestas, restaurantes, bares, etc., estén escritos en alemán y en inglés y, en último lugar, en español.

Solo un dato nos dará idea del volumen turístico que gira alrededor de las tres playas antes mencionadas: ciento cincuenta mil plazas hosteleras, entre apartamentos y hoteles de tres, cuatro y cinco estrellas, para un turismo masificado que abarca los doce meses del año, aunque haya temporadas altas, medias y bajas. El turismo nacional se ha incrementado en los últimos años, compensando, en parte, la disminución del turismo extranjero, a causa de la crisis. En las próximas temporadas piensan recuperar los índices de asistencia que alcanzaron antes de la presente crisis.

Las atenciones a los turistas en general y, en particular, a los extranjeros, son atentas y esmeradas en todos los aspectos y sentidos, incluyendo el aspecto religioso. Por eso construyeron en el año 1969, en la playa del Inglés, una iglesia ecuménica donde se dan cita todos los ritos y religiones: la Iglesia Evangélica Alemana, la Iglesia oficial de Suecia y de Finlandia, la Iglesia de Pentecostés en lengua inglesa, la Iglesia Escandinava libre y la Iglesia Católica, entre otras. Se establecieron diferentes horarios para los distintos cultos que allí tienen cabida.

En la misma zona construyeron también un Monumento a la Constitución, en el que se representa al Rey de España D. Juan Carlos I en el momento de sancionar la Constitución Española. Este monumento es obra del notable escultor canario Tony Gallardo.

Para que no falte de nada en este complejo turístico funciona hasta un mini-tren, en la playa del Inglés. Se trata de una réplica en pequeño del ferrocarril que se usó en los Estados Unidos de América en los años sesenta del siglo pasado. Este mini-tren empezó a funcionar en 1974 y continúa haciendo varios recorridos diarios por las rutas establecidas. Es el único ferrocarril que existe en todo el archipiélago canario, y tiene su estación principal en el Centro Comerial El Veril, en la Avenida de Italia.

En el aspecto lúdico, existen espectáculos para todos los gustos, desde discotecas hasta casinos de juego, pasando por salas de fiestas, canchas de tenis, campos de golf, etc. Tienen también muy avanzado el proyecto de construir un Palacio de Congresos y Convenciones de gran capacidad, como un atractivo más de esta zona turística.

Pero lo más conocido de esta comarca son las dunas de Maspalomas. Estas dunas que desde 1987, están declaradas Espacio Natural Protegido, tienen una extensión de 250 hectáreas de ondulantes arenas que conforman un paisaje típicamente africano que limita con el mar. En un saliente costero de estas dunas está situado un faro, que es uno de los símbolos más representativos de Maspalomas. Al norte de estas dunas, construyó la NASA, hace algún tiempo, una estación espacial de seguimiento de satélites.

Particularmente, por San Bartolomé de Tirajana sentimos una predilección especial, ya que en 1980 firmó con Elche un protócolo de hermanamiento. El Ayuntamiento de Elche le regaló al de San Bartolomé una cierta cantidad de palmeras datileras de unos cinco metros de altura y un busto de la Dama de Elche de idéntico tamaño al original. Las palmeras las plantaron en la playa del Inglés, y el busto de la Dama de Elche lo colocaron en un pedestal levantado exprofeso en una plazoleta ajardinada que lleva el nombre de Elche, en los aledaños de la playa de San Agustín, junto a una fuente circular que aun no está en funcionamiento. Ver ahora este busto de la Dama de Elche y estas palmeras, después de trece años de su donación por los representantes del pueblo de Elche, nos produjo una cierta emoción. En justa recompensa, el Ayuntamiento de Elche le puso el nombre de San Bartolomé de Tirajana a una avenida del complejo turístico de los Arenales del Sol, en la partida rural de El Altet.

Continuando por la ruta del sur, a partir de Maspalomas, entramos en el municipio de Mogán, de 164 kilómetros cuadrados y unos veinte kilómetros de costa adrupta y montañosa, con grandes acantilados y profundas hendiduras que desembocan en el mar. En esta zona costera, hay seis núcleos turísticos enlazados por una estrecha carretera con muchas curvas y continuas subidas y bajadas: Arguineguín, Patalavaca, Puerto Rico, Playa del Cura, Taurito y Puerto Mogán. Pero este recorrido es preferible hacerlo por el mar, próximo a la costa, desde donde se pueden admirar unas panorámicas francamente hermosas. La población de Arguineguín es uno de los mayores núcleos urbanos del municipio de Mogán, así como el de mayor antigüedad. Es un pueblo de pescadores que conviven con los turistas llegados de toda Europa, que tienen aquí su segunda residencia. Desde su puerto salen pequeñas embarcaciones que hacen el recorrido marítimo por toda la costa de Mogán.

Patalavaca es otro núcleo turístico que enlaza con el de Arguineguín, y como en todos los demás de esta zona costera, las colonias de bungalows suben por las laderas de las montañas, casi hasta la misma cumbre, dando la sensación de colmenas blancas adosadas a las pardas vertientes como nidos de golondrinas. El ascender a estas urbanizaciones debe resultar un tanto difícil y complicado, pero no existe otra opción dada la reducida superficie de espacios llanos que hay en estos lugares, al estar ubicados en las estrechas desembocaduras de los profundos barrancos, y por lo tanto tienen que edificar superponiendo unos edificios a otros, sobre las laderas de las rocosas montañas. Estas panorámicas, vistas desde el mar, pueden admirarse en toda su dimensión y amplitud.

A continuación viene Puerto Rico, el complejo turístico más importante de la Costa de Mogán, con sus 340.000 $m^2$. de jardines y parques, con grandes hoteles, restaurantes de muchos tenedores, salas de fiestas, parque acuático, polideportivos con minigolf, tenis, squash, etc. Tiene, asi mismo el primer puerto deportivo de la isla, con una cabida de 414 atraques de embarcaciones de recreo y yates de lujo. Cuenta además con una escuela de vela de prestigio internacional. Aquí se pueden practicar toda clase de deportes náuticos, (vela, ski, motorismo acuático, windsurfing, pesca deportiva, etc.). En Puerto Rico hay también dos grandes centros comerciales, donde los turistas pueden adquerir cuantos objetos precisen para cubrir todas sus necesidades o caprichos.

La pequeña playa de Tauro dista solo dos kilómetros de Puerto Rico y tiene un turismo menos masificado, y por lo tanto, es un lugar ideal para disfrutar de unas vacaciones sosegadas y tranquilas. Igual ocurre con la playa del Cura, en una pequeña cala colindante de arenas negras y tranquilas aguas al abrigo de los elevados macisos montañosos. Seguidamente, viene Taurito, situado en la desembocadura de un profundo valle, circundado por altas murallas rocosas. A la belleza natural de su entorno, donde el mar y la montaña mantienen una perfecta armonía, se une una bonita playa de negras arenas, bien resguardada de los vientos. En la desembocadura del valle, hay un lago artificial de agua de mar, de más de 10.000 metros cuadrados de superficie, rodeado por un impresionante litoral de acantilados. Es un lugar acogedor y recoleto, para un turismo de descanso y de relax.

Y por fin, al final de un agradable paseo marítimo de una hora

de duración, llegamos a Puerto Mogán, que con su playa de negras y finas arenas, situada en un singular enclave de belleza natural, posee un barrio marinero que es un auténtico cromo, con sus callecitas peatonales, pulcras y recoletas, adornadas con multitud de plantas ornamentales, y sus pequeños jardines bien cuidados y con muchas flores, constituye una verdadera delicia pasear por ellas. Este barrio, aprisionado entre la desembocadura del barranco de Mogán y el puerto deportivo, es uno de los lugares más encantadores de todo el archipiélago canario, conocido como "La pequeña Venecia", por sus características arquitectónicas y su aspecto encantador.

En Puerto Mogán hay también un puerto deportivo casi tan importante como el de Puerto Rico, que unido al puerto pesquero, hacen de este lugar un punto de un alto interés turístico.

Para completar la ruta del sur, hay que seguir la carretera que en Puerto Mogán deja la costa, por ser demasiado adrupta y gira hacia el norte, ascendiendo por un fértil valle, hasta alcanzar el pueblo de Mogán. Este valle nos ofrece unas magníficas vistas montañosas y una gran variedad de cultivos tropicales, que constituyen una importante riqueza agrícola.

La ciudad de Mogán es la capitalidad de una amplio municipio que abarca barrancos agrestes, hermosos parajes naturales en sus valles y montañas, poblados bosques con una frondosa vegetación, bravios acantilados costeros, diminutas playas ubicadas en pequeñas caletas y ensenadas, todo un conjunto de variados parajes con grandes atractivos turísticos.

Y de Mogán continuamos hacia San Nicolás de Tolentino, con una parada obligada en su puerto de pescadores. Y de allí seguimos hacia el norte, para detenemos en el Mirador del Balcón, desde donde se divisan hermosas panorámicas que comprenden el maciso montañoso del Dedo de Dios. Solo nos falta alcanzar el Puerto de las Nieves, en las proximidades de Agaete, con lo cual enlazamos con la ruta del norte, que ya describimos en páginas anteriores.

La isla de Gran Canaria, lo mismo que ocurre con la de Tenerife, ofrece la más amplia variedad de opciones turísticas, desde el turismo de sol y playa en las costas del sur, hasta el turismo verde y ecológico por las rutas del norte y del centro de la isla.

La gran diversidad de microclimas, de vegetación y de paisajes, con escasas distancias de un lugar a otro, pueden satisfacer todos los gustos del turismo más diverso y exigente.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

# FUERTEVENTURA

Por vecindad y paisaje
es como una isla africana,
que antaño fue conocida
como Planaria y Capraria,
por su llana superficie
y sus numerosas cabras.
Tendida de norte a sur
en su figura alargada
va desde el Cabo Tiñosa
hasta la Punta de Jandía,
zona de finas arenas
y de encantadoras playas.
Sus principales ciudades
son Betancuria, La Pájara,
Puerto Rosario, La Oliva,
Antigua y Río Palmas.
Aquí Miguel de Unamuno
sufrió destierro por causa

de rebeldías políticas,
y en la Montaña Quemada
se levanta un monumento
que lo recuerda y proclama.
Fuerteventura, isla adusta,
de piel reseca y quemada.
Su principal enemigo
es la escasez de sus aguas.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Fuerteventura es la isla más "africana" de todas las canarias, por su clima, por sus paisajes y por su vecindad con el continente negro, ya que solo dista unos cien kilómetros de Cabo Juby. Esta isla fue llamada en la antigüedad Capraria y Planaria, por la abundancia de ganado cabrío que siempre hubo aquí y por su superficie relativamente llana. Tiene una superficie de 1730 kilómetros cuadrados, siendo la segunda en extensión del archipiélago, superada solamente por Tenerife. Forma una gran llanura salpicada por pequeñas montañas, siendo su principal altura el Pico de Jandía, en el extremo sur, con 807 metros de altitud sobre el nivel del mar.

Su clima es árido y seco, con unos índices pluviométricos muy bajos, lo cual siempre fue una circunstancia adversa para su desarrollo económico y social. De ahí el que su agricultura y su ganadería sean muy pobres y su población bastante reducida. En cambio, tiene bastante desarrollada su actividad pesquera.

La escasez de recursos hídricos obligó a sus habitantes a abrir una gran cantidad de pozos artesianos por todas partes, aunque la mayoría de ellos tengan una escasa rentabilidad. También constru-

yeron en la capital y en las zonas turísticas varias estaciones potabilizadoras, con el fin de suplir las deficiencias de agua que fué, en todo momento, una de sus características más negativas. Teniendo en cuenta esta circunstancia, se comprende muy bien que su población de derecho oscile alrededor de 30.000 habitantes, aunque de hecho sea mucho mayor, a consecuencia del turismo. De esos 30.000 habitantes, casi el 50% residen en Puerto Rosario, la actual capital de la isla, que es la población más próspera y dinámica de Fuerteventura.

Las principales poblaciones de la isla, además de Puerto Rosario, (hasta 1957 se llamó Puerto Cabras) son Betancuria, La Oliva, La Pájara y La Antigua. Betancuria, situada en el fondo de un pequeño valle, relativamente fértil, del centro de la isla, fue la primera capital de Canarias, cuando se inició la conquista, en los primeros años del siglo XV. Fue fundada por Juan de Bethencourt, que le puso su nombre, en 1404. Su Iglesia Parroquial de Santa María, fue el primer templo que se levantó en Canarias y elevada a la condición de Catedral en 1424 a instancias del Papa Martín IV. Además de esta hermosa Iglesia, que bien merece una visita, se pueden admirar también dos pequeños Museos, uno antropológico y el otro religioso.

Lo más reseñable de La Oliva es su hermosa Iglesia, de amplias dimensiones y el edificio civil llamado Casa de Los Coroneles, del siglo XVIII, residencia, durante mucho tiempo, del Mando Militar en Fuerteventura. De ahí el nombre por el que se le conoce. Este edificio de dos plantas y de color rojizo, que figura en todas las guías turísticas de la isla, en la actualidad se encuentra abandonado y en un evidente estado de deterioro. Los rebaños de cabras se pasean tranquilamente por todos sus entornos.

Situada en un fértil valle, que es como un verde oasis rodeado de sequerales, se encuentra La Antigua, que es una de las poblaciones del interior más ricas y prósperas de Fuerteventura. Posee una bonita Iglesia de influencia franciscana, así como varios parques y jardines bien cuidados.

En sus alrededores se pueden ver multitud de molinos de viento, para moler grano, en una estampa típicamente manchega.

Además de estas cinco poblaciones, hay multitud de caseríos diseminados a lo largo y ancho de su geografía, caseríos de pocos centenares de habitantes, que viven de la agricultura y la ganadería.

Durante la dictadura de Primo de Rivera, Miguel de Unamuno, por motivos políticos, estuvo desterrado en Fuerteventura. Aunque podía moverse por toda la isla, para él, aquello era como una verdadera prisión. Al cabo de un tiempo, consiguió evadirse por mar y fué a parar a Francia. Durante el tiempo que permaneció en la isla, escribió muchos versos sobre Fuerteventura, hablando de su pobreza, de sus encantos, de sus paisajes, de sus gentes.

De sus carencias dijo:

*"En Puerto Cabras, no hay cabras.*
*No hay olivos en La Oliva.*
*No hay pájaros en La Pájara.*
*No hay nada antiguo en La Antigua".*

En este sentido dijó también:

*"Es una isla pobre, muy pobre, que puede enriquecerse si logra alumbrar agua, pero rica, muy rica, en la nobleza de sus habitantes y en la maravilla de su clima".*

Y en plan de franca alabanza, escribió aquello de

*"Fuerteventura en un oasis en el desierto de la civilización".*

Pero lo que más se recuerda de todo lo que escribió sobre Fuerteventura, es ese famoso soneto que dice así:

*"¡Oh Fuerteventura isla africana,*
*sufrida y descarnada cual camello,*
*en tu mar compasiva vi el destello*
*del sino de mi patria! Mar que saña*

*con su grave sonrisa más que humana*
*y cambia en suave gracia el atropello*
*conque un déspota vil ha puesto el sello*
*de la loca barbarie en que se ufana.*

*Rosca sedienta al sol, Fuerteventura,*
*tesoro de salud y de nobleza,*
*Dios te guarde siempre de la hartura,*

*pues del limpio caudal de tu pobreza*
*para su España celestial y pura*
*te ha de sacar mi espíritu riqueza".*

En Fuerteventura se guardó siempre un grato recuerdo de Miguel de Unamuno. Y en justo homenaje a este filósofo y pensador vasco, hace unos años, levantaron, en la ladera este de Montaña Quemada, en el término municipal de La Oliva, un monumento que recuerda su memoria. A la vista de este monumento, Jesús Vasallo, entonces Presidente de la Federación Española de Periodistas y Escritores de Turismo, con motivo de una visita de algunos miembros de esta Federación a la isla, leyó unos poemas de Unamuno dedicados a Fuerteventura, cuando estuvo allí desterrado.

Aunque un poco tarde, Fuerteventura se incorporó también al turismo, que tanto ha transformado el panorama socio-económico de Canarias, de un tiempo a esta parte, consciente de que en el turismo estaba su única alternativa a su pobreza endémica. Y en ese sentido, apostó muy fuerte, convencida de que ganaría la partida, abriéndose completamente al turismo internacional, al que trata de atraer con todos los medios a su alcance. En su promoción turística, Fuerteventura se presenta como la isla del sol, de la tranquilidad y del sosiego. Su mayor atractivo turístico son sus cientos cincuenta y dos playas de blancas y finas arenas, con una extensión total que supera los cincuenta kilómetros. Las playas, la tranquilidad ambiental y el cálido clima, son los tres elementos más significativos del atractivo turístico de Fuerteventura. Estas playas están situadas desde el extremo norte, en Corralejos, hasta el extremo sur, a ambos lados de la estrecha península de Jandía.

La oferta turística de Fuerteventura está orientada a un turismo selectivo, que busque por encima de todo, sol, descanso y relax, para curarse del estrés que supone vivir en un mundo tan crispante y competitivo como el actual, ya que no puede ofrecer un turismo alternativo de verdor y belleza paisajística, como ocurre con el resto de las islas Canarias. Pero en cambio, si puede ofrecer las mejores y más amplias playas del archipiélago, las únicas que existen de arenas blancas y limpias, en unas costas suaves y tranquilas, donde la cegadora luz del sol y la transparencia del ambiente, ponen en nuestro espíritu un sentimiento de paz y sosiego que nos tonifica y enternece. Y esa brillante luz nos permitirá admirar, en toda su pureza, la infinidad de matices cromáticos de estas tierras onduladas que se debaten entre la sed, la pobreza y la marginación de un pasado reciente y la esperanza de un futuro mejor, gracias a un floreciente turismo que está cambiando la faz de la isla. en un creciente desarrollo.

Para atender debidamente a esa masa de turistas que eligen Fuerteventura para pasar sus vacaciones, existe una gran oferta hotelera, que oscila alrededor de doscientas mil plazas, en hoteles de tres a cinco estrellas.

Fuerteventura está bien comunicada por mar y aire con el resto de las islas, ya que en las proximidades de Puerto Rosario, está ubicado el aeropuerto, donde aterrizan y salen todos los días muchos aviones procedentes o con destino a las islas mayores, a la península o a las principales poblaciones europeas. En cuanto a las comunicaciones marítimas, el Jet Floy hace varios viajes diarios desde Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas con destino a Morro Jable, en el sur de Fuerteventura, y entre Corralejos y Playa Blanca, en Lanzarote, hay varios servicios diarios en pequeños barcos de pasajeros, en una ruta por las proximidades del islote de Lobos.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

# LANZAROTE

Lanzarote, isla de grandes contrastes:
Escorias y lava en Timanfaya,
exhuberantes viñedos en la Geria,
en las costas del sur hermosas playas
a donde acuden masas de turistas.
Belleza y fealdad sintetizada.
Palmerales en el Valle de la Haría,
asombrosa visión en Jameos del Agua
donde la naturaleza ha levantado
una auténtica Catedral de lava
Balcón elevado en Mirador del Río
desde donde se ven bien recortadas
las siluetas de las islas Gracisa,
Alegranza y Montaña Clara.
En el centro, desolación y "malpaises",
naturaleza muerta, atormentada,
adustos y áridos paisajes
que una honda impresión nos causan.

Isla de Lanzarote, donde el hombre
a base de tesón y de constancia
a un medio hostil que él atosiga
logra vencer en una lucha diaria.
Y como merecido homenaje
a esos esforzados hombres que trabajan
tan duro, en el centro de la isla
un simbólico monumento se levanta,
obra del genial César Manrique
orgullo de Lanzarote, que es su patria.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

A Lanzarote se le conoce como la isla de los trescientos volcanes. Tal vez este número no concuerde, exactamente, con la realidad, pero lo evidente es que hay una gran profusión de ellos, y que su suelo volcánico constituye una de sus principales características.

Los aborígenes llamaban a Lanzarote Tite Roy Gatra, que significaba algo así como Las Coloradas Lomas, seguramente, por las cumbres volcánicas. Muchos de sus lugares conservan nombres guanches, nombres que empiezan todos por la letra T, como es el caso de Teguise, Tao, Teoyo, Tinajo, Tinguato y Timanfaya. También ha permanecido el nombre de Yaiza, que conserva connotaciones culturales árabes, tanto en su aspecto externo como en su nomenclatura, que se deriva de la lengua árabe.

Morfológicamente, Lanzarote es una isla llana, con pequeñas ondulaciones que no sobrepasan los 670 metros sobre el nivel del mar, siendo sus máximas alturas conos volcánicos que estuvieron en erupción en épocas más o menos lejanas. Por consiguiente, al ser una isla relativamente llana, como le ocurre a Fuerteventura, su climatología es sumamente árida y seca, con unos índices pluviométricos muy bajos, siendo la escasez de recursos hídricos

una de sus características más negativas.

Del año 1730 al 1736, Lanzarote estuvo sometida a tremendas erupciones volcánicas, ya que por treinta cráteres diferentes salió tal cantidad de lavas y escorias que inundaron la tercera parte de la isla, es decir, más de doscientos kilómetros cuadrados de su suelo más fértil y productivo, sepultando once poblaciones que fueron borradas de la faz de la tierra, entre las que se encontraban Vegas de Timanfaya, Maretas, Tingafa, Santa Catalina, Jarifa y Masdache. Aquello fue una conmoción telúrica de proporciones gigantescas, que duró seis interminables años. Causaba verdadero horror ver como la lava avanzaba incontenible, cambiando la faz de la isla, enterrando los campos y los pueblos bajo una espesa capa de lava candente que borraba de la superficie de la tierra todo signo de vida vegetal o animal. Y estas erupciones volcánicas iban acompañadas de tremendas explosiones, como si aquello fuera el fin del mundo. El panorama dantesco, aterrador, inimaginable. Y testigo de excepción de estos lamentables hechos, fue Andrés Lorenzo Curbelo, a la sazón cura párroco de Yaiza, que dejó escritos unos detallados relatos del terror de las gentes que huían, con el terror reflejado en sus rostros, de aquella masa ígnea que lo aniquilaba todo a su paso y buscaban refugio seguro para salvar sus vidas, después de haber perdido todos sus bienes materiales. Un siglo después, en 1824, tres nuevos volcanes hicieron erupción en la misma zona, aunque no tuvieron tan trágicas consecuencias, como las que tuvieron lugar en el primer tercio del siglo anterior.

El centro de todas estas comarcas asoladas por las erupciones volcánicas de los siglos XVIII y XIX, es lo que conforma en la actualidad el Parque Nacional de Timanfaya, ese parque que visitan todos los años centenares de miles de turistas, que siguen la ruta de los volcanes. Esta ruta empieza en la Montaña de Fuego, donde lo típico es subir, por parejas, a lomos de los camellos, que en gran cantidad están esperando, pacientemente, en fila india, desde primeras horas de la mañana, a que acudan en tropel los turistas que, mediante el pago de una determinada cantidad de dinero, los pasearán por la ladera de la Montaña de Fuego. Cada camellero conduce varios ejemplares que hacen el recorrido atados unos a otros por los respectivos ronzales. Estos camelleros están autorizados a cobrar estos peajes porque pagan impuestos municipales por esta actividad, como otro vehículo de transporte cualquiera.

Cumplido el rito del paseo a lomos de camello, se continua el recorrido hasta alcanzar el Islote de Hilario, en cuya cumbre construyeron un parador, donde se puede comer carne asada con fuego volcánico que aflora a la superficie desde las entrañas de la tierra. En esta colina, el suelo quema y sale fuego por todos los resquicios de la tierra, como si fuera el presagio de unas nuevas erupciones volcánicas inminentes.

En un principio, el Islote de Hilario era el final de la ruta de los volcanes, para las visitas turísticas. Pero hace unos años, a partir de este punto, construyeron una pista ecológica de un solo carril, que llega hasta el mirador de Montaña Rajada, por la que solo se puede circular con autobuses, bajo la vigilancia de ICONA y del Patronato Insular de Turismo, para regresar al punto de partida, después de un recorrido de doce o catorce kilómetros. Los paisajes que se pueden admirar en este recorrido, son francamente alucinantes y dantescos, ya que más que paisajes terrestres, parecen parajes lunares: conos volcánicos negros, grises o rojizos; lavas petrificadas que adoptan las formas más inverosímiles que imaginarse puedan, en extensos "malpaises", que son mudos testigos de telúricas tragedias; tonalidades obscuras en las cenizas volcánicas que surgieron de las entrañas de la tierra; esterilidad absoluta, soledad, silencio, en un paisaje desolador, carente del menor atisbo de vida animal o vegetal. El corazón se nos encoge ante estas visiones, tan aparentemente irreales, y hasta nos frotamos los ojos para cerciorarnos de que no estamos soñando. Es la suprema belleza y la más absoluta fealdad sintetizada en unos paisajes que, a pesar de todo, nos atraen y cautivan por su rareza y singularidad; que nos emocionan y producen sensaciones francamente indescriptibles. Son estos los paisajes más insólitos que imaginarse puedan. Aquello es otro mundo, otra realidad, otra dimensión, como si de golpe nos hubiéramos trasladado a la superficie de la luna; como si en un mal sueño estuviéramos sufriendo una pesadilla. Es difícil encontrar las palabras apropiadas para describir fielmente unos parajes de esta naturaleza, por lo raros y por lo insólitos. Aquello hay que verlo, y más que verlo, sentirlo, pues es una rara sensación la que nos produce contemplar esta naturaleza muerta y atormentada que se ofrece ante nuestros asombrosos ojos con toda su crudeza y descarnada realidad.

Lanzarote y los volcanes son dos partes de una misma realidad, ya que la vida y el desarrollo de la isla y la de sus habitantes,

tiene que acomodarse a las servidumbres de esos monstruos de fuego que afloraron de las entrañas de la tierra, y que dejaron tan tremenda huellas en esta isla que condicionaron su futuro, y que en algunos casos, hasta levantaron verdaderas obras de arte, como ocurrió en los Jameos del Agua, Cueva Encantada o Abrigo de Náyades, como los llamó alguien; auténtica Catedral de Lava que creó la propia naturaleza, en sus convulsiones telúricas. O también en la Cueva de los Verdes, túnel natural de mas de seis kilómetros de largo, que en los pasados tiempos sirvió para que los lanzaroteños se escondieron para librarse de los piratas. De unos años a esta parte, la parte más ancha de este túnel la han convertido en una espaciosa sala de fiestas y espectáculos, donde se representan funciones de ballet, de ópera, de conciertos musicales, etc.

En el diminuto lago subterráneo de los Jameos del Agua, superviven una variedad de pequeños crustáceos, propios de ambientes abisales, de gran interés científico, por ser únicos en el mundo.

El polifacético artista lanzaroteños César Manrique, fallecido recientemente, en un desgraciado accidente de tráfico, embelleció la isla de Lanzarote con algunos de sus geniales monumentos, en concordancia con los entornos naturales de la isla, como es el caso del Mirador del Río, frente a la pequeña isla Graciosa o el Jardín de Cactus, en las proximidades de Guatiza. Pero su obra más conocida en Lanzarote es el Monumento a la Fertilidad y la Casa-Museo del Campesino, levantado en el centro geográfico de la isla, junto a la población de Mozaga, como justo homenaje al campesino lanzaroteño, que luchó siempre, denodadamente, contra un medio hostil y una climatología adversa. Y a pesar de todo, fue capaz de arrancarle a la tierra cubierta de lava, unos preciados frutos con tantos esfuerzos conseguidos. Los viñedos de malvasia de la Geria, plantados en agujeros cónicos de un metro de profundidad, para que puedan enraizar en la tierra fértil que descansa bajo una espesa capa de lava, es el ejemplo más palpable de la voluntad y el tesón de esos campesinos lanzaroteños, que ayudados por su mejor auxiliar, el camello, son paradigma de voluntad y de apego a un terruño tan poco generoso y a una climatología tan árida y seca, ya que el llover en Lanzarote es tan raro, que se puede catalogar de puro accidente. Pero a pesar de todo, estos hombres hacen la tierra productiva.

Arrecife es la capital de Lanzarote. Es una ciudad costera, con un puerto pesquero importante y con un gran movimiento comer-

cial. Aquí viven unas cuarenta mil personas, aproximadamente, el 50% del total de la isla. Sus principales monumentos son la Iglesia de San Ginés y los castillos de San José y San Gabriel. El castillo de San José, que está ubicado junto al puerto, alberga el Museo Internacional de Arte Contemporáneo, mientras el castillo de San Gabriel conserva un importante Museo Arqueológico.

A pocos kilómetros de Arrecife, está situado el aeropuerto, por donde entran en Lanzarote el 95% de los centenares de miles de turistas que visitan esta isla todos los años.

La segunda población de la isla en importancia, es Teguise, que fue capital de Lanzarote hasta 1852, y que aun conserva su estampa de ciudad señorial, que nos recuerda su esplendoroso pasado, con su viejo convento, y sus nobles palacios, que hacen de este pueblo un verdadero museo de arquitectura civil y religiosa. Es una de las poblaciones con más rica historia de las Islas Canarias, que fue declarada, hace unos años Conjunto Arquitectónico Histórico Artístico.

Las demás poblaciones con un cierto relieve, todas ellas capitalidad de comarcas, son San Bartolomé, Tías, Yaiza, Tinajo y Haria. Esta última población está situada en el fondo del valle del mismo nombre, que con sus abundantes palmerales, es el más fértil y próspero de la isla.

En Lanzarote hay gran cantidad de playas de arenas blancas y rubias, aunque no son tan extensas como las de Fuerteventura. Las más importantes están en el sur y el este de la isla, siendo de resaltar las que se encuentran en los alrededores del Puerto del Carmen y de Playa Blanca.

Turísticamente, Lanzarote tiene muchos atractivos: clima cálido, sol durante casi todos los días del año, multitud de playas de limpias y blancas arenas, paisajes de una belleza singular, como no se encuentran en ningún otro lugar del mundo, lujosos hoteles... Por eso no es de extrañar que el número de turistas que pasan aquí sus vacaciones, vaya en aumento de año en año, sobre todo, de turistas procedentes de la Europa Comunitaria. De ahí que el futuro turístico de Lanzarote se augure muy próspero y brillante.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

# LA PALMA

Tiene la forma de un triángulo
la encantadora isla de La Palma
paraíso repleto de bellezas,
perla preciosa de las Islas Canarias.
Fértil tierra en Valle de Aridane,
en El Paso ricas industrias artesanas,
en Los Llanos próspera agricultura,
longevos dragos en las Breñas Altas,
hermosos bosques de laurisilvas
en Los Tilos y en Cuba de la Galga.
Diversidad y riqueza de paisajes
en sus valles, laderas y montañas
y en el Roque de los Muchachos
tiene la cumbre más alta.
Le llaman la verde, la bonita
a la hermosa isla de La Palma,
que como doncella ruborosa
muestra sus encantos y sus gracias

a la multitud de visitantes
que acuden allí para admirarla.
Paraíso de múltiples encantos,
preciada joya de las Islas Canarias
es la verde, la rica, la preciosa,
la encantadora isla de La Palma.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

A La Palma le llaman la Isla Bonita y la Isla Verde, y en verdad los dos sobrenombres le sientan como anillo al dedo, ya que es un territorio con enormes bellezas naturales y admirables encantos paisajísticos.

La isla de La Palma tiene una superficie de 706 km² y una población aproximada de 80.000 habitantes, repartidos en catorce municipios. De ese número de habitantes, el 40% viven en tres pueblos que están situados en el Valle de Aridane. (Llanos de Aridane, El Paso y Tazacorte), el 25% en la capital de la isla, Santa Cruz de La Palma y el 35% restante en otros pequeños pueblos y caseríos que hay dispersos a lo largo y ancho de toda su accidentada geografía.

Además de los reseñados, los pueblos más importantes de La Palma son Breñas Altas, San Andrés, Breñas Bajas, Villa de Mazo, Punta Llana y Fuencaliente.

Con arreglo a su superficie, La Palma es una de las islas más montañosas del mundo, ya que el Roque de los Muchachos, su cumbre máxima, alcanza los 2.426 metros de altura sobre el nivel del mar.

La isla de La Palma tiene la forma de un triángulo isóceles,

orientado de norte a sur. Esa circunstancia contribuye a que los vientos alisios tengan una mayor influencia sobre la totalidad de su geografía montañosa, propiciando una mayor humedad y unas lluvias más copiosas que en las demás islas del archipiélago, hasta el extremo de que es la única isla que tiene corrientes superficiales de agua de una cierta importancia, particularmente, en el interior de la Caldera de Taburiente. Con estas condiciones meteorológicas y pluviométricas, no es de extrañar que la isla de La Palma, en su conjunto, sea un dechado de verdor y lozanía, un verdadero paraíso terrenal, rodeado de un mar azul que nos cautiva y enamora. La única comarca árida y seca que hay en la isla, es la zona volcánica del extremo sur, donde están los cráteres del San Antonio y del Teneguía, los dos volcanes que han estado en activo recientemente, ya que las últimas erupciones tuvieron lugar en 1677 el primero y en 1971 el segundo.

De unos años a esta parte, La Palma está abierta a las corrientes turísticas, no solo nacionales, sino también europeas. En ese sentido, el Patronato Insular de Turismo está llevando a cabo una eficaz labor de promoción, resaltando los muchos atractivos que atesora la Isla Bonita.

Para facilitar el acceso a La Palma, hay varios vuelos diarios procedentes de Tenerife, (aeropuerto de Los Rodeos), vuelos que tienen una duración que no llega a la media hora. Hay también, por supuesto, servicios marítimos desde el puerto de Santa Cruz de Tenerife y desde el puerto de La Luz en Gran Canaria.

Cuando llegan al aeropuerto de La Palma los aviones con expediciones de turistas, en viajes programados, grupos folklóricos ataviados con los trajes típicos de la isla, reciben a los visitantes, a quienes les dan la bienvenida y les entregan "souvenirs" y folletos explicativos, donde se resaltan los lugares de mayor interés turístico de La Palma. Estas expediciones, generalmente, se dirigen en primer lugar a Santa Cruz de La Palma que está a unos diez kilómetros de distancia del aeropuerto. Pero antes de llegar a la capital, se pasa por Breñas Bajas, con sus hermosas playas de los Cancajos, a cuyo alrededor se ha levantado uno de los complejos turísticos más importantes de la isla.

Santa Cruz de La Palma, recostada sobre la falda de una montaña volcánica de color obscuro, es una bonita población de una densa historia, con un puerto comercial muy activo e importante y

con notables vestigios de su esplendoroso pasado, ya que atesora numerosos edificios de estilo colonial, y su Plaza de España, con la Iglesia del Salvador, las Casas Consistoriales y otros edificios nobles que le circundan, forman uno de los principales conjuntos arquitectónicos de Canarias. Tanto la iglesia del Salvador, como el edificio del Ayuntamiento, datan del siglo XVI, y son de estilo renacentista. También se encuentra en perfecto estado de conservación el castillo de Santa Catalina, llamado también Castillo Real, que se construyó de piedra volcánica para defender mejor la ciudad de los ataques de los corsarios.

En el convento de San Francisco, recientemente restaurado, han instalado los museos de Arqueología, Ciencias Naturales, Etnografía y Pintura.

A lo largo de la Avenida Marítima, a partir de la Plaza de la Constitución, hay numerosos bares, con sus correspondientes terrazas, donde se detienen por unos momentos, los visitantes foráneos que se mezclan con los habitantes de la ciudad y las gentes que pululan alrededor del puerto y de las tiendas de "souvenirs". Es una avenida con muchos árboles y la principal arteria de la población, donde aparcan todos los autobuses cargados de gentes que vienen aquí a pasar unas horas, o en tránsito para otros puntos de la isla.

En el casco antiguo de la ciudad, con sus calles estrechas y recoletas hay, además de unos rincones encantadores, numerosos edificios antañones de estilo colonial, que es una delicia el pasear por ellas. Un poco más al interior, han levantado también muchos bloques de edificios de diez o doce plantas, lo que demuestra la actividad y pujanza de una población que compagina un rico pasado histórico, con un próspero presente de ciudad moderna. Vista desde lo alto, Santa Cruz de La Palma es una alargada mancha blanca enmarcada entre la ladera obscura de la montaña volcánica y el manto azul intenso del mar que besa sus pies.

A pocos kilómetros al norte de Santa Cruz, rodeada de unos hermosos paisajes naturales, en la ladera de la montaña, se encuentra el Santuario de nuestra Señora de las Nieves, patrona de la isla, donde es venerada por todos los palmeros. Cada cinco de Agosto, la Virgen de las Nieves es traída a la ciudad, donde se celebran las famosas fiestas de la Bajada de la Virgen. Estas fiestas, que fueron declaradas de Interés Artístico, se vienen celebrando sin interrupción desde 1680.

Partiendo de Santa Cruz y de otros puntos, hay trazadas diferentes rutas turísticas que recorren los lugares más atractivos del interior de la isla. Pero dado lo accidentado del terreno montañoso de estos parajes, estas rutas encierran un cierto peligro para todos los visitantes poco expertos en transitar por lugares de estas características. Además, para poder recorrer estas rutas tan dificultosas, se precisaría más tiempo del que dispusimos nosotros cuando estuvimos allí, ya que solo permanecimos dos días. Con tan poco tiempo nos limitamos a visitar los lugares más importantes y por supuesto, los mejor comunicados.

Breñas Altas es una bonita población rodeada de tierras feraces, que produce múltiples cultivos, con gran abundancia de palmeras y algunos dragos. Pero a esta población se le conoce, sobre todo, por su gran producción de tabaco, y porque allí se elaboran de una manera artesanal, los famosos puros palmeros tan apreciados por los fumadores.

Continuando hacia el sur, en un camino siempre ascendente, entre Breñas Altas y Fuencaliente, se encuentra la mayor zona productora de viñedos de La Palma. Entre estos viñedos aun se encuentran residuos del famoso malvasia, aquel vino que tuvo tanta importancia durante la Edad Media, por ser el vino que se consumía en las Cortes Reales Europeas.

Fuencaliente, rodeado de cultivos de montaña, es el núcleo de población situado más al sur de la isla. Junto a Fuencaliente, está el profundo cráter del volcán San Antonio, cuya última erupción tuvo lugar en el año 1677. Un poco más al sur, y en una cota inferior, está el cráter del Teneguía, que estuvo en activo por última vez, en el mes de octubre de 1971, en una fuerte erupción que duró bastantes días. Fue esta la erupción volcánica más reciente que ha tenido lugar en el archipiélago canario. Estos dos volcanes forman el vértice sur de la isla de La Palma, que termina en un cabo costero, donde hay instalado un faro.

Al salir de Fuencaliente, la carretera tuerce hacia el norte y desde lo alto se divisa toda la costa suroeste de la isla. En el centro de esta costa, se encuentra Puerto Naos, uno de los mayores centros turísticos de La Palma, con bonitas playas de arenas blancas y lujosos hoteles.

En Puerto Naos empieza el fértil Valle de Aridane, que junto con el Valle de Barlovento, en la parte noroeste de la isla, son dos de

las zonas más ricas y prósperas, no solo de La Palma, sino también de todas las Canarias. En estos dos valles, se producen cerca del 50% de todos los plátanos del archipiélago. Contemplados desde lo alto, estos dos valles son dos inmensas manchas verdes, rebosantes de feracidad y lozanía, producto de una tierra generosa, de una gran abundancia de agua y de una climatología privilegiada. Tanto en uno como en el otro, los verdes platanales llegan hasta el mismo borde del mar. Cuando el suelo adquiere una mayor pendiente, los diferentes cultivos se ponen en terrazas escalonadas en las laderas de las colinas, a costa de un inmenso trabajo para hacer esta tierra aprovechable agrícolamente.

Estas dos comarcas, disponen de los mayores recursos hídricos de todo el archipiélago. Y esas aguas abundantes, con el complemento de un suelo feraz y un sol esplendoroso la mayor parte de los días del año, producen ese gozoso milagro de cosechas y belleza que tanto admiramos.

Y al ir ganando altura y superados la cota de los quinientos metros, los platanales dejan paso a los almendros, las higueras y a otras variedades de frutales y hortalizas. Y al ganar más altura, estos cultivos desaparecen y hacen acto de presencia los frondosos pinos canarios que se enseñorean de las montañas hasta los dos mil metros de altura. Y a partir de ahí, la única vegetación que existe es la retama y el codeso, que en los meses primaverales nos regalan con su sinfonía de flores amarillas y blancas, como único atisbo de vida, en medio de la soledad de las altas cumbres, donde el aire es más puro, el ambiente más tenue y el sol tiene una luminosidad diferente. En esas altitudes, la vida se contempla de otra manera y nos sentimos más empequeñecidos, ante la grandiosidad de la naturaleza que se rige por sus propias leyes, sin tener en cuenta, para nada la voluntad del hombre. Y desde esas alturas máximas, donde se yergue altivo el Roque de los Muchachos, tuvimos la oportunidad de contemplar las profundidades brumosas del Parque Nacional de la Caldera de Taburiente, que con sus ocho kilómetros de diámetro y sus mil quinientos metros de profundidad, es la mayor depresión geográfica del mundo. El panorama que se puede ver desde el borde norte de la Caldera, es francamente indescriptible, ya que nos resulta muy difícil encontrar las palabras apropiadas para expresar la admiración que sentimos al ver unos paisajes tan singulares y maravillosos. Se trata de una concavidad escabrosa, con afiladas agujas

lávicas, donde los pinos penetran sus fuertes raíces entre las grietas de las rocas, para poder mantenerse en pie. Y donde las nubes blancas y algodonosas, se enredan entre las copas de los pinos, generando lo que llaman la "lluvia horizontal", que paulatinamente, va alimentando pequeñas cascadas y arroyuelos de aguas dulces y cristalinas, que se emplearán después regando los platanales y demás cultivos de las zonas bajas. Nos resultaría muy difícil encontrar en otra parte del mundo, otros parajes naturales que nos hagan sentir una impresión tan asombrosa como la experimentada anta la Caldera de Taburiente, que es, sin duda alguna, el mayor atractivo turístico de la isla de La Palma, entre los muchos que atesora. Solo para poder admirar esta maravilla de la naturaleza, vale la pena realizar un viaje a las Islas Canarias, que no solo se puede ver desde el Roque de los Muchachos, sino también desde la Cumbrecita y otros miradores, a los que se accede por diferentes rutas.

Partiendo de Los Llanos de Aridane, hay una carretera que cruza el corazón de la isla de oeste a este, hasta llegar a Santa Cruz de La Palma y que para cruzar el macizo montañoso que recorre la isla de norte a sur, han abierto un largo túnel. Todo este recorrido atraviesa unos parajes con una vegetación exuberante, donde el pino, el tilo y la laurisilva vegeta y prolifera. Es esta una de las rutas más hermosas y más fáciles de realizar de la isla de La Palma.

Y no queremos terminar este relato sin hablar, aunque sea brevemente, del Observatorio Astronómico Internacional que funciona en las proximidades del Roque de los Muchachos, y que fue inaugurado por la Familia Real Española en 1985, junto con seis Jefes de Estado Europeos y numerosas personalidades científicas internacionales, entre las que se encontraban cinco Premios Nobel. En este Observatorio, que es uno de los mejores de Europa, tienen telescopios una docena de naciones europeas y España que montó toda la infraestructura para su correcto funcionamiento del mismo, dispone del 20% del tiempo de observación, para que los científicos nacionales puedan realizar sus propios trabajos de observación astronómica.

Aunque a estas alturas solo suben contadas expediciones de visitantes que tengan un marcado interés por estos temas científicos, no cabe duda de que el Observatorio Astronómico del Roque de los Muchachos es también un punto de interés turístico de la isla de La Palma.

# GOMERA

Gomera, isla colombina,
aquí Colón en su primera
singladura hacia lo ignoto
recaló sus carabellas.
Tiene forma circular,
es humilde y recoleta,
diminuta y atractiva
y entre sus cumbres cimeras
la cota más elevada
el Garajonay, la ostenta
Garayonay, monte y Parque
de "laurisilvas" reserva,
declarado por la Unesco
de la Humanidad entera
patrimonio cultural
hace menos de una década.
San Sebastián, puerto y rada
ventana hacia fuera abierta.

En el norte, entre montañas,
hay valles de ricas tierras
como la Hermigua y Agulo
donde tanto proliferan
los más variados cultivos
entre ellos las palmeras
de donde sale el "guarapo"
de lo dulce quintaesencia.
De su cultura ancestral
como oro en paño conserva
su simple y rudimentaria
actividad alfarera.
Y en cuanto al "silbo" famoso
aun lo utilizan y emplean
como un lenguaje corriente
las gentes de la Gomera.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

La Gomera, llamada antiguamente Junonia, con sus 378 km² es la isla más pequeña de Canarias, si exceptuamos al Hierro, que es más pequeña aun. Su forma es casi completamente redonda, y a pesar de su pequeñez, es sumamente montañosa, siendo su máxima altura el Pico de Garajonal, que alcanza los 1478 metros sobre el nivel del mar.

Como ocurre con Gran Canaria, la estructura morfológica de La Gomera es piramidal. Por lo tanto, partiendo de cualquiera de sus costas hacia el centro, siempre se camina en sentido ascendente, hasta alcanzar la altiplanicie central, que es el Parque Nacional de Garajonay, Parque que tiene una superficie de 3984 hectáreas, aproximadamente, el 10% de la extensión total de la isla. Este hermoso Parque que data de 1981, y que recientemente fue declarado Patrimonio de la Humanidad, constituye la mayor reserva de laurisilvas de Europa y el pulmón verde de La Gomera.

Como es una constante invariable en todas las islas canarias que tienen elevadas montañas, la parte norte de La Gomera es húmeda y verde y la parte sur árida y seca. Como lógica consecuencia

de esta circunstancia, los valles del norte son fértiles, con abundancia de recursos hídricos y con muchos platanales y otros cultivos horto-frutícolas que propician una gran riqueza y prosperidad a sus habitantes, que en un 70% del conjunto de la isla viven en estos entornos. Los principales pueblos de estas ricas comarcas son Agulo, Hermigua y Vallehermoso que están ubicados los tres en unos preciosos valles, con unos entornos paisajísticos de ensueño.

Valle Gran Rey, en la costa oeste, es otro pueblo atractivo e importante, rodeado de verdes cultivos en terrenos escalonados en terrazas por las laderas de las colinas, para aprovechar la tierra cultivable al máximo de sus posibilidades.

En Valle Gran Rey, que posee un pequeño puerto pesquero, hay también unas bonitas playas de arenas negras, resguardadas por grandiosos acantilados que las protegen de los vientos del norte. En sus alrededores se encuentran los pintorescos caseríos de Taguluche, Arure, y las Hayas, rodeados de unos parajes encantadores en un terreno sumamente montañoso.

Lo adrupto de estos entornos que hacen muy difícil las comunicaciones, dieron pie a la creación de un lenguaje con la modulación de unos sonidos que es único en el mundo. Nos estamos refiriendo al "silbo" que se puede oir y entender a tres o cuatro kilómetros de distancia, a través de barrancos y vaguades. El "silbo" es una de las características culturales más significativas de la isla de Gomera, y que sirve a sus habitantes, particularmente, a los pastores, para poder comunicarse entre si, en unos contornos sumamente accidentados. En nuestros recientes viajes a La Gomera tuvimos la oportunidad de comprobar in situ, como dos personas, a una cierta distancia una de otra, se comunicaban y entendían perfectamente, en el lenguaje del "silbo", como si lo estuvieran haciendo por medio de la palabra.

Y volviendo a los núcleos de población, el único pueblo que hay de una cierta importancia, en el sur de La Gomera, es Alajeró, que rodeado de palmeras y almendros, es una ciudad encantadora, con unos rasgos arquitectónicos típicos de las construcciones canarias antiguas. A su término municipal pertenece Playa Santiago, con un importante puerto pesquero y una pequeña playa de arenas blancas, situada en la desembocadura de un barranco.

Esta comarca del sur de la isla, es una de las zonas que están promocionando turísticamente, ya que en sus alrededores levanta-

ron uno de los hoteles más lujosos que existen en el archipiélago.

A pesar de que tiene comarcas con una rica y próspera agricultura, y que el sector pesquero es bastante activo, La Gomera se está despoblando a pasos agigantados, ya que sus habitantes van disminuyendo paulatinamente de año en año, hasta el extremo de que en la actualidad apenas llegan a unos 18.000, cuando de 1940 a 1960 su población oscilaba alrededor de los 30.000. La mayor emigración se produjo hacia Tenerife y Gran Canaria, en busca de ocupación en el sector turístico, abandonando la agricultura y la pesca que ofrecía pocos atractivos para los jóvenes. De los 18.000 habitantes que tiene hoy La Gomera, una tercara parte viven en la capital de la isla y los otros doce mil repartidos por los numerosos pueblos y caseríos que están diseminados a lo largo y ancho de su geografía.

San Sebastián está asentada en el fondo de una ensenada, rodeada de montañas de color obscuro, que la protegen de los vientos del norte. Su puerto, seguro y resguardado, ofrece óptimas condiciones de defensa. De ahí el que desempeñara un importante papel en la lucha contra los piratas y corsarios que trataron de asaltarlo en varias ocasiones. En este puerto recaló Colón en el primer viaje del Descubrimiento de América, en Agosto de 1492 y en los viajes siguientes, abasteciéndose de agua y de víveres.

De aquí salieron los primeros animales domésticos que llevó Colón a América, animales que fueron el origen de la cabaña americana actual. Junto al puerto, aun se mantiene en pie la llamada Casa de la Aguada, en cuyo patio interior aun permanece el pozo de agua dulce del que se abastecieron las carabelas colombinas en su primer viaje hacia lo desconocido. Esta casa y este pozo, durante más de cincuenta años, perteneció a Siro Arteaga Piñero, hasta que recientemente, lo vendió al Cabildo Insular. La casa y el pozo es punto obligado de visita en todas las expediciones turísticas que pasan por La Gomera.

Los principales monumentos de San Sebastián son la Torre del Conde, la Casa de Colón, la Iglesia de la Concepción y la Ermita de San Sebastián. La Torre del Conde, de quince metros de altura, de forma cuadriangular y de color obscuro, sirvió de defensa de la ciudad y de residencia de los Gobernadores y Adelantados en la Edad Media. La Casa de Colón, de estilo colonial, alojó al Almirante durante los pocos días que permaneció en la isla, y en la actualidad

de esta circunstancia, los valles del norte son fértiles, con abundancia de recursos hídricos y con muchos platanales y otros cultivos horto-frutícolas que propician una gran riqueza y prosperidad a sus habitantes, que en un 70% del conjunto de la isla viven en estos entornos. Los principales pueblos de estas ricas comarcas son Agulo, Hermigua y Vallehermoso que están ubicados los tres en unos preciosos valles, con unos entornos paisajísticos de ensueño.

Valle Gran Rey, en la costa oeste, es otro pueblo atractivo e importante, rodeado de verdes cultivos en terrenos escalonados en terrazas por las laderas de las colinas, para aprovechar la tierra cultivable al máximo de sus posibilidades.

En Valle Gran Rey, que posee un pequeño puerto pesquero, hay también unas bonitas playas de arenas negras, resguardadas por grandiosos acantilados que las protegen de los vientos del norte. En sus alrededores se encuentran los pintorescos caseríos de Taguluche, Arure, y las Hayas, rodeados de unos parajes encantadores en un terreno sumamente montañoso.

Lo adrupto de estos entornos que hacen muy difícil las comunicaciones, dieron pie a la creación de un lenguaje con la modulación de unos sonidos que es único en el mundo. Nos estamos refiriendo al "silbo" que se puede oir y entender a tres o cuatro kilómetros de distancia, a través de barrancos y vaguades. El "silbo" es una de las características culturales más significativas de la isla de Gomera, y que sirve a sus habitantes, particularmente, a los pastores, para poder comunicarse entre si, en unos contornos sumamente accidentados. En nuestros recientes viajes a La Gomera tuvimos la oportunidad de comprobar in situ, como dos personas, a una cierta distancia una de otra, se comunicaban y entendían perfectamente, en el lenguaje del "silbo", como si lo estuvieran haciendo por medio de la palabra.

Y volviendo a los núcleos de población, el único pueblo que hay de una cierta importancia, en el sur de La Gomera, es Alajeró, que rodeado de palmeras y almendros, es una ciudad encantadora, con unos rasgos arquitectónicos típicos de las construcciones canarias antiguas. A su término municipal pertenece Playa Santiago, con un importante puerto pesquero y una pequeña playa de arenas blancas, situada en la desembocadura de un barranco.

Esta comarca del sur de la isla, es una de las zonas que están promocionando turísticamente, ya que en sus alrededores levanta-

ron uno de los hoteles más lujosos que existen en el archipiélago.

A pesar de que tiene comarcas con una rica y próspera agricultura, y que el sector pesquero es bastante activo, La Gomera se está despoblando a pasos agigantados, ya que sus habitantes van disminuyendo paulatinamente de año en año, hasta el extremo de que en la actualidad apenas llegan a unos 18.000, cuando de 1940 a 1960 su población oscilaba alrededor de los 30.000. La mayor emigración se produjo hacia Tenerife y Gran Canaria, en busca de ocupación en el sector turístico, abandonando la agricultura y la pesca que ofrecía pocos atractivos para los jóvenes. De los 18.000 habitantes que tiene hoy La Gomera, una tercara parte viven en la capital de la isla y los otros doce mil repartidos por los numerosos pueblos y caseríos que están diseminados a lo largo y ancho de su geografía.

San Sebastián está asentada en el fondo de una ensenada, rodeada de montañas de color obscuro, que la protegen de los vientos del norte. Su puerto, seguro y resguardado, ofrece óptimas condiciones de defensa. De ahí el que desempeñara un importante papel en la lucha contra los piratas y corsarios que trataron de asaltarlo en varias ocasiones. En este puerto recaló Colón en el primer viaje del Descubrimiento de América, en Agosto de 1492 y en los viajes siguientes, abasteciéndose de agua y de víveres.

De aquí salieron los primeros animales domésticos que llevó Colón a América, animales que fueron el origen de la cabaña americana actual. Junto al puerto, aun se mantiene en pie la llamada Casa de la Aguada, en cuyo patio interior aun permanece el pozo de agua dulce del que se abastecieron las carabelas colombinas en su primer viaje hacia lo desconocido. Esta casa y este pozo, durante más de cincuenta años, perteneció a Siro Arteaga Piñero, hasta que recientemente, lo vendió al Cabildo Insular. La casa y el pozo es punto obligado de visita en todas las expediciones turísticas que pasan por La Gomera.

Los principales monumentos de San Sebastián son la Torre del Conde, la Casa de Colón, la Iglesia de la Concepción y la Ermita de San Sebastián. La Torre del Conde, de quince metros de altura, de forma cuadriangular y de color obscuro, sirvió de defensa de la ciudad y de residencia de los Gobernadores y Adelantados en la Edad Media. La Casa de Colón, de estilo colonial, alojó al Almirante durante los pocos días que permaneció en la isla, y en la actualidad

está dedicada a Museo. La Iglesia de la Concepción y la Ermita de San Sebastián están íntimamente vinculadas a los acontecimientos históricos que tuvieron lugar en esta isla durante los siglos XV y XVI, cuando La Gomera formaba parte del Señorío de los Peraza. En las principales calles de San Sebastián hay también otros edificios antiguos, de estilo colonial, con sus grandes balconajes de madera de pino.

En los alrededores de San Sebastián, en la llamada Punta de la Horca, está el parador nacional Conde de la Gomera, junto a un mirador natural desde el que se domina una hermosa panorámica de mar y montaña.

La cultura abórigen dejó en La Gomera profundas huellas en las costumbres y en el folclore, así como en el nomenclator de muchos lugares, como es el caso de Arure, Alajeró, Alojera, Agulo, Arguamul, Guadá, Taguluche, Taro, Tesina, Tajaque, Chipude, etc. En Chipude, precisamente, se conserva aun una tradición artesana muy significativa, que se continua trabajando el barro, en trabajos artesanales, por métodos primitivos y rudimentarios, como los que se empleaban hace quinientos años, sin tornos ni otros artilugios mecánicos, empleando solamente las manos de las personas, para hacer unos recipientes bastante perfectos, ante las miradas curiosas de los turistas que visitan estos lugares.

Turísticamente, La Gomera tiene bastantes atractivos: el Parque Nacional de Garajonay, en la parte más elevada de la isla; una gran variedad de paisajes montañosos, entre los que merecen una mención especial los Roques, (montañas cónicas que se destacan, por su forma, de los entornos en que están situados). Los llamados Organos, en la costa norte, que son una espectacular formación de columnas basálticas, que caen en verticalidad sobre el mar; preciosos caseríos dispersos por los fértiles valles que atesoran una vegetación exhuberante, playas recoletas y tranquilas al abrigo de las montañas, etc.

De unos años a esta parte, el Patronato Insular de Turismo, está haciendo una intensa promoción turística de las bellezas naturales de la isla. Y la empresa privada también colabora en esta promoción, ofreciendo plazas hoteleras para los que quieran pasar unos días en La Gomera. En esa dirección, hace unos años se inauguró en la costa sur el lujoso hotel Tesina, a base de bungalows separados unos de otros, en un espacio ajardinado, donde los turistas pueden

pasar unas vacaciones relajadas, en un lugar tranquilo y agradable.

En La Gomera abundan mucho las palmeras de una variedad distinta a las que hay en las demás islas. Del cogollo de estas palmeras extraen la miel de palma que llaman "guarapo", después de una complicada operación de cirugía que le practican al cogollo del árbol. La producción de "guarapo" se da solamente en la isla de La Gomera.

Al ser el terreno tan montañoso, todas las carreteras de La Gomera son muy tortuosas y de difícil circulación. En la que comunica San Sebastián con los valles de Agulo y la Hermigua, para cruzar las cimas más elevadas, hay un túnel de unos quinientos metros de largo, que evita subir las pendientes más pronunciadas. Al cruzar este túnel, de sur a norte, cambia el panorama como de la noche al día, y aparecen ante nuestros ojos, un conjunto de pequeños valles de gran hermosura, por su verdor y exhuberante vegetación. Es esta la parte más bella y atractiva de la isla.

La Gomera es la única de las siete islas canarias que no tiene aeropuerto, pues al ser su suelo tan montañoso, haría muy difícil su construcción. Por otra parte, la proximidad a Tenerife, haría poco rentable el gasto que supone la construcción de un aeropuerto. Por lo tanto, todas las comunicaciones con la isla tienen que realizarse por mar. En este sentido, hay un servicio diario de ferrys entre e puerto de Los Cristianos, en el sur de Tenerife y San Sebastián, en cuyo recorrido se emplean alrededor de dos horas. Recientemente, han establecido, entre estos dos puertos, un servicio de Jet Floys, de la Compañía Transmediterránea, que solo invierte treinta y cinco minutos en hacer el recorrido. Este servicio rápido de transportes marítimos, será un nuevo aliciente para que se desplacen más turistas a la isla colombina, procedentes de Tenerife, supliendo la falta de transportes aéreos, con lo cual, el turismo en La Gomera, alcanzará mayor realce e importancia, en el conjunto del turismo canario.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

# HIERRO

Es la antigua Ombrión de los romanos
la más occidental del archipiélago,
la que durante muchos siglos
fue el "Finesterre", el meridiano cero.
Tiene la misma forma de una bota
y casi todas sus costas son inmensos
acantilados que como una muralla
basáltica dificulta mucho sus accesos.
Pequeña en extensión, pobre en recursos,
y la ganadería de pastoreo
es su principal medio de vida
en unos parajes adruptos en exceso.
Las comunicaciones son escasas
en el interior de la isla. El aeropuerto
y el Puerto de la Estaca son las únicas
salidas al exterior de los herreños.
Tiene hermosos valles en Valverde,
elevadas montañas en el centro

y entre su variada flora autóctona
abundan mucho los "codesos",
"tajinastes", "sanjoras", "siemprevivas"
y las sabinas doblegadas por el viento.
Y en cuanto al garoé, árbol sagrado
que producía el raro portento
de licuar la niebla y convertirla en agua,
aun permanece vivo en el recuerdo
de las escasas gentes que residen
en esta pequeña isla del Hierro,
la tierra más occidental de España
y en la antigüedad meridiano cero.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Con sus 277 km² de superficie, el Hierro que los romanos llamaban Ombrión, es la isla más pequeña del archipiélago canario. (si exceptuamos a las seis islas menores). Y no solo es la más pequeña en extensión, sino también la más pobre y la menos poblada de todas, ya que apenas tiene unos diez mil habitantes.

Como las otras islas canarias, el Hierro es también de origen volcánico y sumamente montañosa, alcanzando su máxima altura en la cumbre de Malpaso, que está a 1501 metros sobre el nivel del mar.

La mayor parte de sus costas son adruptas acantilados basálticos y apenas tiene playas y calas de fácil acceso. Casi la totalidad de su superficie es árida y accidentada, y por lo tanto, su agricultura es bastante pobre. En cambio, la ganadería de pastoreo tiene una cierta relevancia, pues sus pastizales son abundantes en los valles y sabanas. En cuanto a la pesca, es también poco significativa. Con unos recursos tan pobres, no es de extrañar que la población sea tan escasa, por falta de medios de vida.

La capital de Hierro es Valverde, que como su nombre indica,

está situada en una de las pocas zonas fértiles que hay en Hierro. Por otra parte, Valverde es la única capital isleña de todo el archipiélago que no es puerto de mar, ya que se encuentra a unos quince kilómetros tierra adentro.

El único puerto de una cierta importancia que hay en Hierro, es el Puerto de la Estaca, que está frente a Valverde, y por el que se comunican por vía marítima con las demás islas, al haber servicio diario de pasajeros entre Hierro, Tenerife, La Gomera y La Palma.

Entre el Puerto de la Estaca y Valverde, junto al mar, está situado el pequeño aeropuerto de Los Cangrejos, desde el que salen vuelos diarios para Tenerife y La Palma, en pequeños aviones de poca capacidad.

Con un terreno tan accidentado y con una población tan escasa, no es de extrañar que las comunicaciones por el interior de la isla sean mínimas y deficientes. Esto supone un obstáculo para que la isla tenga atracción turística. El carecer de buenas playas también recorta el interés que puedan tener los turistas en visitar esta pequeña isla, aunque bellezas paisajísticas de montaña tenga de sobra. Además, para una estancia tranquila y relajada, apartados del mundanal ruido, el Hierro es un destino ideal. Para todos aquellos que prefieran pasar unas vacaciones sosegadas, rodeado de unos parajes solitarios, casi inaccesibles, pueden obtar por alojarse en el Parador Nacional que hay al abrigo del Roque de Bonanza, junto a una pequeña playa lávica. En este parador se puede llevar una vida casi monástica y contemplativa, en contacto con la naturaleza, si lo que se busca es una cura de reposo y soledad.

El Hierro tiene una climatología bastante seca y los recursos hídricos son escasos, en un suelo con abundancia de "malpaises" y sabanas, de montañas y roquedales.

En cuanto a la flora isleña, además de las especies que son comunes a todas las islas, hay algunas variedades de plantas y árboles que solo se dan aquí, como es el caso del "codeso herreño", la "siempreviva", el "tajinaste herreño" y las "sanjoras", entre otros. También abundan mucho las "sabinas", que aquí se hacen de gran tamaño. Pero entre todas estas especies raras, la más famosa es el "garoé" que fue abatido por un vendaval en 1600. Este árbol tan raro y singular tenía la particularidad de licuar la niebla, por las características de sus hojas, lo que suponía una fuente de agua dulce en unos lugares donde el agua fue siempre escasa. El "garoé" a

pesar de haber desaparecido hace ya casi cuatro siglos, aun permanece presente en la memoria colectiva de los habitantes del Hierro.

La Patrona del Hierro es la Virgen de los Reyes, cuyo Santuario se encuentra en una zona deshabitada de la Dehesa, en pleno Sabinar. Cada cuatro años, se celebra una vistosa romería, en que la Virgen de los Reyes es trasladada desde el Santuario hasta la capital, siendo ésta la procesión más importante de la isla y la fiesta más celebrada.

En la Edad Media, Punta Orchilla, en el suroeste de la isla, fue el meridiano cero, el "finesterre" del mundo conocido hasta entonces. En ese mismo punto funciona un faro en estos momentos.

No cabe duda de que el Hierro es la hermana pobre de las islas canarias, no solo por su pequeñez, sino también por su carencia de recursos naturales y por sus bajas cotas demográficas, y también, por supuesto, por ser la más distante de las dos principales: Tenerife y Gran Canaria.

En esas condiciones, en el reparto del pastel turístico, que es en la actualidad, el principal generador de riqueza y puestos de trabajo de todo el archipiélago canario, su participación va a ser insignificante.

MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

# ISLAS MENORES

Son seis las islas menores
que completan las Canarias,
Isla de Lobos, Graciosa,
Roque del Este, Alegranza,
la de Roque del Oeste
y la de Montaña Clara.
Son seis retazos de tierra,
seis pequeñas pinceladas
trazadas de gris obscuro
sobre el azul de las aguas.
Pocos recuerdan sus nombres,
viven del todo olvidadas
y solo son unos puntos
minúsculos en los mapas.
Tienen poca trascendencia
y carecen de importancia
contempladas en conjunto
de lo que son las Canarias.

Entre todas, la Graciosa
es la única habitada,
las demás están desiertas
y a su suerte abandonadas.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Cuando se habla de Canarias, solo se hace referencia a las siete islas más grandes, que figuran en todas las guías turísticas que promocionan el turismo en el archipiélago, resaltando sus características y sus atractivos.

Pero hay además seis islas menores que muy pocos conocen, ignorando, en la mayoría de los casos, hasta sus propios nombres, que por orden de extensión son las siguientes: La Graciosa, La Alegranza, Isla de Lobos, Montaña Clara, Roque del Este y Roque del Oeste o del Infierno.

La Isla de Lobos está situada entre Fuerteventura y Lanzarote, y las otras cinco están todas al norte de Lanzarote. Desde el Mirador de Río, en el norte de Lanzarote en los días claros, se pueden ver las cinco pequeñas islas, sobre todo la Graciosa, que está a pocos kilómetros de distancia, a un nivel inferior y se puede admirar en todo su conjunto.

La Graciosa, con sus 27'6 km² de superficie, y sus quinientos habitantes, es la única de las seis que está poblada. Estos habitantes, que viven casi exclusivamente de la pesca, se distribuyen entre los

caseríos de Pedro Barba y Caleta del Sabo.

Está separada de Lanzarote, en su extremo noreste, por un estrecho de mar llamado el Río. Es casi completamente llana, siendo sus máximas alturas Montaña del Mojón, las Agujas y Montaña Bermeja, con 188, 166 y 157 metros respectivamente. Posee unas bonitas playas en la parte este, en una costa suave y llana.

Desde el Puerto de Orzona, en el norte de Lanzarote, salen todos los días pequeñas embarcaciones con destino a Caleta del Sebo, llevando grupos de turistas que suelen pasar unas horas de visita en esta pequeña isla, así como los abastecimientos que precisan sus habitantes para cubrir sus necesidades vitales. Y también, por supuesto, transportar el pescado que capturan los pescadores del lugar.

La Alegranza, tiene una extensión de 10 km$^2$, y a pesar de ser más pequeña, es más montañosa que la Graciosa, ya que tiene alturas que casi alcanzan los trescientos metros sobre el nivel del mar. La única presencia humana que hay en la Alegranza es el farero que está al cuidado del faro de Punta Delgada. De las cinco, es la que está más alejada de Lanzarote, ya que se encuentra a una distancia aproximada de cincuenta kilómetros.

Isla de Lobos, tiene una superficie de 5 km$^2$, y está situada en el estrecho de mar que separa Fuerteventura de Lanzarote. Solo está habitada por el farero que hay en Punta Martiño, y desde Corralejos, en el norte de Fuerteventura, salen todos los días pequeños ferrys que llevan visitantes que pasan allí unas horas, recorriendo este islote que tiene algunos paisajes bastante atractivos.

Montaña Clara está situada entre la Alegranza y la Graciosa y solo tiene una extensión de 1.25 km$^2$. No obstante su pequeñez, es bastante montañosa, ya que tiene alturas que sobrepasan los doscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar. Está completamente deshabitada.

Y por último, hablaremos de los Roques del Este y del Oeste, que no son más que dos bloques montañosos de pocos centenares de metros cuadrados de superficie, dos pequeñas pinceladas obscuras dibujadas sobre el mar azul.

# SAN BORONDON

Isla de San Borondón
isla imaginaria,
isla viajera,
isla fantasma,
isla movediza,
isla legendaria,
isla inabordable
que cuando se intentaba
acercarse a ella,
desaparecía
como por arte de magia.
En tiempos antiguos
figuraba en los mapas
como la octava
isla canaria.
Fue la Ora Solis de Plinio
y Ptolomeo la llamaba
Afositus, la oculta,

PUÇOL MUSEO ESCOLAR

la inalcanzada.
Pero todo fue un mito,
una ficción generada
por las leyendas,
una isla fantástica,
un simple espejismo
en la mar oceana,
en la mar tenebrosa
aun no explorada.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

En las épocas más antiguas, cuando los hombres empezaron a surcar los mares con embarcaciones rudimentarias de vela y no se disponía de los medios técnicos que la ciencia puso a disposición de los hombres posteriormente, surgieron muchas leyendas y fantasías sobre islas misteriosas de las que se tenían referencias, pero que nadie había visto nunca. Eso mismo es lo que ocurrió con la llamada isla-ballena de San Barondón, que ya Plinio la denominó Ora Solis, por ser la más occidental de todas las conocidas. Y mucho antes Ptolomeo, al dar noticias de su existencia, la llamó Afrositus, (la oculta o desconocida). Es evidente que la mayoría de los escritores griegos y romanos dieron referencias de esta isla misteriosa, aunqu la llamaron de distintas maneras.

Y así fueron pasando los siglos y llegó la Edad Media, con todo su obscurantismo, su incultura y sus supersticiones. Y se continuó creyendo en la existencia de la mítica isla de San Borondón, ahora con nuevas versiones sobre la misma. Cuando San Maclovio y San Borondón, dos monjes escoceses organizaron una expedición en busca de la isla misteriosa, que suponían poblada de gentes pa-

ganas, y con la intención de cristianizarlas, después de varios días de navegación en una frágil embarcación llegaron a la misma, donde desembarcaron y realizaron varios milagros. (Al parecer la isla visitada era la más occidental de las Canarias, es decir Hierro, aunque no se tienen referencias fidedignas sobre este particular).

Al regresar al punto de partida, después de estar varios días en tierra firme, y como les cogiera el día de Pascua en la travesía, pidieron a Dios que les deparase tierra firme donde pudieran celebrarla. Dios atendió sus ruegos y, al instante, se les apareció ante su embarcación una ballena gigantesca, que ellos creyeron ser una isla. Desembarcaron en ella, celebraron el sacrificio de la misa, practicaron el sacramento de la eucaristía y se hicieron a la mar de nuevo, desapareciendo la isla en el fondo del mar como por arte de magia. Entonces se dieron cuenta de que habían estado sobre el dorso de una ballena gigantesca. Esto, contado así por los dos monjes, sirvió para incrementar la creencia popular sobre la existencia de aquella isla misteriosa que se movía constantemente de lugar.

De ahí que los geógrafos la situaron en puntos diferentes de los mapas marinos, movidos más por su imaginación que por sus conocimientos marítimos y geográficos. Pero esas leyendas se fueron transmitiendo de generación en generación, alimentadas por el temor que infundía la mar tenebrosa, jamás explorada al oeste de las Islas Canarias. Y se organizaron algunas expediciones desde las costas europeas, en busca de aquella isla misteriosa y desconcertante que jamás pudieron encontrar.

Algunos historiadores, entre ellos el hijo de Cristóbal Colón, afirmaron que uno de los motivos que impulsaron a su padre a iniciar el viaje que descubrió el continente americano, fue las noticias y referencias que tenía el Almirante de la Isla de San Borondón. Según estas versiones, el mismo Colón, en su diario de abordo, de fecha 6 de Agosto, cuatro días después de su partida del puerto de Palos, le aseguraron algunas personas dignas de crédito, que en los días claros, al oeste de la Gomera, en ciertas épocas del año, se veía una isla que a los pocos momentos desaparecía para no verse más hasta el año próximo. Este fenómeno solía repetirse todos los años por el día de San Juan, con la particularidad de que esta isla misteriosa, a cada nueva aparición cambiaba de sitio. Y aunque nadie había puesto los pies en ella, todos estaban seguros de que existía. Y mucho más aun después de que unos marineros que regresaban de

las Indias Occidentales, declararon que para protegerse de una tempestad desembarcaron en una isla para ellos desconocida, que por suerte, encontraron a su paso. Al cesar la tormenta, reemprendieron el viaje, y al notar la falta de dos de sus compañeros, volvieron para recogerlos y se encontraron con la sorpresa de que la isla había desaparecido, sin dejar el menor rastro. Después de este suceso, los Adelantados de Canarias organizaron varias expediciones en busca de esta isla inalcanzable, que tan misteriosamente desaparecía, con resultados completamente negativos.

Con el paso de los años, no quedó ningún rincón del mar sin explorar y la ciencia desplazó a las leyendas y la fantasía, llegándose a la conclusión de que la isla de San Borondón no existió jamás. Aquello fue solo una cuestión de espejismo, ya que se trataba del reflejo de la isla de Hierro, que en determinadas épocas del año, y producto de ciertas combinaciones atmosféricas, se producía un raro fenómeno visual. Y aquella isla tan esquiva que no se dejaba abordar, con sus misteriosas apariciones, se desvaneció como por arte de magia de una ficticia realidad que solo se sustentaba en la imaginación de las crédulas gentes de aquellas épocas obscuras. Pero así y todo, no dejó de ser una bonita leyenda que surgió como otras muchas en aquellos tiempos en que los hombres empezaron a explorar los mares y a ensanchar los horizontes del mundo conocido.

MUSEO ESCOLAR

Este libro se acabó de imprimir en los
talleres de Pascual Segarra el día
4 de octubre de 1995
festividad de San
Francisco
de Asís

PUIG
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR